Cantar de Roldán

Edición de Juan Victorio



CATEDRA

LETRAS UNIVERSALES

Letras Universales

Cantar de Roldán

Edición de Juan Victorio

Traducción de Juan Victorio

NOVENA EDICIÓN

CATEDRA

LETRAS UNIVERSALES

Título original de la obra:
Chanson de Roland

1.ª edición, 1983
9.ª edición 2008

Diseño de cubierta: Diego Lara
Ilustración de cubierta: Manuel Luca de Tena

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M-22.008-2008
ISBN: 978-84-376-0426-8
Printed in Spain
Impreso en Huertas I. G., S. A.
Fuenlabrada (Madrid)

A mis padres

INTRODUCCIÓN



El *Cantar de Roldán* imagina una España, del año 778, completamente en manos de los musulmanes. Este dato (que choca con la existencia de unos reinos cristianos incipientes) nos enfrenta de entrada con el problema del fondo histórico de la obra literaria. Adelantaremos que toda obra de ficción *selecciona* y *elabora* determinados ángulos de la realidad.

En efecto: el autor del *Cantar de Roldán* tenía una cultura suficiente para saber que en los montes cántabros se había originado y se estaba desarrollando el reino cristiano astur-leonés. Tampoco ignoraba que Abd al-Rahman I se había proclamado emir independiente de Damasco y había establecido su capital en Córdoba (756), aunque le había costado no pocos esfuerzos imponerse a los señores que veían con malos ojos esta independencia y prepotencia. Y, desde luego, sabía que los «sarracenos», cómo él los llama, habían atravesado incluso los Pirineos y penetrado profundamente en Francia, hasta la posterior derrota sufrida ante Carlos Martel en el 732, entre Tours y Poitiers.

Todo esto, pues, es silenciado porque, como autor literario, «no le interesa». Para lo que se propone, resulta más práctico imaginar una España enteramente islámica, con un señor, Marsil, que la gobierna desde Zaragoza en nombre de un emir, Balignán, cuya capital está situada en un lugar del Oriente muy conocido por la leyenda y la literatura religiosa.

Más fiel se muestra con la situación en la «dulce Francia», pero sin dejar de inventar y alterar. Se imagina que en el 778 Carlomagno ha conseguido ya un imperio franco a

costa de sus vecinos, y que su venida a España responde a esa intención, todo lo cual es rigurosamente cierto, pero le da el título de emperador prematuramente, ya que no fue coronado como tal hasta el año 800[1].

Así pues, lo que se observa en el *Cantar* es la presentación de dos grandes bloques antagónicos en todos los conceptos, encarnados en dos personajes dotados de gran autoridad. Más tarde se verá a qué es debida toda esta transformación.

Los hechos históricos que explican el desastre de Roncesvalles[2]

Aquí también, el autor se aleja de lo que ocurrió realmente, alterando incluso lo referente a sus protagonistas.

Como la historicidad de éstos será objeto de posteriores notas aclarativas, fijémonos ahora solamente en los hechos.

Como consecuencia de la declaración de independencia por parte del omeya Abd al-Kanhman I con respecto a los califas absidas de Damasco, se produjo en España una situación de enfrentamientos entre el «nuevo» emir y los señores que aún seguían obedeciendo a estos califas, y que, como por casualidad, eran los más alejados de Córdoba, tanto geográfica como vasalláticamente.

¿Pensaron aprovecharse de esta revuelta para emanciparse ellos mismos?

Lo cierto es que Suleimán ibn Yakzan ibn al-Arabí, gobernador de Barcelona y de Gerona, se levantó contra el emir, haciéndose fuerte en Zaragoza en compañía de otros notables, contra los cuales envió Abd al-Rahman un ejército al mando de Thalaba, que fue derrotado y hecho prisionero (año 774).

---

[1] Datos históricos recogidos de Carl Grimberg, *La Edad Media*, Barcelona, Daimon, 1973; Montgomery Watt, *Historia de la España islámica*, Madrid, Alianza, 1974; J. A. García de Cortázar, *La época medieval* (Historia de España Alfaguara), Alianza, 1976.

[2] Recojo lo aportado por Martín de Riquer, *La Chanson de Roland. El Cantar de Roldán y el Roncesvalles Navarro*, Barcelona, El festín de Esopo, 1983.

Pero esta victoria no debió de asegurar totalmente a al-Arabí y sus amigos, pues él mismo encabezó una embajada a Paderborn (Westfalia), donde se encontraba Carlomagno, que acababa de someter a los sajones (777), al cual propusieron, muy lógicamente, que viniera en su ayuda: ellos se considerarían a salvo de los ataques del sur, mientras que el rey de los francos conseguiría crear una barrera a las posibles veleidades expansionistas del emir cordobés.

¿Qué había de sinceridad en estas negociaciones por parte de los musulmanes? Ciertos detalles dejan pensativo... Independientemente de que después hicieron traición, es por lo menos muy curioso el hecho de que en aquella embajada se encontrara Thalaba, en calidad de rehén según se cree. Sorprendente manera de dar seguridades a Carlos, dejándole como aval a un enemigo.

Fuera como fuere, Carlos, en la cima de su poder expansivo, vio una ocasión magnífica, tanto como precipitada quizás, de extender aún más su frontera. Acepta, pues, y le comunica al papa Hadriano I su proyecto, el cual lo bendice, dándole el carácter de cruzada.

En 778, Carlos se pone al frente de una de las dos columnas de su ejército. Llega al país de los navarros, cristianos independientes, que le abren las puertas de su capital, Pamplona. En su marcha a Zaragoza, los diferentes señores musulmanes de la región se apresuran a presentarle rehenes para asegurarle su fidelidad; se presenta incluso el propio al-Arabí. Esta columna llega ante Zaragoza en mayo de 778, en donde se reune con la segunda columna, que había seguido la ruta de los Pirineos occidentales y Cataluña.

Mas no pueden entrar en la ciudad. Al-Ansarí, que era uno de los sublevados, se había hecho vasallo de Abd al-Rahman y se había apoderado de Zaragoza, dejando en muy mal lugar a sus ex-cómplices, particularmente a Arabí, que es hecho prisionero por el ya receloso Carlos, el cual, al no haber venido preparado para el asedio de una ciudad amurallada, y temiendo algún ataque en territorio que ya considera muy hostil, decide el regreso a Francia de las dos columnas, ahora juntas.

Según fuentes árabes, el ejército franco, que contaría entre 5.000 y 10.000 hombres, sufre ya un ataque llevado a cabo por los hijos de al-Arabí, quienes consiguen liberarlo. Carlos, llegado de nuevo a Pamplona, manda destruir sus murallas, no se sabe bién por qué motivo, y continúa hacia los Pirineos.

Eginhardo, en el año 830, cuenta en su *Vita Karoli* lo que le esperaba al desventurado ejército, que iba a conocer la perfidia de los vascos *(Wasconicam perfidiam)*. El ejército, obligado por la estrechez de los pasos, caminaba en una estirada columna. Los vascos, emboscados en las alturas, se lanzaron sobre la retaguardia, mataron a todos sus componentes y se llevaron la impedimenta, huyendo seguidamente y perdiéndose por aquellos parajes que tan bien conocían, sin poder ser perseguidos por el resto de la tropa franca, impedida por la pesadez de las armas y por encontrarse en un lugar que en nada les era propicio. Era el 15 de agosto del año 778.

Entre las víctimas se encuentra un prefecto de la marca de Bretaña, al que se ha querido identificar con el héroe de nuestro cantar, y el desastre se produce en un lugar indeterminado de los alrededores de Roncesvalles. En cuanto a esos *vascos*, pudieran tratarse de los *gascones (wascones)* o de los *hispani wascones et nabarros*, quizás aquellos mismos que le habían acògido en un primer momento y a quienes Carlomagno había derribado las murallas.

Significado del Cantar de Roldán

Nada de esto aparece en el *Cantar de Roldán*, salvo algunas circunstancias necesarias para poder saber que se alude a la expedición de Carlos en España. Tres siglos separan los acontecimientos históricos de los episodios literarios, margen más que suficiente para poder adulterar lo que sea necesario y poder presentar un relato cuyo significado va mucho más allá del simple acontecimiento. Pues lo que se pretende es mostrar una sociedad, juzgada modélica porque refleja una ideología que se pretende ejemplar.

Esa sociedad y esa mentalidad son las feudales, y en ese adjetivo hay que incluir aspectos políticos y aspectos religiosos, íntimamente unidos. Un señor decide, dispone individualísimamente lo que hay que hacer, por mucho que oiga a sus consejeros o a sus allegados, pues su ciencia y su fuerza le vienen de lo alto. Alrededor de él, y en un nivel netamente más bajo, sus vasallos obedecen ciegamente, dándose en cuerpo y alma. Justamente, sus vidas carecen de importancia ante el ideal perseguido: servir la causa de aquel señor, que no es otra que la causa del Señor. Por lo tanto, quien mejor la sirve es quien más ciegamente obedece: la fidelidad es la virtud más destacable. Y la guerra, la guerra santa se entiende, es la mejor ocasión para ponerla en práctica. Y para conseguir el «martirio».

Carlomagno, tal como nos es presentado también por las artes plásticas de la época, es una imagen cabal del «Pantocrator», adornado con una barba florida y blanca y rodeado de sus doce pares, que hacen pensar irremisiblemente en los apóstoles. Y, para que no quepa duda, está el traidor, Judas/Ganelón, causante del desastre, alterador del orden y, por lo mismo, víctima de su fechoría.

En todo ello y en el maniqueísmo empleado en la presentación de los musulmanes y cristianos se ve la pluma de un autor eclesiástico. Dejemos para después su identificación y detengámonos en aspectos que atañen muy directamente a la gestación y a la propagación de este relato.

Épica culta o popular

Como es sabido, han existido dos escuelas, los individualistas y los neo-tradicionalistas, que han debatido, ásperamente en algunos casos, acerca de los orígenes cultos o populares de la épica de una y otra parte de los Pirineos. No entraremos en el detalle, pues ambas posturas son muy conocidas.

El autor del *Cantar* que hoy podemos leer es un *clérigo*, entendido este término como hombre de iglesia y culto. Pero este hombre, según ha demostrado palmariamente

Jules Horrent[3], aprovechaba una materia anterior, como evidencian las diferentes versiones que se han conservado del *Cantar*. Más difícil resulta precisar de qué tipo, si juglarescas o cronísticas[4], puesto que, si se ha de juzgar por la deformación histórica ya aludida, los cronistas no se quedaban atrás en esta labor. Del testimonio del Silense, de principios del siglo XII, se deduce que los historiadores transpirenaicos habían tergiversado ya al máximo, abultando la actividad del emperador, la acción de este personaje en España.

Los juglares, pues, no serían responsables del contenido, sino de la mera recitación, para lo cual empleaban unos recursos que facilitaban su memorización.

Desde luego, es impensable que un juglar, ni por su cultura ni por el carácter moralizante del *Cantar*, pudiere ser autor. Lo más generoso que se puede decir en su favor, es que fueran los iniciadores del género, los autores de aquellas *cantilenas* o los «cantos noticieros» que cantaban ciertos hechos notables con carácter muy diferente sin duda alguna.

La propagación ha sido tema menos debatido que la gestación, y generalmente se está de acuerdo en admitir que corrió a cargo exclusivo de los juglares. Pero hay datos que merecen no olvidarse.

Fijémonos un instante en las copias conservadas del *Cantar de Roldán*. Además de la de Oxford, la más antigua y conocida, y la que aquí se presenta, existen también la de Venecia IV, Venecia VII, Chateauroux, Lyon, Cambridge, los llamados «fragmentos lorrains» y los de «Lavergne», todos ellos en verso, de distinta medida y rima, a los que habría que añadir un *Ronsasvals* provenzal, un *Roncesvalles* navarro, una *Roulandes Liet* alemana, y una *Karlamagnis saga* islandesa, que reflejan tres siglos de interés por el tema.

---

[3] *La Chanson de Roland dans les littératures française et espagnole au moyen age*, Bibliotheque de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université de Liege, 1951.

[4] Evidentemente, el máximo representante del neo-tradicionalismo, Ramón Menéndez Pidal, cree que son juglarescas. Véase su apasionada obra *La Chanson de Roland.* (*Vid.* Bibliografía.)

A esta amplitud temporal corresponde la geográfica, como se ve en las distintas versiones. Y una pregunta surge: independientemente de la novelización progresiva que sufrió, lo cual podría ser explicado parcialmente, ¿cómo es posible que en lugares tan diversos se extendiera la fama de un personaje que perteneció a una época y a un país diferentes?

La respuesta es que, como hemos visto, el *Cantar* no es el relato de una expedición guerrera, sino el vehículo ideológico de unos contenidos gratos a ese otro «imperio», la Iglesia. Para que esta leyenda sagrada, pues lo es, tuviera su eficacia en reinos tan diferentes, eran imprescindibles las operaciones ya citadas (alejamiento del dato histórico riguroso, enriquecimiento con un significado simbólico). Pero sin llegar al extremo de que pudiera parecer una mera obra de ficción, pues perdería esa verosimilitud (y por ende esa eficacia) que da la historia[5].

Pero si el éxito que conoció fue «imperial», le ocurrió que, como a los ejércitos, encontró un rincón que le opuso una resistencia feroz.

Este fue Castilla, que empezaba a encarnar un espíritu nacionalista español. Y ocurrió que el *Cantar de Roldán*, que presentaba una situación peninsular muy denigratoria, se encontró además enfrentado a una tradición épica muy cultivada, circunstancias que no encontró en otros lugares.

De todo ello se dará cuenta más tarde.

Fecha. Autor. Forma.

Como se acaba de decir, los hechos fundamentales de nuestro *cantar* son conocidos en varias versiones literarias (y a las que se podrían añadir documentos de carácter histórico).

De todas aquellas, las que los críticos consideran más perfecta, y con seguridad la más antigua, está contenida en

---

[5] Véase el artículo de J. R. Ruiz Doménec, «La contrautopía arcaica en la *Chanson de Roland*», *Actas del VIII Congreso de la Sociedad «Roncesvals»*, Pamplona, 1978, págs. 417-25.

el manuscrito Digby 23 de la Biblioteca Bodleiana de Oxford, escrita en anglo-normando (dialecto del antiguo francés) y fechada en el siglo XII, más probable en su segunda mitad que en su primera.

Del estudio comparativo de las versiones aludidas, se deduce que se trata de una refundición de un texto (o de varios quizás) anterior (fechados a finales del siglo XI), refundición más artística que mecánica, es decir, obra de mucho más que un mero copista[6]. Y, como se ha visto, es debido a la pluma de un eclesiástico, o, como diríamos en España, del «mester de clerecía».

Según el último verso «ci falt la geste que Turoldus declinet», sería obra de un tal *Turoldus*. Pero se plantea el problema del significado que se le dé a esa frase para conocer su verdadera labor.

Según el pormenorizado estudio de J. Horrent, la palabra «gesta» que aparece en este último verso tiene un alcance diferente al que ofrece en otros versos, en los que ese vocablo hace referencia a otras fuentes de diversa índole. La «gesta» del verso 4.002 final parece hacer alusión al relato que se acaba de ofrecer, al poema que se nos ha presentado.

Más problemático es el significado de «*declinet*», que Martín de Riquer[7] traduce por «declina». Si «gesta» se refiere a la *versión* que leemos, parece que sería lógico que el concepto de ese verbo fuera el de «ofrece», o sea, la propia versión de Turoldo. Este verso sería, pues, como una confesión y una firma al mismo tiempo: él nunca se presenta como el autor original (no podría, por otra parte), sino de esa versión. Pero no es tampoco, como se acaba de decir, un mero copista, en cuyo caso hubiese empleado el verbo *escribir*, que, en la época medieval, y a uno y otro lado de los Pirineos, designaba frecuentemente la labor de «dibujar las letras, copiadas», como lo atestigua el famoso *explicit* al final del *Cantar de Mío Cid:* «Per Abbat le escrivio.»

---

[6] Para todos estos detalles técnicos, consúltese J. Horrent (citado anteriormente).

[7] M. de Riquer, *Chanson de Roland. Cantar de Roldán y el Roncesvalles navarro*, Barcelona, El festín de Esopo, 1983.

Turoldo sería, pues, el responsable de esta versión que hoy podemos leer, y de entre los diferentes candidatos con ese nombre, la crítica se inclina por Turoldo de Fécamp, pues reúne a su favor las circunstancias de ser normando y abad de las casas inglesas de Malnesbury y Peterborough (abadía en la que figuraron dos manuscritos sobre su batalla de Roncesvalles). Como se sabe, la *Chanson* está escrita en anglo-normando, Pero antes de pasar a las islas, este Turoldo fue canónigo de Bayeux, cuyas celebérrimas tapicerías tan estrechamente están relacionadas con nuestro texto. Y, por si fuera poco, de una manera u otra participó en la no menos famosa batalla de Hastings (1066), que permitió a Guillermo el Conquistador apoderarse de Inglaterra: para enardecer a los soldados, parece ser que se cantó, por un juglar llamado, o apodado, Taillefer, algo relacionado con Roldán. El personaje, o la empresa, de este Guillermo famoso no estarían muy lejos de la inspiración de Turoldo, muerto en 1098, cuando se imaginaba a Carlomagno.

Queda, finalmente, describir el metro del *Cantar*. Cada verso consta de diez sílabas, de rima asonantada y repartidos en tiradas de desigual longitud. Es decir, según nuestra clásica división entre «mester de clerecía» y «mester de juglaría», el *Cantar de Roldán* participaría de ambos. Con el primero coincide en el número regular de versos (en varias de las otras versiones aludidas, los decasílabos alternan con los alejandrinos franceses) y también en la existencia de una cesura interna, que divide el verso en dos partes, la primera de ellas de cuatro sílabas y la segunda de seis.

Con el «mester de juglaría» coincide en la agrupación de los versos asonantados en *laisses* o «series» de desigual longitud.

El Cantar de Roldán en España

Las noticias sobre este asunto, y sobre otros temas épicos franceses, se conocieron en España, y desde edad muy temprana. El medio de introducción pudo haber sido el Camino de Santiago, sin olvidar el asentamiento de ciertas

colonias de franceses, o el matrimonio entre miembros de ambas monarquías (por ejemplo, las hijas de Alfonso VI, en pleno siglo XI, con nobles franceses) y, desde luego, la implantación en nuestro suelo de órdenes religiosas de allende los Pirineos, que lograron una expansión considerable, tanto cuantitativa como cualitativamente. Piénsese, por ejemplo, que supusieron la ruina del rito litúrgico autóctono, el mozárabe. El siglo XI es, por así llamarlo, el «siglo francés» en España.

Algunas de esas noticias son incluso contemporáneas o anteriores a la fecha del *Cantar de Roldán* de Turoldo, empezando por la llamada *Nota Emilianense* (de finales del siglo XI) que ofrece un brevísimo resumen de la expedición y derrota de Carlomagno, citando a algunos de los Doce Pares, entre ellos a Roldán, Oliveros y Turpín.

Otros testimonios: La *Chronica Adephonsi Imperatoris*, redactada, a partir de 1157, en honor de Alfonso VII, contiene el llamado *Poema de Almería*, en el que se cita expresamente a Roldán y Oliveros. La *Crónica Najerense*, también en latín, datada hacia 1160, parece hacerse eco, como la anterior, de un *Cantar de Roldán* no conservado. En esta misma línea se encuentra la *Vida de San Millán*, que Berceo escribió casi un siglo más tarde, en la que se cita directamente a la famosa pareja Roldán y Oliveros. En los *Anales toledanos primeros*, de los alrededores de 1219, se alude a los doce pares muertos en Roncesvalles. Y en pleno siglo XIV, siguiendo en muchos aspectos a la crónica citada en primer lugar, se escribe el llamado *Poema de Alfonso Onceno*, en el que se cita no sólo a la famosa pareja, sino también al arzobispo Turpín.

Y, por supuesto, una prueba evidente de cantares peninsulares con ese tema es el fragmento conservado que conocemos con el nombre de *Roncesvalles* (inicios del siglo XIV) del que sólo quedan un centenar de versos, que narran el planto de Carlomagno al descubrir los cadáveres de sus campeones, y que damos en Apéndice; y para terminar, algunos romances del «ciclo carolingio», en el «otoño de la Edad Media».

Esta tradición tiene también huellas en otras lenguas

peninsulares, exactamente en catalán y en galaico-portugués. Y desde muy pronto. Así, en la segunda mitad del siglo XII, el juglar Guiraut de Cabreira, en réplica a la ignorancia de un colega y competidor, el juglar Cabra, da un resumen del contenido del cantar, citando a Carlos y los más conocidos de los doce pares, pero también a los «enemigos» Ganelón y Marsil.

Por el otro extremo, Alfonso López de Baiao, de poco antes de mediados del siglo XIII, alude a esta famosa leyenda.

Todos estos testimonios podrían incluirse en una «línea laudatoria». ¿Qué es lo que se alaba?

Desde luego, la valentía, en líneas generales, de aquellos personajes, que debieron convertirse en paradigma del buen guerrero. En los textos castellanos citados, bien los latinos bien los romances, la cita viene a cuento de una comparación con el protagonista respectivo. Y estos textos castellanos se caracterizan, como se podía prever, porque de tal comparación se deduce que «nuestros» héroes no desmerecían de ningún modo al lado de aquéllos, lo que quiere significar, en definitiva, que los franceses eran incluso superados.

¿Qué otra cosa podría resultar? ¿Pues, a cuento de qué se iba a citar una materia no diré extraña, sino más bien hostil, como lo demuestra otra corriente claramente francófoba?

Ésta cuenta con ilustres testimonios, juglarescos unos, cronísticos otros. Entre estos últimos, quien inicia el rechazo es la *Cronica Silense* (principios del siglo XII), la cual se alza indignada contra la historiografía francesa, que asegura que Carlomagno había tomado muchas ciudades hispanas y abierto el camino de Santiago. El monje de Silos es tajante en su desmentido: «Franci falso asserunt.»

El arzobispo de Toledo, Jiménez de Rada, en su *De rebus Hispaniae* (1243) acusa por su parte a los juglares de ser los inventores de dicha fabulación, en lo cual es seguido por la llamada *Primera Crónica General*, mandada redactar por Alfonso X el Sabio pocos años después. Y, tras ésta, otras crónicas en ella inspiradas. Pero, entre tanto, ya se había creado, mejor sería decir inventado, un héroe nacional que habría tomado el papel de Marsil y sus sarracenos y vencería

a los franceses en Roncesvalles. Me estoy refiriendo al famoso Bernardo del Carpio.

De este personaje se puede decir que todo lo que le rodea es confuso, cuando no contradictorio. Vamos a exponer solamente su esencia. Para más detalles, habrá que remitir al imprescindible libro de Jules Horrent, citado anteriormente.

Para hacer que se enfrentaran el héroe español y el francés, era necesario cambiar los motivos expuestos en el famoso cantar. Así, en la versión española que más se prolongó, (como lo demuestra el *Poema de Fernán González*, que recoge esta tradición), todo empieza con Alfonso II el Casto, de quien Bernardo es sobrino (como Roldán de Carlomagno). A Alfonso, que carecía de heredero, Carlomagno envía la orden de que le pague el tributo, es decir, que considera al español inferior en rango. En otra versión, Alfonso le cede el reino. En una y otra, hay una reacción en contra de la soberanía del francés, lo que se traduce en un combate, que se produce en los Pirineos. Y lo que es el nacionalismo: Bernardo, que es quien capitanea las tropas españolas, no tiene el menor inconveniente en aliarse con el rey moro de Zaragoza, Marsil, con el mismo nombre y potestad que le da el *Cantar de Roldán*. El resultado de la batalla no ofrece ninguna duda. Morirán los Doce Pares, cuyos nombres ni siquiera se citan. Esta es, en esencia, la versión más castellanizada, la última también por la misma razón. Su origen parece encontrarse en la *Historia Silense* ya mencionada, y, hasta ahora, se ha explicado por un nacionalismo literario. Pero un nacionalismo literario no puede darse libremente, independientemente, de un nacionalismo, y una francofobia, más generales. Es decir, políticas. Como ejemplo de un estado de ánimo existente, vamos a mostrar la francofobia que rezuma el poema conocido con el nombre de *Mocedades de Rodrigo*[8], la más virulenta que se haya dado nunca en un texto medieval castellano.

---

[8] Constituyó mi aportación al VII[e] Congrès International de la Société Rencesvals, con el título «Las Mocedades de Rodrigo: texto antifrancés», publicado en las *Actas*, vol. II, Liège, 1978, págs. 697-705.

El joven Cid capitanea las tropas de los «cinco reynos» españoles que van a mostrarle al «rey e emperador» francés que no se nos puede pedir alegremente un tributo. Como se ve, es el argumento de una de las versiones de la leyenda de Bernardo, pero extremándolo: las tropas españolas van a llegar hasta París, en donde Rodrigo retará a los Doce Pares, después de haber vencido a un ejército muy superior.

En este poema no se citarán los nombres de los enemigos, acaso para evitar caer en anacronismos o contradicciones con la tradición. Pero las alusiones a Roldán y a Carlomagno son claras, tanto como la humillación a que se ven reducidos. El honor español, al menos literariamente, queda ya definitivamente lavado, y este episodio produjo algunos romances. Y hay quienes piensan que por sí solo constituía un cantar separado.

En el artículo citado hablo de la génesis de las *Mocedades de Rodrigo*[9], en la que hay que distinguir dos momentos. El primero a finales del XIII, y otro posterior, ya en pleno siglo XIV, al que corresponden, respectivamente, dos épocas muy agitadas políticamente: las relaciones son muy tensas entre Castilla y la región navarro aragonesa, esta última estrechamente aliada a Francia e imbuida de su espíritu, como demuestra la propia existencia del *Roncesvalles*, de esa época.

Más concretamente, el segundo de los momentos mencionados corresponde a la época de la guerra civil que sufrió Castilla y que llevaría a su trono a Enrique de Trastamara, ayudado por el monarca francés[10] y el de Aragón, a expensas de Pedro el Cruel (o Justiciero), rey encubiertamente glorificado en las *Mocedades*.

Como se puede observar, la vigencia de este género tenía tanto en cuenta su posible aprovechamiento como arma de propaganda, como sus propias virtudes literarias. La presencia o ausencia de versiones, la cantidad de éstas, sus refundiciones, etc., no se explican de otro modo. Y no es muy

[9] Y también en el estudio que precede a mi edición, en Espasa Calpe, col. Clásicos Castellanos, Madrid, 1983.

[10] Que se llamaba casualmente Carlos (V), para que las alusiones fueran más obvias.

arriesgado asegurar que estos dos textos deben su existencia, entre otros motivos, a aquella rivalidad política.

Épica francesa y épica española

Es no menos tradicional, cuando se habla de este tema, la comparación entre los dos monumentos de ambas literaturas, el *Cantar de Roldán* y el *Cantar de Mío Cid*..

Como es bien conocido, don Ramón Menéndez Pidal, profundo conocedor de esta materia, es autor de las comparaciones más famosas, en las cuales no puede evitar mostrar, y de una forma muy clara, sus preferencias.

En primer lugar, en esas tan apasionadas afirmaciones que le caracterizan tanto como su enorme erudición, se trasluce una inclinación muy nacionalista (a lo Bernardo del Carpio casi) en favor del *Cantar del Cid*. En su caso, es totalmente comprensible: «el de Bivar» le dio no poca «guerra».

Y como considera que el «realismo», o la verosimilitud, es la nota más característica de ese monumento literario, resulta ser el rasero por el que se deben medir todos los textos épicos. Vistas así las cosas, es obvio que la *Chanson* sale desfavorecida.

Y tememos que Menéndez Pidal hubiese hecho la misma selección en otras comparaciones, pues, a su juicio, el realismo es una de las características, de nuestra literatura, porque lo es de nuestro carácter.

Lamentamos no estar de acuerdo con dicho planteamiento. No sólo el realismo no es «la» peculiaridad de nuestra literatura, ni siquiera en la Edad Media, sino que, además, hay textos medievales de carácter épico, como el *Poema de Fernán González*, muy acusadamente inspirados en el espíritu (y algunas fórmulas) de ese texto francés.

Así pues, la comparación entre esos dos monumentos literarios sólo tendría explicación para verificar si hubo puntos de contacto entre ellos y, más concretamente, si la épica castellana debe algo a la francesa. Es decir, sólo desde el plano científico, no desde el afectivo.

Y quienes conozcan ambos textos saben las dificultades

que presenta establecer esa relación. Jules Horrent, que los conoce muy bien, afirma que el cantar castellano no necesitó del francés para nada. Hay, claro está, ciertas coincidencias, derivadas de unas circunstancias históricas que tenían algún parecido, o de cierta fraseología ciertamente extendida. Pero las diferencias entre ellos, y aquí es donde se da la comparación afectiva, son muchísimo más grandes, y sus peculiaridades muy propias.

Muchos más puntos comunes presenta el *Cantar de Roldán* con el *Poema de Fernán González*. Ambos se centran en dos aspectos fundamentales: el espíritu y la técnica.

En cuanto al primero, es obvia su religiosidad. La sociedad vista en uno y otro es un reflejo del modelo que predica la iglesia: gobernante sacralizado, concordia perfecta. Los milagros, las conversaciones con la divinidad, el espíritu de cruzada, visiones proféticas, desautorización del contrario, etc., se dan aquí y allá bastante profusamente.

En la técnica narrativa, las coincidencias son también abundantes. Cabe señalar, a título de ejemplo, la estereotipación en la narración de batallas, en la descripción de lugares, aspectos ambos que recuerdan al arte románico: se abstrae para simbolizar, para lo cual bastan los elementos más constitutivos. Otro punto de contacto es el respeto del isosilabismo.

Esto, que parece elemental, se olvida con frecuencia.

Pero no se agotan aquí las coincidencias.

En efecto, fruto de una preceptiva común, podemos ver aquí y allá la presentación de ejércitos maravillosos, formados por auténticas muchedumbres. En ellos se encuentran unos campeones de «armas no abandonar», que se lanzan ciegamente en lo más arriesgado de la lucha dejando una estela de cadáveres, cual modernas trilladoras. Y esta «gallardía» no se les niega, bien al contrario, a los enemigos: cuando nos son presentados, si nuestra ingenuidad es grande, nos asalta el temor de que jamás podrán ser vencidos. En realidad, no son sus cualidades las que se nos presentan, sino la de los «nuestros», pues, como es sabido, a mayor calidad (o cantidad) del adversario, más mérito tendrá la victoria que se obtenga sobre ellos.

Así, hay un recurso que se repite. El ejército cristiano pasa siempre apuros en los inicios de un combate. Se inicia el «suspense» para el no acostumbrado. Lógicamente, los guerreros de la cruz empiezan a decaer (y a caer). Ha llegado el momento en que el jefe lance ardientes exhortaciones a la lucha, recordándoles su condición, para pasar a dar ejemplo de arrojo. Es también el momento en que «Dios está con nosotros», y, para mayor comprobación, se realiza el prodigio, la aparición (allí del ángel San Gabriel, aquí del Apostol Santiago), etc.

Se puede argüir que el *Poema de Fernán González* no tuvo irradiación de su comparado. Desde luego. No sólo porque es de una calidad bastante inferior, sino también porque el Poema es de un nacionalismo castellano a ultranza, tanto, que le hacía irrepresentable fuera de los límites de ese reino, y quizás incluso dentro. Su monje compositor tuvo más en cuenta los intereses de un monasterio que los de la Iglesia. Y no se despega tanto de la historia, sino que incide en ella continuamente. Adulterándola, desde luego.

Criterios de esta traducción. Ediciones

Partiendo del principio de que, al tratarse de una traducción, el texto original va a ser forzado, y doblemente, pues no se trata sólo de un cambio de lengua, sino también de época, he intentado aproximarme a aquél en la medida que lo permitía este doble obstáculo.

Para empezar, se trata de darle al verso una de sus características básicas, el ritmo. Para ello, he elegido un metro, el alejandrino español, con su disposición acentual consecuente.

Los versos del *Cantar* ponen dos acentos principales, situados siempre en las sílabas cuarta y décima, y otros secundarios, que oscilan entre la primera y la segunda, y la séptima y la octava. En mi versión, los acentos principales están localizados en las sílabas sexta y treceava, como era de esperar, y los secundarios, en la segunda o tercera, y en la novena sobre todo.

La elección del alejandrino se debe a varias razones. Se

acaban de citar los puntos de contacto con el *Poema de Fernán González*, que emplea ese verso. Podría aducir también que en el fragmento del *Roncesvalles* domina el hemistiquio de siete sílabas.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que, por las características de ambas lenguas, una traducción española literal siempre supone algunas sílabas más. Veamos un ejemplo:

Las est li reis, car la peine est mult grand, (2519)
(Laso es el rey, pues la pena es muy grande.)

Parece, entonces, adecuada la elección de un metro que proporcione cierta holgura a la traducción.

Se ha intentado realizar una traducción al tiempo respetuosa (lo más próxima posible a la literalidad) y ágil. Pequeñas licencias y alteraciones han sido, por supuesto, necesarias a veces para lograr la forma métrica.

Por otra parte, una de las versiones castellanas que más apoyo me ha dado, la del profesor Martín de Riquer, verdadero maestro en la materia, contiene en su prosa no pocos «alejandrinos», que me han evitado otros tantos esfuerzos. He aquí algunos:

La parte del espinazo sin buscar las junturas (CIV)
¿Dónde está vuestra espada, que Altadara se llama? (CVI)
Y lo revuelca muerto en medio de un barbecho (CVIII)
Que nuestro emperador tuvo buenos vasallos (CXI), etc.

Existen traducciones en prosa, como la de Benjamín Jarnés, cuya última edición, la 4.ª, Madrid, Alianza, 1979, he consultado; o las de Martín de Riquer, una de divulgación, Madrid, Austral, 1982, y otra crítica, Barcelona, El Festín de Esopo, 1983.

En verso están también las de Luis Cortés Vázquez, Salamanca, 1975, y Ángel Crespo, Barcelona, 1983, que apenas tuve tiempo de consultar. En estos casos, se ha querido dar un paso más, dándole también rima, lo cual es siempre a costa de una violentación, es decir, un alejamiento del texto original.

Así, Luis Cortés, se ve obligado a construcciones tan curiosas como:

Se ha el emperador matinal levantado (v. 163)
Ni a mí ni a otro ninguno, si de provecho es no (v. 221)
A ambos los mató sin remedio valiente (v. 650), etc.

En cuanto a Ángel Crespo, los problemas surgen por el metro empleado, el dodecasílabo. Ya he expuesto la conveniencia de un metro mayor. Crespo se ve en la necesidad de omitir algunas palabras. Véase por ejemplo su último verso, que ya conocemos:

Aquí de Turoldo la gesta termina

en el que ha desaparecido la palabra más importante *(declinet)*, además de apropiarse el autor de la gesta de su protagonista.

Para llevar a cabo mi trabajo, me he apoyado en las ediciones críticas de Martín de Riquer (que se acaba de mencionar), al que sigo también en la «españolización» de ciertos nombres propios, así como en las de J. Bédier, G. Bertoni, A. Roncaglia y C. Segre, citadas en la Bibliografía.

Como Roldán, espero que de mi trabajo «no se cante mala canción» (v. 1014) y, muy al contrario, sea útil. Si no al especialista, que necesariamente habrá de recurrir a las que se acaban de citar, sí al lector curioso de la literatura en general, y de la épica en particular.

Bibliografía

AEBISCHER, P., *Rolandiana et Oliveriana: recueil d'études sur les chansons de gestes*, Ginebra, 1967.

— *Préhistoire et protohistoire du Roland d'Oxford*, Berna, 1972.

BÉDIER, J., *Les légendes épiques: recherches sur la formation des chansons de geste*, 3.ª ed., 4 vols., París, 1926-29.

— ed., *La Chanson de Roland, publiée d'apres le manuscrit d'Oxford et traduite par...*, París, 1937.

BERTONI, G., *La Chanson de Roland, introduzione, testo, versione, note, glossario*, Florencia, 1935.

BURGER, A., *Turold, poète de la fidélité. Essai d'explication de la Chanson de Roland*, Ginebra, 1974.

BUTTIN, F., «Du costume militaire au Moyen Age et pendat la Renaissance», *Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XII, 1971.

CORTÉS VÁZQUEZ, L., ed., *El Cantar de Roldán, edición del manuscrito de Oxford, versión española, notas y apéndice por...*, Salamanca, 1975.

DELBOUILLE, M., *Sur la genese de la Chanson de Roland: travaux récents, propositions nouvelles*, Bruselas, 1954.

FAWTIER, R., *La Chanson de Roland: étude historique*, París, 1933.

FRAPPIER, J., «Réflexions sur les rapports des chansons de geste et l'histoire», en *Zeitschrift fur Romanische Philologie*, 73, (1957), páginas 1-20.

HALPHEN, L., *Eginhard Vie de Charlemagne*, París, Les Belles Lettres, 1938.

HORRENT, J., *La Chanson de Roland dans les littératures française et espagnole au moyen age*, Bibliotheque de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université de Liege, 1951.

— *Roncesvalles. Étude sur le fragment de «Cantar de gesta» conservé a l'Archivo de Navarra*, Bibliotheque..., 1951.

— «Un écho de la Chanson de Roland au Portugal: la geste de médisance de don Afonso Lopes de Baiam» en *Revue des Langues Vivantes*, XIV, (1948), págs. 133 y ss., y 193 y ss.
HORRENT, JC., «Les noms Rodlane et Bertlane dans la Nota Emilianense», *Marche Romane, Hommage... M. Delbouille*, 1973, págs. 231-49.
— «L'Historia Silense», *Marche Romane* XXIII-XXIV, (1973-74), págs. 135-50.
LAMBERT, E., «L'Historia Rotholandi du Pseudo-Turpin et le pélerinage de Compostelle», en *Romania*, LXIX, (1946-47), págs. 362 y ss.
LANGLOIS, E., *Table des noms propes de toute nature compris dans les chansons de geste imprimées*, París, 1904.
LE GENTIL, P., «La Chanson de Roland», *Connaissance des lettres*, París, 1955.
LEJEUNE, R., *Recherches sur le theme: les chansons de geste et l'histoire*, Lieja, 1948.
— «La naissance du couple littéraire Roland et Olivier», en *Mélanges... Grégoire*, II, Bruselas, 1950, págs. 371-401.
LEJEUNE, R., y STIENONT, J., *La légende de Roland dans l'art du moyen age*, 2 tomos, Bruselas, 1966.
LOT, F., *Études sur les légendes épiques françaises*, París, 1958.
MENÉNDEZ PIDAL, R., *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo: origenes de la épica románica*, Madrid, 1959.
— «Roncesvalles, un nuevo cantar de gesta del siglo XIII», en *Revista de Filología Española*, IV, 1917, págs. 105 y ss., y en *Tres poetas primitivos*, Buenos Aires, 1948.
PELEGRINI, S., *Studi rolandiani e trobadorici*, Bari, Biblioteca di Filologia Romanza, 1964.
RIQUER, M. DE, *Los cantares de gesta franceses: sus problemas, su relación con España*, Madrid, Biblioteca Románica Hispánica, 1952.
— *Chanson de Roland. Cantar de Roldán y el Roncesvalles navarro*, Barcelona, El festín de Esopo, 1983.
— *La leyenda del graal y temas épicos medievales*, Madrid, 1968.
ROLDÁN, J., *La huella histórico-literaria de Roldán en los textos españoles de la Edad Media y en los romances*, Madrid, 1972.
RONCAGLIA, A., ed., *La Chanson de Roland, a cura di...*, Módena, Testi e Manuali, 1974.
RUIZ DOMÉNEC, J. E., «La contrautopía arcaica en la Chanson de Roland», en *Actas del VIII Congreso de la Sociedad Internacional Roncesvals*, Pamplona, 1978, págs. 417-425.

RYCHNER, J., *La chanson de geste: essai sur l'art épique des jongleurs*, Ginebra, 1955.
SALVADOR MARTÍNEZ, H., *El Poema de Almería y la épica románica*, Madrid, Gredos, 1975.
SEGRE, C., ed., *La Chanson de Roland, edizione critica a cura di...*, Milán-Nápoles, Documenti di Filologia, 1971.
SICILIANO, I., *Les chansons de geste et l'épopée: Mythes, histoire, poèmes*, Turín, 1968.
VICTORIO, J., «Las Mocedades de Rodrigo: texto antifrancés», en *Actes du VII^e congres de la Societé Rencesvals*, II, Lieja, 1978, págs. 697-705.

CANTAR DE ROLDÁN

[La corte de Marsil]

I

El rey Carlos el Magno, nuestro emperador,
siete años completos permaneció en España,
conquistando hasta el mar esa tierra altanera.
No hubo un sólo castillo que se le resistiera,
ni muro ni ciudades que no se le rindiera,
excepto Zaragoza, que está en una montaña.
La tiene el rey Marsil, enemigo de Dios:
a Mahoma obedece, a Apolo reverencia.
Mas de nada le sirve, su mal es un designio.

1-9 Estos versos iniciales nos servirán para mostrar la fabulación que impera en el texto: en el año de la derrota de Roncesvalles, el 778, Carlos no era aún emperador; sólo estuvo en España tres meses; su único dominio, si es que se puede emplear esa palabra, lo ejerció en la ruta Roncesvalles-Pamplona-Tudela-Zaragoza, ciudad que nunca tomó ni está ubicada en ninguna montaña; Marsil, como el resto de los personajes árabes que se citarán, no existió, ni siquiera sus nombres son árabes; como es sabido, Mahoma no es un dios, sino un profeta, Apolo es una divinidad romana y Tervagán, que aparecerá más adelante, es una ficción, con objeto de formar una «trinidad», cuando el islamismo es monoteísta.

II

Ese rey Marsil estaba en Zaragoza,
a un vergel se dirige, está bajo una sombra.
Sobre una grada azul de mármol se recuesta
y en torno a él se juntan más de veinte mil hombres.
Allí llama a sus duques, allí llama a sus condes:
«Oíd —dice— señores, el mal que nos acecha:
Carlos, emperador y rey de dulce Francia,
viene a nuestro país a fin de sometemos.
Me encuentro sin ejército para darle batalla,
ni mi gente podría derrotar a su gente.
Quiero vuestro consejo, pues sois mis consejeros;
evitad que me venga o deshonor o muerte.»
No hay pagano ninguno que allí le respondiera,
excepto Blancandrín de Castil de Valhondo.

III

Entre gente pagana es Blancandrín oído:
por su gran valentía era buen caballero
y un gran hombre de pro al servicio del rey.
Díjoles: «Rey, no es hora de sucumbir al miedo;
enviad al rey Carlos, hombre orgulloso y fiero,
palabras de vasallo y mensaje de amigo.
Mandad como presente leones, osos, perros,
setecientos camellos, mil azores mudados
y cuatrocientos mulos de oro y plata cargados,

---

[14] Son títulos que nada tienen que ver con la administración árabe. Se trata de una presentación según el modelo feudal cristiano.

[31] El azor era durante la Edad Media un animal apreciadísimo para la cetrería, especialmente si había hecho ya la «muda» de las plumas. Para hacerse una idea de su valor, baste recordar que, según el *Poema de Fernán González*, éste obtiene la independencia de Castilla gracias a la venta de un azor y un caballo.

también cincuenta carros, con que hará un buen convoy:
muy bien podrá pagar con esto a sus soldados.
Decidle que esta tierra la tiene ya asolada,
que lo mejor sería volverse a Aix, a Francia,
que el día de San Miguel estaréis en su corte
en donde tomaréis la fe de los cristianos:
con gran honor y bien os haréis su vasallo.
Si quisiera rehenes, vos debéis enviarlos,
que sean diez o veinte, por darle confianza.
Aunque sean los hijos de nuestra propia esposa,
yo enviaría al mío aun si fuera a su muerte.
Más valdría que todos perdieran sus cabezas
que perdamos nosotros honor y señorío,
ni alcemos nuestras manos ansiosas de limosnas.»

IV

Allí habló Blancandrín: «Por mi mano derecha,
por la barba que flota al viento por mi pecho,
veréis cómo se esfuman las huestes de los francos.
Los franceses se irán a Francia, que es su tierra:
cuando esté cada uno en su anhelada casa
y Carlos esté en Aix, en su sala sagrada,
por San Miguel habrá una fiesta solemne:
el día llegará, se pasará ese plazo,
de nosotros no oirá palabras ni noticias.
El rey es orgulloso, tiene el alma perversa:
cortará la cabeza de esos nuestros rehenes.
Más vale para todos que pierdan sus cabezas
que nosotros perdamos a España clara y bella,
o suframos mil males, o suframos desgracias.»
Los paganos responden: «Bien puede resultar.»

[36] Aix es la ciudad conocida en francés como Aix-la-Chapelle y en español Aquisgrán, nombres que designan a la ciudad alemana de Aachen, en cuya bellísima catedral se cree que está enterrado Carlomagno. Cerca de ella, pero ya en territorio belga, se encuentra Herstal, que también fue sede del emperador.

[Embajada de Marsil a Carlomagno]

V

Una vez acabado el consejo, Marsil
ha llamado a Clarín, señor de Balaguer;
también a Estamarín y a su par Eudropín;
también a Priamón y a Garlán el Barbudo;
también a Maquiner y a su tío Maheu,
a Journer y Malbién, que viene de Ultramar,
y a Blancandrín también. Va a exponer la razón.
Ha llamado a diez hombres de entre los más felones:
«Señores, mis barones, iréis a Carlomagno,
que está poniendo cerco a la ciudad de Cordres.
Llevaréis en la mano sendos ramos de olivo
para significarle acatamiento y paz.
Que vuestra lengua logre obtener un tratado:
recibiréis por ello de mí mucho oro y plata,
también feudos y tierras y todo cuanto os plazca.»
Los paganos dijeron: «Es una buena paga.»

VI

Una vez acabado el consejo, Marsil
ha ordenado a sus hombres: «Señores, partiréis;
llevaréis en la mano sendos ramos de olivo
y diréis al rey Carlos este mensaje mío:

---

[67] Ultramar designaba en la Edad Media a las regiones costeras del Mediterráneo (=más allá del mar). De la misma manera, para los españoles de la época «ultramontano» designaba todo lo que había detrás de los Pirineos.

[71] *Cordres* designa probablemente a Córdoba, ciudad que, por ser la capital del mundo árabe en España, debía de sonar más. Hay que decir que la geografía no era muy conocida por los literatos de la época cuando sobrepasaba ciertos límites. Los grandes caminos de peregrinación proveían de ciertas informaciones, muy elementales por cierto, a autores que no se movían de sus sillas.

por amor de su dios, que me tenga piedat;
que no pasará un mes desde el día de hoy,
que yo no vaya a verlo con mil de mis vasallos;
que allí recibiré la ley de los cristianos,
haciéndome su hombre por amor y por fe.
Si quisiera rehenes, en verdad los tendrá.»
Dijo allí Blancandrín: «Obtendréis un buen pacto.»

VII

Diez mulas todas blancas manda traer Marsil,
regalo que le hizo el rey de Suintilía:
los frenos son de oro y de plata las sillas.
Ya cabalgan los hombres que llevan el mensaje,
en sus manos portaban sendos ramos de olivo,
van en busca de Carlos, que es de Francia señor:
por mucho que se guarde, ellos le han de engañar.

VIII

Está el emperador muy alegre y contento:
ya está tomada Cordres, sus murallas en ruinas,
y con sus catapultas ha abatido sus torres.
Sus caballeros tienen un inmenso botín:
es de oro y de plata y ricos guarnimientos.
La ciudad ha quedado desierta de paganos:
el que no ha sido muerto, ya se ha hecho cristiano.
En un florido huerto está el emperador:
allí tiene consigo a Roldán y a Oliveros,
a ese duque Sansón y al altivo Anseís,
Godofredo de Anjou, que es su gonfalonero,
y Gerín y Gerers están allí también.

---

[88] *Hacerse hombre de alguien* significaba en el lenguaje feudal declararse vasallo de alguien.

[106] El *gonfalón* era el estandarte del rey, por lo que constituía un gran honor ser su portador. Iba fijo en la parte superior de la lanza y equivale al *pendón* del *Cantar del Cid*.

Allí donde se encuentran hay otros muchos hombres:
hay de la dulce Francia quince mil caballeros.
Sobre blancas alfombras están esos barones;
para pasar el tiempo, jugaban a las tablas,
o bien al ajedrez los prudentes y viejos,
mientras que los noveles se ejercen con la espada.
Bajo un umbroso pino, junto a un rosal silvestre,
instalan un escaño, labrado en oro puro:
allí se sienta Carlos, rey de la dulce Francia.
Blanca tiene la barba, la cabeza florida,
lozano tiene el cuerpo, su postura es altiva:
aquel que lo buscare, no debe preguntar.
Llegan los mensajeros, descienden del caballo
y saludan al rey con amor y con bien.

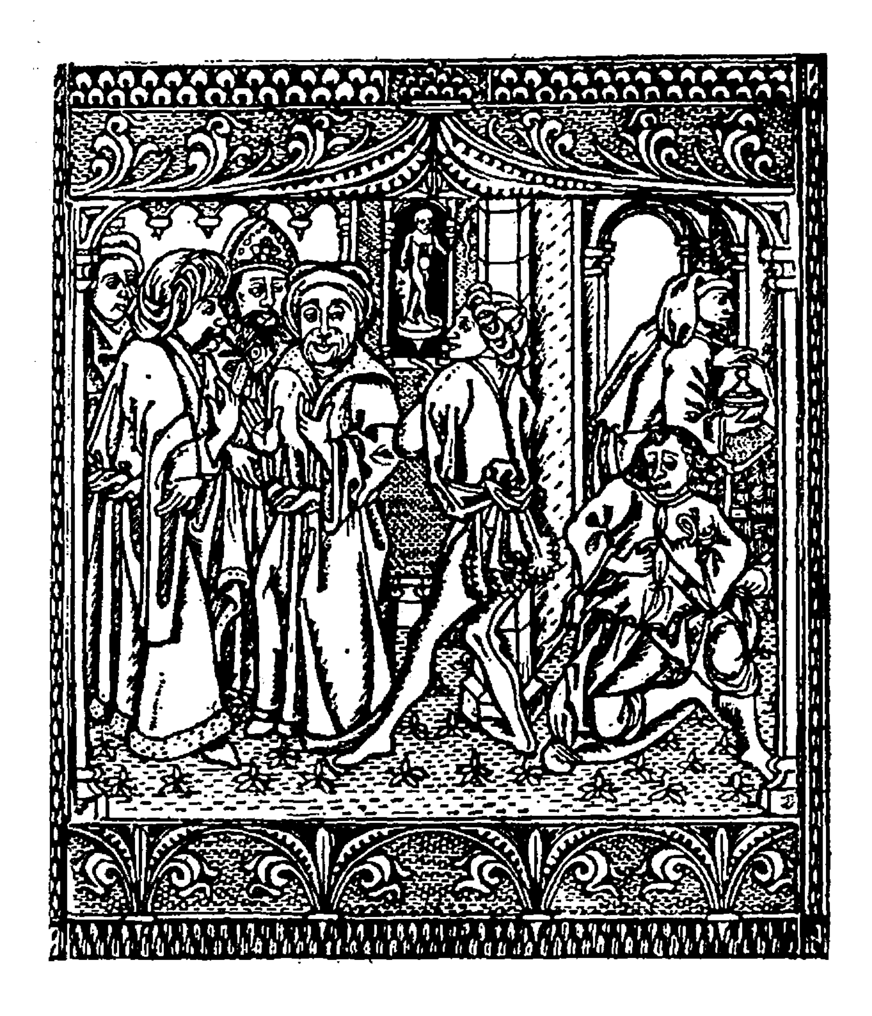
IX

El primero de todos ha hablado Blancandrín
diciendo al rey: «¡Salud, en el nombre de Dios,
el Glorioso, que todos debemos adorar!
Escuchad el mensaje de Marsil, el muy noble:
que lo ha aprendido todo de la ley redentora,
de sus muchas riquezas, muchas os quiere dar:
muchos osos, leones, lebreles con cadenas,
setecientos camellos, mil azores mudados
y cuatrocientos mulos de oro y plata cargados,
con lo que se podrá cargar cincuenta carros;
tendréis tal cantidad de bezantes valiosos
con que muy bien podáis vuestras huestes pagar.

[111] Según Riquer, las *tablas* era un juego parecido a las *damas*, pero con la particularidad de que se jugaba con previas tiradas de dados, es decir, con intervención del azar.

[115] Traduzco la palabra «faldestoed» por *escaño*, término que aparece en el *Cantar de Mío Cid*. Según el estudio de R. Menéndez Pidal, era un asiento portátil y con un lujo en relación de su propietario. Podía ser de grandes dimensiones, hasta el punto de que el Cid duerme la siesta en el suyo.

[132] Los *bezantes* eran monedas de oro de Bizancio.



Ya que en este país lleváis bastantes años,
es bueno que volváis a Aix, a vuestra Francia.
Mi señor os promete que allí os piensa seguir.»
Allí el emperador a Dios alza sus manos,
inclina la cabeza y se pone a pensar.

X

Su cabeza inclinada tuvo el emperador.
Nunca había sido hombre de palabra ligera,
tal era su carácter: hablar con gran mesura.
Cuando alzó su cabeza, su cara estaba altiva;
dice a los mensajeros: «Habéis hablado bien;
no obstante, el rey Marsil es mi gran enemigo:
de estas vuestras palabras que acabáis de decir,
¿en qué medida puedo tener confianza en él?»
—«A cambio de rehenes —responde el sarraceno—;
te entregaremos diez, o quince o veinte hombres:
aun si fuera su muerte, te entregaría a mi hijo,
y si no es suficiente, os los daré más nobles.
Cuando en vuestro palacio soberano ya estéis,
de San Miguel la fiesta, llamado del Peligro,
allí os encontrará: lo dice mi señor.
Dentro de vuestros baños, que Dios hizo por vos,
allí mismo querrá tomar fe de cristiano.»
Allí responde Carlos: «Aún se puede salvar.»

XI

Hermosa era la tarde, el sol era muy claro.
Los diez mulos cargados mandó Carlos guardar.
El rey en el vergel manda alzar una tienda:

---

152 Alude aquí al patrón de la célebre abadía llamada *Mont Saint Michel.*
154 Los *baños* o «las aguas» son las que dan el nombre a la ciudad (*Aquis*).

a los diez mensajeros los hizo allí hospedar,
con doce servidores que están a su servicio.
Allí pasan la noche hasta que el día es claro.
A las primeras luces, se ha levantado Carlos,
ha asistido a la misa, rezado los maitines.
A la sombra de un pino se ha dirigido el rey.
Manda por sus barones para tener consejo:
quiere que los franceses le aconsejen en todo.

[Consejo de Carlomagno]

XII

A la sombra de un pino está el emperador,
manda por sus barones para tener consejo:
vienen Ogier el duque, Turpín el arzobispo;
vienen Ricardo el Viejo y Enrique, su sobrino,
también el noble conde Acelín de Gascuña,
Teobaldo de Reims y su primo Milón;
y Gerers y Gerín vienen allí también;
junto con todos ellos vino también Roldán,
así como Oliveros, hombre de pro y lozano.
De franceses de Francia hay allí más de mil.
Ganelón también vino, el que hizo traición.
Comienzan el consejo, el que causó desgracia.

170-76 Digamos unas palabras sobre estos personajes. *Ogier*, originario de Dinamarca como se citará más tarde, es el héroe de dos «chansons» y citado en la *Nota Emilianense* parece aludir a un histórico *Autcharius*. *Turpín* es efectivamente el nombre de un arzobispo de Reims (774-91) pero no participó en esta expedición, pues murió pacíficamente en su cama. *Roldán* pudiera tratarse del cronístico «Hruodlandus Brittannici limitis praefectus» de Eginhardo, autor de una *Vita karoli magni*, escrita hacia el año 830, pero no se puede establecer con certeza su historicidad. En cuanto a *Oliveros*, es un personaje de pura ficción. Y lo mismo puede decirse, en el estado actual de nuestros conocimientos, de *Ganelón*. De los nombres de los otros no vale, pues, la pena ocuparse: o son ficticios o, en el menos grave de los casos, anacrónicos.

XIII

Dijo el emperador: «Señores, mis barones;
el rey Marsil me envía aquí sus mensajeros.
De sus riquezas manda un valioso presente:
lebreles con correas, y osos y leones,
setecientos camellos, mil azores mudados
y cuatrocientos mulos con mucho oro de Arabia,
además de todo esto, más de cincuenta carros.
Pero me pide a cambio que volvamos a Francia,
que él me ha de seguir a mi palacio en Aix,
que allí recibirá nuestra ley más segura,
y que, siendo cristiano, de mí tendrá sus marcas.
Mas de estas sus palabras ignoro la intención.»
Responden los franceses: «Debemos desconfiar.»

XIV

Dichas estas razones, calla el emperador.
Allí el conde Roldán, que en ello no consiente,
se levanta muy firme y va a contradecirlo.
Dice al rey: «¡Mala hora si creéis a Marsil!
Hace ya siete años que vinimos a España;
por vos he conquistado a Noples y Commibles,
he tomado Valterna y la tierra de Pina,
y también Balaguer, y Tudela y Sezilla.
El rey Marsil entonces hizo una gran traición:
quince de sus paganos nos mandó mensajeros,

---

190 *Marca* era el territorio fronterizo del imperio carolingio, y estaba defendido por un «marqués». Tenía, pues, una gran importancia en el sistema defensivo de un reino. En la realidad hispana, se empleaba el término «extremadura», como consta en el nombre de dicha región, pero también en el escudo de Soria.

200 Se alude aquí a un relato que recogen la *Karlamagnús saga* islandesa y el cantar *Entrée en Espagne.*

llevaban en la mano sendos ramos de olivo
y os dijeron las mismas palabras que ahora dicen.
Allí a vuestros franceses les pedisteis consejo:
fuisteis aconsejado bastante locamente;
a dos de vuestros condes mandasteis al pagano,
el uno era Basán, el otro era Basilio:
cortóles la cabeza en los montes de Altilia.
Continuad la guerra que tenéis iniciada,
llevad a Zaragoza vuestra hueste levada,
asediadla muy fuerte mientras sigáis con vida,
así podréis vengaros del que mató a traición.»

XV

Tiene el emperador la cabeza inclinada,
su barba se acaricia y se atusa el bigote,
ni bien ni mal responde a dichos del sobrino.
Los franceses se callan, excepto Ganelón.
En pie se ha levantado, se dirige ante Carlos,
muy orgullosamente comienza su razón.
Dice al rey: «¡Mala hora, si créeis al bribón,
sea yo o sea otro, que no hable en vuestra pro!
Si el rey Marsil envía a vos este mensaje
y jura por su vida convertirse en vuestro hombre,
que tendrá toda España en comienda de vos
y tomará la ley que nosotros tenemos,
a aquel que os aconseje despreciar tal tratado
no le incumbe, señor, de qué muerte muramos.
Consejo de orgulloso debemos despreciar;
dejemos a los locos y que hablen los sensatos.»

---

[216] Hay muchísimas leyendas acerca del parentesco entre Carlomagno y Roldán y entre éstos y Ganelón. Para el que precise más documentación, remito a la edición de Riquer. Independientemente de esas notas literarias, conviene saber el papel que tenían los «sobrinos» en la sociedad de aquellos años. En breves palabras, era muy importante para los «tíos» el tener cerca de sí, criándolos incluso, a los herederos de una rama familiar para aspirar a tutelajes y afirmar relaciones (Véase G. Duby *El caballero, la mujer y el cura*, Madrid, 1982).

XVI

Dichas estas palabras, se adelantó Naimón:
en la corte no había un vasallo mejor.
Allí le dijo al rey: «Muy bien lo habéis oído:
el conde Ganelón muy bien ha respondido.
Su respuesta es juiciosa, sea bien entendida.
El rey Marsil está de esta guerra vencido,
pues todos sus castillos se los habéis tomado
con vuestras catapultas sus muros están rotos,
sus ciudades quemadas y sus hombres vencidos.
Ahora que os suplica que le tengáis piedad,
haríais un pecado en hacerle más daño.
Ya que con los rehenes os quiere asegurar,
esta terrible guerra debiera terminar.»
Responden los franceses: «Muy bien ha hablado el duque.»

XVII

«Señores mis barones, ¿a quién enviaremos
que vaya a Zaragoza, la corte de Marsil?»
El duque Naimón dice: «Yo iré, con vuestro acuerdo;
entregadme al momento el guante y el bastón.»
Allí responde Carlos: «Sois hombre de consejo:
mas por esta mi barba, por estos mis cabellos,
no os iréis por ahora tan lejos de mi lado.
¡Id de nuevo a sentaros, nadie os ha requerido!

---

247 El *guante y el bastón* son en este caso los signos de una misión, algo así como las cartas credenciales. Estos objetos se entregaban también, como símbolo de autoridad, en los actos de investidura.

249 La *barba*, representación masculina, tenía un significado muy importante durante la Edad Media, dando lugar a toda una fraseología. Se podía emplear como epíteto para referirse a un individuo (en este texto veremos «el de la barba florida, o cana, o blanca», referido siempre a Carlomagno) y los actos más graves o solemnes eran mostrados con referencia a ese término.

XVIII

Señores mis barones, ¿a quién enviaremos
que vaya al sarraceno que tiene a Zaragoza?»
Responde allí Roldán: «Me presto voluntario.»
Dice el conde Oliveros: «Vos no podéis hacerlo.
Vuestro carácter es áspero y altanero,
y yo mucho me temo que la violencia surja.
Si el rey lo permitiese, yo seré el enviado.»
Allí responde el rey: «Uno y otro, ¡calláos!
Ninguno de los dos pondréis allí los pies.
¡Por esta barba mía que ya veis blanquear,
ninguno de los Doce Pares será enviado!»
Los franceses se callan, todos están calmados.

XIX

Turpín el arzobispo de Reims se ha levantado
y al rey le dice así: «¡Queden en paz los francos!
Siete años enteros hace que estáis aquí:
muchas penas sufrieron, también muchos afanes.
Dadme, señor, a mí el guante y el bastón
y seré yo quien vaya a ver al Sarraceno:
podré así contemplar cómo tiene el semblante.»
Lleno de una gran ira, dice el emperador:
«¡Que no os vuelva a escuchar si yo no lo ordenara!»

XX

Dice el emperador: «Caballeros franceses,
elegidme un barón que sea de mi marca
que le lleve a Marsil de mi parte el mensaje.»
Allí dice Roldán: «Ganelón, mi padrastro».
Responden los franceses: «Este muy bien lo hará;
si él no fuera elegido, no lo hallaréis más apto.»

El conde Ganelón con esto se ha irritado:
arroja de su cuello grandes pieles de marta
y en su brial de seda sólo queda vestido;
sus ojos son brillantes y el rostro muy altivo;
el cuerpo tiene noble y su pecho es muy ancho:
es muy lozano el conde, todos lo están mirando.
Allí dice a Roldán: «¡Loco! ¿Por qué esa rabia?
Todos aquí conocen que yo soy tu padrastro
y tú osas designarme para ir a Marsil.
¡Mas si Dios lo permite que de allí vuelva un día,
haré lo que yo pueda para hacerte tal daño,
que el resto de tus días no puedas olvidarlo!»
Respondióle Roldán: «Es orgullo y locura.
Todos lo saben bien: no cuido de amenazas;
de hombres prudentes es realizar embajadas,
y, si el rey lo quisiera, yo lo haría por vos.»

XXI

Responde Ganelón: «¡Tú no lo harás por mí!
Ni yo soy tu señor, ni tú eres mi vasallo.
El rey Carlos me manda que lleve su mensaje:
iré yo a Zaragoza a ver al rey Marsil.
Mas yo prometo hacer alguna ligereza
para poder calmar esta mi indignación.»
Cuando lo oye Roldán, se comienza a reír.

XXII

Cuando ve Ganelón que se ríe Roldán,
se pone tan colérico, que cree morir de ira,
y muy poco le falta para perder el juicio.
Allí le dice al conde: «Yo ya no os puedo amar,
pues sobre mí lanzásteis una indigna opinión.

---

282 El *brial* era una amplia túnica, generalmente de gran riqueza, como en este caso: de seda y con pieles de marta.

Aquí estoy ante vos, el recto emperador,
pues yo quiero cumplir por vos esta misión.

XXIII

Yo he de ir a Zaragoza. Es preciso, lo sé.
Quien lleve tal misión no podrá ya volver.
Mas no lo olvidéis nunca: mi esposa es vuestra hermana.
Con ella tengo un hijo, ¡no los hay más hermosos!
Baldovinos se llama, el cual será un gran noble.
A él le dejo yo mis honores y feudos.
Tenedlo en vuestra guarda, nunca volveré a verlo.»
Carlos le respondió: «Os veo el corazón tierno.
Mas ya que yo os lo pido, vos debéis preparaos.»

XXIV

Dice el rey: «Ganelón, venid a mi presencia
para que recibáis el guante y el bastón.
Son los francos, lo oísteis, quienes han elegido.»
«—Señor —Ganelón dice—, sólo Roldán ha sido.
Ya nunca le amaré mientras dure mi vida,
ni tampoco a Oliveros, que es su fiel compañero.
Y a esos Doce Pares, ya que lo quieren tanto,
los desafío a todos aquí en vuestra presencia.»
Allí responde el rey: «Os veo muy airado.
Pero tenéis que ir: soy yo quien os lo ordena.»
«—Iré, pero no habrá para mí garantía:
no la tuvo Basilio, ni su hermano Basán.»

XXV

Allí el emperador le da el guante derecho.
Ganelón no quisiera haber estado allí.
Cuando fue a recogerlo, el guante cae al suelo.

Los franceses se dicen: «¡Dios!, ¿qué significará?
De esta mensajería nos vendrá gran perjuicio.»
Les dice Ganelón: «¡Ya tendréis mis noticias!»

XXVI

Ganelón dice al rey: «Señor, dadme licencia;
puesto que debo irme, me quiero ya partir.»
«—Marchad con mi licencia y con la de Jesús.»
Con su mano derecha lo santigua y absuelve;
después le da el bastón y con él la misiva.

[Embajada de Ganelón]

XXVII

El conde Ganelón se dirige a su tienda:
se pone a preparar entre los guarnimientos
los mejores de todos que puede conseguir:
unas espuelas de oro se coloca en los pies,
ha ceñido su espada Murgleis en su costado
y monta en su caballo, llamado Tachebrún.
El estribo le tiene su tío Guinemer.
Allí veríais llorar a tantos caballeros,
todos le están diciendo: «¡En mala hora nacísteis!
En la corte del rey habéis estado mucho,
todos solían decir que erais noble vasallo.
Aquél que os designó a hacer esta embajada
no podrá Carlomagno defender ni salvarlo.

---

[346] Como en el caso del Cid, en el que se da nombre a las espadas y al caballo, en el texto presente se refleja la misma costumbre. El hecho de que sean precisamente la espada y el caballo, y no otros elementos, es debido a que son los instrumentos más determinantes de la ideología feudal: «caballero» es, desde luego, el que poseía un caballo, y era armado tal después del espaldarazo dado con la espada y de calzarse las espuelas.

Ese conde Roldán no debió imaginarlo,
pues de un linaje noble habéis nacido vos.»
Y terminan diciendo: «Con vos queremos ir.»
Responde Ganelón: «¡No lo quiera el Señor!
Mejor es que uno muera que tantos caballeros.
Vos a la dulce Francia, señores, volveréis:
a mi querida esposa llevadle mis saludos,
también a Pinabel, que es mi par y mi amigo,
y a mi hijo Baldovinos, que muy bien conocéis:
prestadle vuestra ayuda, tenedlo por señor.»
Ya ha tomado su ruta, al camino ya ha entrado.

XXVIII

Cabalga Ganelón. Y bajo un alto olivo
se une a los sarracenos que dieron el mensaje.
Al verlo, Blacandrín a su lado cabalga
y se dicen palabras de prudencia y tanteo.
Le dice Blancandrín: «¡Gran hombre es el rey Carlos!
Ha conquistado Apulia y toda la Calabria,
pasó la mar salada para ir a Inglaterra,
ganóles el tributo en favor de San Pedro.
Pues, ¿qué más quiere el rey, que viene a nuestra tierra?»
Ganelón le responde: «Esa es su voluntad.
No habrá nadie en el mundo que oponérsele pueda.»

XXIX

Responde Blancandrín: «Los franceses son nobles
y hacen un daño grande estos duques y condes
a su rey y señor si le dan tal consejo:
a él y a los suyos agotan y confunden.»
Responde Ganelón: «No le aconseja nadie
exceptuando a Roldán: pero tendrá su paga.
Estaba ayer mañana bajo la sombra el rey,

allí llegó el sobrino, vestido con la cota,
el cual, en Carcasona, había hecho un botín.
En su mano traía una manzana roja:
"Tomad, mi buen señor —díjole al rey Roldán—:
de todos esos reyes te traigo la corona."
Su orgullo, que es muy grande, le tiene que perder,
pues cada día que pasa a la muerte se expone:
si alguno lo matase, tendremos total paz.»

XXX

Díjole Blancandrín: «Roldán es muy odioso,
pues a todos los reinos los quiere reducir
y quiere conquistar a todas las naciones.
¿Con qué ejército cuenta para cumplir sus planes?»
Responde Ganelón: «Gracias a los franceses.
Le tienen tanta estima, que no le han de faltar.
Presentes de oro y plata les da en gran cantidad,
y mulos y corceles, y sedas y armaduras.
Al mismo emperador lo tiene a su merced:
reinos hasta el Oriente él le conquistará.»

XXXI

Ganelón, Blancandrín, tanto cabalgan ambos,
que juran uno a otro ayuda y confianza:
van a procurar ambos la muerte de Roldán.

---

384 La *cota* y la *loriga*, que tanto se citarán en este texto, eran armaduras de defensa. Según la detallada descripción de Menéndez Pidal en su estudio sobre el vocabulario del *Cantar de Mío Cid*, consistían en una prenda recubierta de metal, o de cuero con escamas o anillos de metal (cota) o toda de mallas, que colgaba desde el almófar hasta las rodillas, con dos aberturas, delantera y trasera, para poder montar a caballo, quedando entonces dos *faldas*.

La loriga desterró definitivamente a la cota. Su precio llegó a ser más de la mitad de un caballo. La de los sarracenos se tejía hasta con tres capas de mallas muy ligeras, especialmente en pecho y espalda. A veces se vestían lorigas o cotas dobles (véase v. 711).

Mucho cabalgan ambos por vías y caminos,
llegan a Zaragoza, se paran bajo un tejo.
A la sombra de un pino se ha instalado un escaño:
seda de Alejandría lo cubre enteramente.
Allí se sienta el rey que tiene a toda España,
hay a su alrededor veinte mil sarracenos.
Ninguno de ellos habla, no se escucha una voz:
todos están atentos para oír el mensaje.
Allí los dos se acercan: Ganelón, Blancandrín.

XXXII

Se acerca Blancandrín adonde está Marsil
llevando de la mano al conde Ganelón.
Dice: «¡Salve, señor, en nombre de Mahoma
y en el nombre de Apolo, cuyas leyes guardamos!
A Carlos el mensaje ya le hemos transmitido:
levantó sus dos manos, tendidas hacia el cielo,
a su Dios alabó, no tuvo otra respuesta.
Conmigo os ha enviado uno de sus barones:
natural es de Francia y es muy noble varón.
Por él escucharéis si tendréis paz o no.»
Dice Marsil: «Que hable, queremos escucharlo.»

XXXIII

El conde Ganelón lo había pensado bien
y con gran maestría así comienza a hablar
como hombre de experiencia muy bien acostumbrado.
«¡Salud —le dice al rey— en nombre del Glorioso,
ese Dios al que todos debemos adorar!
Escuchad el mensaje de Carlomagno el noble:
quiere que recibáis la santa ley cristiana;
a cambio, media España en feudo os piensa dar.
Si acaso no quisiérais aceptar el acuerdo,
preso seréis y atado sin ninguna piedad.
A la sede de Aix vos seréis conducido

donde, bajo sentencia, seréis ajusticiado
y acabaréis los días de forma vergonzante.»
El rey Marsil por ello se altera enormemente.
Tiene un dardo en la mano, con unas plumas de oro,
quiere herirlo con él, pero ha sido impedido.

XXXIV

El rey Marsil allí ha mudado el color,
esgrimiendo después el asta de su dardo.
Al verlo, Ganelón echa mano a la espada
y dos dedos de ella la saca de la vaina
mientras le está diciendo: «¡Muy bella y clara eres!
¡Cuántas veces te tuve en la corte del rey!
Ya no podrá decir el rey Carlos de Francia
que he muerto abandonado en una tierra extraña
sin que a los más valientes hayas costado cara.»
Los paganos exclaman: «Evitemos la lucha.»

XXXV

Tanto se lo han rogado los nobles sarracenos,
que vuelve el rey Marsil a sentarse en su escaño.
Allí dice el califa: «Mala la hubiérais hecho
de haber llegado a herir a este conde francés:
mucho más os conviene escucharlo y oírlo.»
Responde Ganelón: «Tengo que soportarlo.
Mas yo no he de dejar por el oro del mundo
ni todas las riquezas que hay en este país
de decir lo que debo, si tengo que decirlo:
lo que le manda Carlos, el poderoso rey,
por mí se lo transmite, su mortal enemigo.»
Vestido va el francés de un manto cibelino
que estaba recubierto de seda alejandrina.

---

462 El *manto* se ponía por encima del brial. Si Ganelón se desembaraza de él aquí, no es solamente para poder desenvainar la espada, sino porque esa prenda significaba paz. Como se puede ver, el manto que lleva es de

Lo ha lanzado por tierra, Blancandrín lo recoge,
todo ello sin soltar la mano de la espada:
en su puño derecho tiene el pomo dorado.
Los paganos exclaman: «Este es un gran barón.»

XXXVI

Ganelón se aproxima hacia donde está el rey
y le dice: «Señor, vuestra ira es injusta,
pues esto os dice Carlos, que es de Francia señor:
que debéis recibir la ley de los cristianos
y a cambio él os dará en feudo media España,
y Roldán, su sobrino, tendrá la otra mitad:
¡tendréis por copartícipe un hombre orgullosísimo!
Y si acaso este acuerdo no queréis aceptar,
a Zaragoza mismo él os vendrá a sitiar;
seréis a viva fuerza preso y encadenado
y a la ciudad de Aix seréis muy mal llevado.
Allí no os harán falta palafrén ni corcel,
tampoco mulo o mula con los que cabalgar,
pues seréis colocado sobre una mala acémila.
Allí os condenarán a perder la cabeza.
Es el emperador el que os envía el mensaje.»
En la mano derecha se lo entrega al pagano.

XXXVII

El rey Marsil está de cólera temblando.
Está rompiendo el sello, ha quitado la cera
y examina el mensaje, leyendo lo que dice:
«Esto me pide Carlos, señor de toda Francia:

---

gran lujo: la ostentación es frecuente en los textos épicos, como signo de poder e importancia.

479 El *palafrén* era un caballo de camino, de viaje, mientras que el *corcel* era el caballo para los combates.

que no debo olvidar su dolor y su ira
es decir, de Basán y su hermano Basilio,
los que decapité en los cerros de Altilia;
si quiero conservar en el cuerpo la vida,
a él debo enviar a mi tío el califa
y, si no hiciera esto, ya nunca me amaría.»
El hijo de Marsil se dirige a su padre
diciendo: «Ganelón ha dicho una locura.
Os ha ofendido tanto, que no debe vivir:
entregádmelo a mí, que yo le haré justicia.»
Ganelón, que lo oye, echa mano a la espada,
va a apoyarse en un pino, la espalda contra el tronco.

[La traición de Ganelón]

XXXVIII

A un vergel se retira el pagano Marsil
llevándose consigo a sus mejores hombres.
Allí está Blancandrín, el del cabello cano,
y también Jurfaret, su hijo y heredero,
también está el califa, su tío y consejero.
Comienza Blancandrín: «Convocad al francés:
él nos ayudará, según él me ha jurado.»
Le responde Marsil: «Haced que venga vos.»
Conduce a Ganelón, al que trae de la mano,
y lo lleva al vergel donde se encuentra el rey.
Entre todos se trama una innoble traición.

XXXIX

Allí dice Marsil: «Muy gentil Ganelón,
acabo de trataros con cierta ligereza:
estaba muy airado y os quise golpear.
Como prenda os entrego esta piel cibelina,

515 La piel *cibelina*, que ya se ha citado en el verso 462, era una variante de la piel de marta.

—su borde de oro vale más de quinientas libras—
de que os compensaré mañana a más tardar.
Responde Ganelón: «No la rechazaré.
Y Dios, si así le place, bien os lo tenga en cuenta.»

XL

Esto dice Marsil: «En verdad, Ganelón,
yo tengo la intención de amaros grandemente;
a vos de Carlomagno os quiero oír hablar.
Muchos son ya sus años, ya ha empleado su tiempo,
doscientos años tiene, si no estoy en error.
Por muchísimas tierras ha llevado su cuerpo,
su escudo broquelado recibió muchos golpes,
a muchos ricos reyes redujo a mendigar:
¿Cuándo estará cansado de tanto guerrear?»
Responde Ganelón: «Carlos no es de esos tales.
No hay en el mundo hombre que lo conozca un poco
que no diga de él: es gran emperador.
Es tal, que no sabría alabarlo cual debo,
no hay nadie que posea tanto honor y bondad.
Pues de su gran valor, ¿quién lo podrá expresar?
De una tan gran nobleza lo ha iluminado Dios.
Más quisiera él la muerte que faltar a su honor.»

XLI

Le responde el pagano: «¡Mucho me maravillo
de tu rey Carlomagno, que ya está viejo y cano!
Doscientos o más años tiene ya, según sé;
por tantísimas tierras su cuerpo ha trabajado,

---

526 El *escudo*, según detallada descripción de Menéndez Pidal, era de tabla, a veces recubierta de cuero. En su centro estaba la *bocla*, guarnición de metal que solía representar una figura de animal, de donde salían radios de metal también, llamados *fustes* (véase v. 3583). El escudo se solía llevar colgado del cuello por medio del «tiracol», que se estiraba o acortaba a voluntad. Las formas más usuales son grande y alargado, como una almendra, o pequeño y redondo (véase también vv. 3425 y 3361).

sufrido tantos golpes de lanzas y de picas,
a tantos ricos reyes les hizo mendigar:
¿Cuándo estará cansado de tanto hacer la guerra?»
Ganelón dice: «Nunca, mientras viva el sobrino.
No hay tal noble vasallo bajo el manto del cielo.
Muy valiente es también Oliveros, su amigo,
como los Doce Pares, tan queridos de Carlos;
con ellos, en vanguardia, veinte mil caballeros.
Muy seguro está Carlos, a nadie hay que temer.»

XLII

Responde el sarraceno: «¡Mucho me maravillo
de tu rey Carlomagno, que ya está viejo y cano!
Doscientos o más años tiene ya, según sé.
Tantas y tantas tierras él ha ido conquistando,
recibió tantos golpes de lanzas cortadoras,
vencidos tantos reyes y muertos en la lid:
¿Cuándo estará cansado de tanto hacer la guerra?»
Ganelón dice: «Nunca, mientras viva Roldán;
no hay un vasallo tal desde aquí hasta el Oriente.
Muy valiente es también Oliveros, su amigo,
como los Doce Pares, tan queridos de Carlos;
con ellos, en vanguardia, veinte mil caballeros.
Muy seguro está Carlos, a nadie hay que temer.»

XLIII

Dice Marsil el rey: «Muy gentil Ganelón,
mi ejército es muy grande, no lo veréis mejor:
cuatrocientos mil hombres yo podría reunir:
Carlos y los franceses, ¿los puedo combatir?»

---

541 Traduzco la palabra «espiet» por *pica*, en lugar de *azcona*, versión que aventura Riquer. Tanto la lanza como la pica son armas de choque, no arrojadizas, como la *azcona*, cosa que él mismo explica.

Responde Ganelón: «No será por ahora:
de vuestros sarracenos habría muchos muertos.
¡Olvidad las locuras, tenéos a la prudencia!
Dad al emperador cuanto podáis reunir,
que no haya ni un francés que no se maraville.
Con sólo veinte rehenes que podáis enviarle
hacia su dulce Francia se volvería el rey;
sólo su retaguardia dejará de esta parte.
Ahí estará Roldán, su sobrino, yo creo,
y también Oliveros, el noble y el cortés:
ambos pueden morir, si me queréis creer,
y el rey Carlos verá cómo su orgullo cae:
nunca más tendrá ganas de luchar contra vos.»

XLIV

Allí dice Marsil: «Muy noble Ganelón,
¿de qué modo podría yo matar a Roldán?»
Responde Ganelón: «Os lo voy a mostrar:
el rey piensa pasar por los puertos de Sícera,
sólo su retaguardia dejará de esta parte.
En ella irá el sobrino, Roldán, el rico conde,
y también Oliveros, en el que tanto fía,
y veinte mil franceses les harán compañía.
De vuestros sarracenos enviadles cien mil
para que los combatan una primera vez.
Será maltrecha y rota esa gente francesa,
mas también de los vuestros habrá gran mortandad.
Iniciad de inmediato una segunda lid:
Roldán, en una u otra, de allí no escapará.
Habréis así logrado gentil caballería,
ninguna guerra más tendréis en vuestra vida.

583 El valle de Sícera está situado entre Roncesvalles y San Juan Pie de Puerto.

XLV

Quien pueda conseguir que allí muera Roldán
sin su mano derecha dejaría al rey Carlos
y esas terribles huestes quedarán reducidas;
nunca más podrá Carlos juntar ya tantas fuerzas:
nuestros antepasados quedarán así en paz.»
Lo ha escuchado Marsil y le besa en el cuello,
ordenando después que traigan los tesoros.

XLVI

Dícele allí Marsil: «Hablar no es suficiente,
no es válido el consejo si no siguen los actos:
aquí debéis jurar la muerte de Roldán.
Responde Ganelón: «¡Sea como gustéis!»
Y sobre las reliquias de su espada Murgléis
la traición ha jurado, haciéndose culpable.

XLVII

Un escaño se yergue labrado de marfil.
Ha ordenado Marsil que le traigan el libro:
es la ley de Mahoma, la ley de Tervagán,
y sobre el libro jura el pagano español:
«que si en la retaguardia encontrara a Roldán,
sería combatido con toda su mesnada:
si pudiera lograrlo, sería allí su muerte.»
Responde Ganelón: «¡Que lo podáis lograr!»

XLVIII

Allí llega un pagano, Valdabrún es su nombre,
al cual apadrinó el propio rey Marsil.
Se estaba sonriendo, y dice a Ganelón:
«Aquí tenéis mi espada, mejor no la habéis visto,
sólo su guarnición ya vale mil mancusos.
Señor, por amistad, yo os la quiero ofrecer:
haced que sea posible que a Roldán el barón
podamos encontrarlo en esa retaguardia.»
«Dadlo por hecho» —dice el conde Ganelón.
Allí se besan ambos la cara y la barbilla.

XLIX

Después llega un pagano, Climborín es su nombre,
que con sonrisa clara le dice a Ganelón:
«Aquí tenéis mi yelmo, no existe otro mejor.
Haced que sea posible que a Roldán el marqués
pudiéramos cogerlo para luego afrentarlo.»
«—Eso, dadlo por hecho», responde Ganelón.
Allí se besan ambos los labios y la cara.

---

618 Debe entenderse que lo apadrinó en el acto de armarse caballero, lo cual era considerado como un sacramento. Aquí también se traspasa al mundo árabe una realidad cristiana.

621 *Mancuso* era el nombre con que se designaba a la moneda de oro musulmana entre los cristianos (Riquer).

626 El besarse de esa forma era muestra de gran amistad. El mismo Cid besa al rey Alfonso VI en la boca en el acto de su reconciliación.

629 El *yelmo* en aquella época era ovoide o cónico, reforzado en su borde por un aro metálico, con una defensa delantera que protegía la nariz (el *nasal*). Podía ir decorado más ricamente, y se sujetaba a la loriga por medio de lazos de cuero. Debajo de él podía haber un casco muy ceñido, llamado *capellina* (v. 3435) y una *cofia* de tela (v. 3436) para evitar el roce. Véase también nota al verso 1293.

L

Entonces aparece la reina Bramimonda:
«Mucho os amo, señor —allí le dice al conde—,
pues os aprecian mucho mi señor y sus hombres.
A vuestra esposa quiero enviar dos collares,
hechos todos de oro, amatistas, jacintos:
es de menos valor todo el haber de Roma,
ni vuestro emperador nunca los vio tan bellos.»
Ganelón los acepta y los mete en su huesa.

LI

El rey llama a Malduit, su tesorero es:
«Los presentes de Carlos, ¿están aparejados?
Le responde Malduit: «Señor, perfectamente:
setecientos camellos de oro y plata cargados
y los veinte rehenes, los más nobles que hay.»

LII

Marsil a Ganelón lo toma por el hombro
y le dice: «Vos sois muy noble y muy discreto:
por esta vuestra ley, que tenéis por muy santa,
no queráis olvidar la amistad que hemos hecho.
De mis riquezas quiero daros gran cantidad:
diez mulos muy cargados de oro fino de Arabia,
y no pasará un año que no os ofrezca tanto.
Aquí tenéis las llaves de esta rica ciudad.
Presentad al rey Carlos estos grandes tesoros
y obligad a Roldán que esté en la retaguardia:
si en puerto lo encontrara o en desfiladero,
no dejaré de darle una mortal batalla.»

641 La *huesa* era una bota de caña alta.

Responde Ganelón: «Mucho me estoy tardando.»
Cabalga en su caballo, a los caminos entra.

[REGRESO DE GANELÓN]

LIII

Está el emperador acercando sus tiendas
habiendo ya llegado a la ciudad de Galna,
tomada y destruida por el conde Roldán:
quedó desde aquel día desierta por cien años.
Está el rey esperando de Ganelón noticias
junto con el tributo de España, esa gran tierra.
A las primeras luces, al levantarse el día,
el conde Ganelón al campamento llega.

LIV

Pronto el emperador se había levantado,
la misa y los maitines ya los había oído.
Ante su tienda está, sobre la verde hierba.
Allí estaba Roldán, y Oliveros el noble,
con el duque Naimón, así como otros más.
Llegaba Ganelón, el traidor, el perjuro,
el cual, con gran astucia, allí se puso a hablar,
diciéndole así al rey: «¡Dios os salve, señor!
De Zaragoza ved que os presento las llaves
y muy grandes riquezas traigo aquí para vos,
y los veinte rehenes: mandadlos custodiar.
Ved aquí lo que os dice Marsil el valeroso:
si no os manda al califa, no os debéis enfadar:
cuatrocientos mil hombres vi que estaban armados,
las lorigas vestidas, los yelmos bien sujetos,
ceñidas las espadas de pomos hechos de oro:
llevaban al califa, que iba a cruzar el mar;
del rey Marsil huían, y de la cristiandad
que ninguno quería ni tomar ni guardar.

Antes que ellos hubieran singlado cuatro leguas,
se abatió una tormenta, una gran tempestad:
allí se ahogaron todos, nadie ya los verá.
Si el califa viviera, yo os lo hubiera traído.
En cuanto al rey Marsil, vos le debéis creer:
apenas transcurrido un mes lo habéis de ver
que irá tras vuestras huellas hasta el reino de Francia:
allí recibirá la ley que vos guardáis
y con sus manos juntas por vuestro se tendrá,
y las tierras de España él las tendrá por vos.»
Allí responde el rey: «¡Demos gracias a Dios!
Muy bien me habéis servido, tendréis gran recompensa.»
Por medio de la hueste se escuchan mil clarines:
los francos desacampan, cargaron las acémilas,
hacia la dulce Francia ya todos se encaminan.

LV

El rey Carlos el Magno ha devastado España,
tomado sus castillos, quebrado sus ciudades.
La guerra ha terminado, dice el emperador.
Hacia la dulce Francia cabalgaba el rey Carlos:
allí el conde Roldán ha plantado la enseña
en la cima de un cerro y hacia el cielo la eleva.
Los franceses acampan por toda la comarca.
Los paganos cabalgan por los valles inmensos
las lorigas vestidas y con sus cotas dobles,
los yelmos bien sujetos, ceñidas las espadas,
los escudos al cuello, las lanzas preparadas.
Encima de los montes, en un bosque descansan:

---

707 La *enseña* era una bandera con los signos distintivos del señor. El acto que se menciona de Roldán tenía el significado de partida para toda la hueste (es la «seña alçada» del Cid). También hemos empleado esta palabra para designar el grito de guerra propio de un ejército. Entre este verso y el siguiente hay que suponer, por consiguiente, una marcha y una posterior parada.

son cuatrocientos mil los que esperan el alba.
¡Dios, qué gran dolor: los franceses lo ignoran!

[Sueños de Carlomagno]

LVI

El día ya se ha ido, la noche está llegando.
Carlos está durmiendo, el poderoso rey.
Allí le vino un sueño: en los puertos de Sícera
tenía entre las manos su gran asta de fresno.
El conde Ganelón allí se la arrebata:
con una fuerza tal la sacude y la rompe,
que vuelan hacia el cielo las astillas que ha hecho.
Carlos está dormido, no puede despertarse.

LVII

Después de esta visión, otra visión le vino:
que se encontraba en Francia, en su capilla en Aix,
y en el brazo derecho le muerde un jabalí;
procedente de Ardenas ve venir un leopardo
que en carrera veloz le ataca fieramente;
del fondo de una sala se abalanza un lebrel:
va en ayuda de Carlos al galope y a saltos
y la oreja derecha le arranca al jabalí,
y después, con gran furia, ataca al leopardo.
Comentan los franceses: «¡Qué gran batalla dan!»
No saben cuál de ambos al otro vencerá.
Carlos sigue dormido, no puede despertarse.

---

[728] Las Ardenas es un bosque que comprende parte de Francia, Luxemburgo, Bélgica y Alemania, en las líneas divisorias de estos países.

[Regreso a Francia.
Roldán forma la retaguardia]

LVIII

La noche ya ha pasado y llega el alba clara,
por medio de la hueste se escuchan mil clarines,
por ella, altivamente, cabalgaba el rey Carlos.
«Señores, mis barones —dice el emperador—:
observad esos puertos y esos pasos estrechos:
decid quién de los míos tendrá la retaguardia.»
Responde Ganelón: «Roldán, este mi hijastro;
no hay barón que le iguale en lealtad hacia vos.»
El rey, cuando lo oye, le mira duramente
y dice estas palabras: «Sois un vivo demonio.
Os ha entrado en el cuerpo una furia mortal.
¿Y quién irá delante formando mi vanguardia?»
Responde Ganelón: «Ogier de Dinamarca:
ningún barón tenéis que la guarde mejor.»

LIX

Cuando el conde Roldán se ha oído designar,
responde estas palabras a fuer de caballero:
«Señor padrastro —dice—, mucho os debo querer:
¡para la retaguardia vos me habéis elegido!
No perderá allí Carlos, el rey que a Francia tiene,
corcel ni palafrén, si yo no me equivoco,
ni una mula ni un mulo que esté de cabalgar,
ni la menor acémila, ni un rocín perderá
que, la espada en la mano, no se hayan disputado.»
Responde Ganelón: «Sé que lo haréis así.»

LX

Cuando Roldán oyó que iría en la retaguardia,
le dice a su padrastro muy airadas palabras:
¡Ah, mal hombre —le dice—, de una puta familia!,
¿creísteis por azar que mi guante caería
como el bastón a ti delante del rey Carlos?»

LXI

«Muy justo emperador —dice el barón Roldán—;
entregadme ese arco que tenéis en la mano.
Según mi parecer, nadie me acusará
que caiga de mi mano, como hizo Ganelón:
de su mano derecha dejó caer el bastón.»
Tiene el emperador la cabeza inclinada,
la barba se alisó, pellizcó su bigote
y nada pudo hacer por evitar el llanto.

LXII

Después de estas palabras, se aproxima Naimón,
nunca tuvo la corte un vasallo mejor.
Dice al emperador: «Muy bien lo habéis oído;
Roldán el conde está muy sañudo y airado,
pues le ha sido asignado ir en la retaguardia.
No hay nadie aquí como él que la guarde mejor.
Entregadle a él el arco que ya le habéis mostrado
y designadle a alguien que le ayude muy bien.»
El rey le entrega el arco y lo toma Roldán.

---

767 Según Riquer, el arco simboliza el mando de tropas. Por esta vez, no puedo suscribir incondicionalmente su afirmación. Pues según él mismo indica, no era arma de caballeros al no suponer valor matar desde lejos. Dicho esto, ignoro qué significado puede tener esta frase.

LXIII

Llama el emperador a Roldán, su sobrino:
«Gentil señor sobrino, vos lo sabéis muy bien:
la mitad de mis tropas estará a tu servicio.
Guardad bien a estos hombres, son vuestra salvación.»
El conde respondió: «Yo no la necesito:
¡que me confunda Dios si desmiento mi estirpe!
Con veinte mil franceses ya tendré suficiente;
vos pasaréis los puertos sin ninguna inquietud:
¡a nadie tengáis miedo mientras que yo esté vivo!»

LXIV

Ese conde Roldán ya monta en su corcel.
Hacia él se aproxima Oliveros, su amigo;
vienen también Gerín y Gerers, noble conde;
viene también Otón, junto con Berenguer;
vienen también Astor y Anseís el altivo
así como Gerardo de Rosellón el Viejo,
y ese duque Gaiferos, el rico caballero.
El arzobispo dice: «Por mi cabeza, iré.»
«—Yo os acompañaré —dice el conde Gualterio—:
de Roldán soy vasallo, no le puedo faltar.»
Entre todos eligen veinte mil caballeros.

LXV

A Gualterio del Hum llama el conde Roldán:
«Tomad a mil franceses de Francia, nuestra tierra,
y guardad las alturas y los desfiladeros,
que no pierda el rey Carlos ninguno de los suyos.»
Le responde Gualterio: «Bien lo he de hacer, por vos.»
Junto con mil franceses de Francia, que es su tierra,

Gualterio rompe filas, va hacia alturas y pasos:
de allí no ha de bajar, por malas nuevas que haya,
hasta que se desnuden setecientas espadas.
Ese rey Almarís, del reino de Belferna,
esa misma jornada les libró una batalla.

[Paso de Roncesvalles]

LXVI

Altas son las montañas, los valles tenebrosos;
grisáceas son las rocas y los pasos siniestros.
Muy mal pasan los francos esa dura jornada,
de más de quince leguas se escuchaba el fragor.
Cuando a tierra llegaron de sus antepasados
y entraron en Gascuña, tierra de su señor,
al recuerdo les vienen sus feudos y sus bienes,
de las bellas doncellas, de sus nobles esposas:
allí se ponen todos a llorar de ternura.
Más que todos los otros Carlos está angustiado:
en los puertos de España al sobrino dejó.
Por él está llorando, no lo puede evitar.

LXVII

Todos los Doce Pares han quedado en España
y veinte mil franceses les hacen compañía.
Ninguno siente miedo, nadie teme morir.
Entra el emperador en la tierra de Francia,
bajo su manto oculta como puede su angustia.
A su lado cabalga el buen duque Naimón;
dice al rey: «Señor, ¿qué es lo que os atormenta?»
Allí responde Carlos: «¡Me ofende tal pregunta!;
un gran dolor yo tengo, no lo puedo ocultar:
por Ganelón, lo temo, será Francia destruida.
Un ángel me avisó anoche con un sueño:

me quitó de las manos y me rompió la lanza
aquel que a mi sobrino envió a retaguardia.
Y yo lo he abandonado en una tierra extraña.
¡Dios! Si lo perdiera, nadie lo hará olvidar.»

[Marsil prepara el ataque. Composición de su ejército]

LXVIII

Carlomagno no puede retener más el llanto
y los cien mil franceses sienten por él piedad,
y sienten por Roldán un grandísimo miedo:
Ganelón el traidor buscó su perdición.
Del pagano Marsil recibió grandes dones:
mucho oro y mucha plata, sedas y ciclatones,
y mulos y caballos, camellos y leones.
Marsil ha convocado de España a los barones,
a condes y vizcondes, a duques y almanzores,
a los emires todos, hijos de los contores:
cuatrocientos mil hombres se juntan en tres días.
Suenan en Zaragoza redobles de tambores,
levantan a Mahoma a la más alta torre:
no hay un solo pagano que no rece o lo adore.
Poco después cabalgan con aparato grande
por la tierra segura, por valles y por montes:

---

846 El *ciclatón* era un tipo de seda muy apreciado, generalmente teñida de oro.

849 *Almanzores (almaçurs)* designa probablemente una alta graduación militar árabe en opinión de Turoldo, originada con toda seguridad por la fama alcanzada por Almanzor. Por su parte, los *contores* del verso siguiente alude a una dignidad feudal equivalente a los *condes*, pues su etimología es la misma.

856 La *tierra segura (tere certeine*, aunque se han propuesto otras lecciones) debe ser interpretada aquí como territorio en el que no se podía temer peligro a emboscadas (*tierra llana*, como traduce Riquer) ni a ninguna otra eventualidad.

de las tropas francesas vieron los gonfalones.
Aquella retaguardia, la de los Doce Pares,
no perderá ocasión de presentar batalla.

LXIX

De Marsil el sobrino ante el rey se presenta,
cabalga sobre un mulo, con un bastón lo arrea,
y le dice a su tío, riendo alegremente:
«Noble señor, mi rey; yo mucho os he servido,
por recompensa tuve sólo penas y afanes:
¡cuántas batallas hice y cuántas he vencido!
A cambio, el primer golpe quiero dar a Roldán.
Yo lo pienso matar con mi pica afilada
y, si Mahoma quiere protegerme la vida,
a las tierras de España yo pienso liberar,
desde los puertos de Aspa hasta do Durestant.
Cansado estará Carlos, los franceses rendidos,
nunca más tendréis guerras en toda vuestra vida.»
Le ha dado el rey Marsil el guante que pedía.

---

[866] *Dar el primer golpe* (lo que suponía recibirlo también) significaba iniciar el combate, por lo que constituía un gran honor para los más aguerridos. Los vv. 886-890 de las *Mocedades de Rodrigo* son prácticamente una paráfrasis de éstos.

[870] Los *puertos de Aspa* era la designación genérica durante la Edad Media de los Pirineos (véase en las *Mocedades de Rodrigo)*, empleada frecuentemente como expresión de un límite geográfico y político. Por eso mismo, sospecho que el *Durestant*, topónimo no identificado hasta ahora, pudiera referirse a una «extremadura», que, como se dijo, designaba a las regiones limítrofes con el territorio enemigo en suelo español, del que se está tratando en estos versos.

LXX

En la mano sostiene el guante ese sobrino,
que le dice a su tío muy altivas razones:
«Noble señor y rey, un gran don me habéis dado;
elegidme al presente doce buenos barones:
combatiré con ellos contra los Doce Pares.»
Antes que ningún otro responde Falsarón,
el cual era el hermano del rey de Zaragoza:
«Gentil señor sobrino, yo lucharé con vos.
Ambos esta batalla haremos firmemente
contra la retaguardia de la hueste de Carlos.
Los hados ya lo han dicho: los aniquilaremos.»

LXXI

Viene de la otra parte ese rey Cortablís:
un berberisco es, y de muy malas artes.
Este comienza a hablar a fuer de buen vasallo,
por el oro de Dios, no quiere ser cobarde
[...]
A galope se acerca Malprimis de Brigant,
más rápido va a pie que galopa un caballo.
Delante de Marsil exclama en alta voz:
«Mi persona estará también en Roncesvalles;
¡si encontrara a Roldán, de mí no ha de escapar!»

---

[874] Se citan ahora los doce pares sarracenos, junto a sus señoríos y procedencias, topónimos que recuerdan vagamente, en algunos casos, lugares españoles; las identificaciones que se han propuesto no gozan de la aceptación general, por lo que es preferible, en una traducción como ésta, obviar el detalle.

[888] Falta un verso en el original.

LXXII

Hay allí un emir, señor de Balaguer:
gallardo tiene el cuerpo, fino y claro el semblante;
cada vez que se muestra montando su caballo,
con mucho orgullo ostenta el porte de sus armas.
Su valentía es de todos alabada.
¡Qué buen barón sería de haber sido cristiano!
Delante de Marsil exclama en alta voz:
«Estaré en Roncesvalles, expondré mi persona;
si encontrara a Roldán, allí será su muerte;
y lo mismo Oliveros, e igual los Doce Pares.
Morirán los franceses con dolor y deshonra.
Carlomagno está viejo y ya va decayendo,
debe de estar cansado de tanto hacer la guerra;
así, quedará España, nuestra tierra, calmada.»
Esta razón Marsil mucho se la agradece.

LXXIII

Hay allí un almanzor natural de Moriana;
no hay otro más traidor en las tierras de España.
Delante de Marsil se está vanagloriando:
«Llevaré a Roncesvalles a todos mis vasallos,
veinte mil hombres son con escudos y lanzas;
si encontrara a Roldán, muerte le garantizo:
no pasará ni un día que no lo sienta Carlos.»

LXXIV

En otro lado está Turgís de Tortelosa:
esta ciudad es suya y de ella es el conde.
A los cristianos quiere causar mucho quebranto.
Delante de Marsil está, junto a los otros,
y esto le dice al rey: «Nada debéis temer;

Mahoma vale más que San Pedro de Roma,
y si le bien servís, el campo ganaremos.
Iré hasta Roncesvalles a encontrar a Roldán,
nada podrá librarlo de la muerte segura.
Aquí tenéis mi espada, que es muy buena y muy larga
y contra Durandarte yo la quiero probar:
ya os vendrán las noticias de la que haya vencido.
Morirán los franceses si a atacarnos se atreven,
sentirá el viejo Carlos gran deshonra y dolor
y jamás en la tierra llevará una corona.»

LXXV

En otro lado está Escremís de Valterna,
es gente sarracena y aquella tierra es suya.
Ante Marsil está y grita ante los otros:
«A deshacer iré su orgullo en Roncesvalles;
si encontrara a Roldán, perderá la cabeza,
y lo mismo Oliveros, que acaudilla a los otros.
Marcados a morir están los Doce Pares:
morirán los franceses, quedará sola Francia
y de buenos vasallos carecerá el rey Carlos.»

LXXVI

En otro lado está un pagano, Estorgán;
con él, Estramarín, un compañero suyo:
uno y otro son pérfidos y traidores probados.
El rey Marsil les dice: «Señores, avanzad:
iréis a Roncesvalles, al paso de los puertos,
y así me ayudaréis conduciendo mis tropas.»
Ellos le respondieron: «Estamos a tus órdenes.

---

926 Es el nombre de la famosa espada de Roldán, confundida en algunos romances españoles posteriores con un personaje.

Todos atacaremos a Roldán y Oliveros
y la muerte segura tendrán los Doce Pares.
Nuestras espadas son muy buenas y afiladas,
de su sangre caliente se teñirán de rojo.
Morirán los franceses, Carlos los llorará,
la tierra que fue nuestra será nuestro regalo.
Venid, rey, con nosotros: lo veréis realmente,
y el mismo emperador será nuestro presente.»

LXXVII

A la carrera vino Margariz de Sevilla,
señor de aquellas tierras hasta las Cazmarinas.
Por su beldad las damas todas le son amigas:
no hay ninguna que al verlo no se le alumbre el rostro,
ninguna que, al mirarlo, le niegue una sonrisa.
No hay pagano que tenga mejor caballería.
Se dirige hacia el grupo dando muy altas voces
y dice al rey Marsil: «Nada debéis temer.
Iré yo a Roncesvalles a matar a Roldán
y tampoco Oliveros de allí saldrá con vida:
están los Doce Pares seguros del martirio.
Aquí tenéis mi espada, con su pomo dorado:
me la hizo traer el gran emir de Primes.
Os juro que saldrá de roja sangre tinta.
Morirán los franceses, Francia estará sin honra.
El rey Carlos, el viejo de la barba florida,
gran ira y gran dolor sentirá mientras viva.
Antes que pase un año, un botín será Francia
y podremos dormir en San Dionís la villa.»
Ante él profundamente se inclina el rey pagano.

973 *San Dionís* (Seint Denise) es una localidad próxima a París.

LXXVIII

En otra parte está Chemublo de Monegro.
Sus flotantes cabellos le llegan hasta el suelo;
puede llevar más carga, si está de buen humor,
que cuatro mulos llenos, por una simple apuesta.
Se dice que en la tierra de donde éste procede
el sol no brilla nunca, tampoco el trigo crece
ni nunca cae la lluvia, ni se forma el rocío
y no hay ninguna piedra de otro color que negra;
otros dicen también que allí el diablo mea.
Allí dice Chemublo: «Mi buena espada traigo:
en la de Roncesvalles, roja será de sangre.
Si el valiente Roldán se cruza en mi camino
y yo no lo combato, ya no tendré palabra;
su espada Durandarte ganaré con la mía.
Morirán los franceses, Francia quedará sola.»
Ante tales palabras se agrupan estos doce
con cien mil sarracenos que siguen a sus jefes:
todos por la batalla tienen prisa y ardor.
Todos visten sus armas dentro de un abetal.

[Temores en la retaguardia francesa]

LXXIX

Allí se están vistiendo lorigas sarracenas,
casi todas forradas de tres capas de mallas;
yelmos zaragozanos magníficos se ajustan
y ciñen sus espadas de un acero vianés.
Sus escudos son buenos; sus picas, valencianas;
los pendones son blancos, azules y bermejos.

---

[996] Los yelmos zaragozanos tenían una gran reputación. El hecho de esta precisión de Turoldo aboga en favor de la lección de *vianés* (de Viana) en el verso siguiente, no aceptada por todos, y quizás también por el ulterior *valenciana*.



Allí dejan los mulos, todos los palafrenes,
y montan los corceles y muy juntos cabalgan.
El día era ya claro, el sol era radiante,
todas las guarniciones flameaban con él,
mil clarines resuenan y todo era muy bello.
El fragor era grande, lo oyeron los franceses.
Allí dijo Oliveros: «Señor y compañero:
con sarracenos, creo, tendremos que luchar.»
Le responde Roldán: «¡Que Dios nos lo conceda!
Debemos mantenernos por nuestro rey aquí;
por el señor se deben sufrir todas las pruebas,
aguantar los calores, aguantar grandes fríos,
por él se ha de jugar el pellejo y el pelo:
¡que cada cual procure asestar grandes golpes,
que una mala canción no nos puedan cantar!
El error es pagano y la razón cristiana;
nadie dirá de mí sino buenos ejemplos.»

LXXX

Ha subido Oliveros a lo alto de un monte.
A la derecha mira, hacia un herboso valle
y de allí ve venir esa gente pagana.
A grandes voces llama a su amigo Roldán:
«Procedente de España observo gran tumulto,
muchas lorigas blancas, muchos yelmos brillantes.
Causarán gran quebranto entre nuestros franceses.
Ganelón lo sabía, el pérfido, el traidor,
aquel que nos nombró ante el emperador.»
Le responde Roldán: «No sigas, Oliveros;
hablas de mi padrastro, no quiero que se cite.»

1014 Referencia clara a la existencia de cantares, no sólo épicos, sino de «escarnio» (como en España lo confirma el poeta Alfonso López de Baiao, ya aludido en el estudio previo) y a su amplia repercusión. Evidentemente, estamos aludiendo a la época de Turoldo, no a la del más que hipotético Roldán. En cualquier caso, es curiosa la coincidencia entre esta frase y el malhumor de don Quijote en la «Segunda Parte», el cual está muy preocupado de las noticias que circulan en torno a su fama.

LXXXI

Ha subido Oliveros a lo alto de un monte
desde donde domina todo el reino de España
y muchos sarracenos que están allí reunidos.
Relucían los yelmos engastados en oro,
relucen los escudos y las lorigas gualdas
y veía las lanzas con sendos gonfalones.
Muchas escuadras vienen, no las puede contar
y los hombres que hay le parecen sin cuenta:
tantos, que de su ánimo se apodera la angustia.
Corriendo cuanto puede desciende de aquel monte,
llega hasta los franceses y cuenta lo que ha visto.

LXXXII

Allí dice Oliveros: «He visto a los paganos,
tantos, que ningún hombre vio en su vida reunidos:
delante los tenemos, cien mil con sus escudos,
los yelmos bien sujetos y las lorigas blancas,
las astas bien erguidas, las picas como ascuas.
La batalla tendremos como nunca se ha visto.
Mis señores franceses, ¡Dios nos quiera valer!
¡Mantened bien el campo, que no seamos vencidos!»
Los franceses responden: «¡Maldito sea el que huya!
Ni en peligro de muerte nadie os ha de fallar.»

[1032] No se ha podido aún precisar el significado de *safrez*, que aquí traduzco por *gualda* (*jalde* en la versión de Riquer). Personalmente, aventuro que hace referencia al brillo, entre amarillo y oro, de las chapas metálicas de la loriga, y no al tejido de ésta, como supone el profesor barcelonés. Pero, hay que insistir, son lucubraciones, y de ahí que no se pueda hacer una distinción entre estas lorigas y las «blancas» que aparecen, por ejemplo, en el v. 1042.

[1046] La palabra *campo* aparecerá con su doble significado, que ya tenía en la lengua medieval, de «terreno» y de «batalla» (de ahí «batalla campal»).

[Oliveros pide a Roldán que toque el olifante]

LXXXIII

Allí dice Oliveros: «Los paganos son muchos,
y de nuestros franceses me parece haber pocos.
Compañero Roldán, tañed, pues, vuestro cuerno:
cuando Carlos lo oiga, con la hueste vendrá.»
Le responde Roldán: «Haría como un necio,
pues en la dulce Francia perdería mi fama.
Con Durandarte ahora yo daré grandes golpes,
saldrá llena de sangre hasta el oro del pomo.
Los malvados paganos morirán en los puertos,
os juro yo que todos tienen la muerte cierta.»

LXXXIV

«—Compañero Roldán: tañed el olifante;
cuando Carlos lo oiga, con la hueste vendrá
y del rey y de sus nobles seremos socorridos.»
Le responde Roldán: «¡No lo permita Dios
que toda mi familia sufra afrenta por mí,
ni que la dulce Francia caiga en el deshonor!
Haré que Durandarte hiera continuamente,
esa mi buena espada que ciño en mi costado:
¡todos veréis su hoja ensangrentada toda!
Los malvados paganos por su mal se han juntado:
os juro yo que a todos la muerte les espera.»

1059 El *olifante* era un cuerno de marfil, más rico y de sonido más prolongado que el simple cuerno, como se irá observando en el texto.

LXXXV

—«Compañero Roldán, tañed el olifante,
así, Carlos lo oirá, que aún está por los puertos.
Y os juro yo que todos los franceses vendrán.»
«—¡No lo permita Dios —le responde Roldán—
que haya un hombre en el mundo que pudiera decir
que a causa de paganos haya tañido el cuerno!
Por eso, mis parientes reproche no tendrán.
En cuanto que me encuentre en esta gran batalla,
en ella asestaré mil setecientos golpes:
veréis de Durandarte su acero ensangrentado.
Los franceses son buenos, lucharán con valor
y de esos españoles ninguno escapará.»

LXXXVI

Allí dice Oliveros: «No hay deshonor en eso:
sarracenos de España muchos he visto yo.
Son tantos que han cubierto los valles y montañas,
han cubierto laderas y han cubierto llanuras.
Muy grandes son las huestes de esa gente extranjera
y nosotros tenemos pequeñísima tropa.»
Le responde Roldán: «Mi valor se acrecienta.
¡No sea la voluntad de Dios ni de sus ángeles
que por mí se perdiera de Francia la valía!
¡Más quiero yo morir, que deshonor me venga!
Cuanto más golpeemos, más Carlos nos querrá.»

LXXXVII

Roldán es valeroso y Oliveros prudente.
Ellos son, uno y otro, de temible bravura:
cuando están a caballo y vestidas sus armas,
por miedo de la muerte no esquivarán batalla.
Muy buenos son los condes y bravas sus palabras.
Los pérfidos paganos con gran furia cabalgan.
Allí dice Oliveros: «Roldán, pensad un poco:
ellos están muy cerca, Carlos está muy lejos,
y no os habéis dignado tañer el olifante.
Si el rey aquí estuviera, no sufriríamos daño:
mirad hacia allá arriba, a los puertos de España:
muy fácil podéis ver la pobre retaguardia.
Los que ahora están en ella en otra no estarán.»
Le responde Roldán: «¡No digáis tal locura!
¡Mal haya todo aquel de corazón cobarde!
Aquí estaremos todos firmes en nuestro puesto,
todos aguantaremos los ataques y golpes.»

[Empieza la batalla]

LXXXVIII

Desde que ve Roldán que se hará la batalla,
se vuelve más feroz que un león o leopardo.
A los franceses llama, a Oliveros requiere:
«Señores, compañeros, amigos, ¡basta ya!
Nuestro rey Carlomagno, que nos dejó a los francos,
eligió de entre todos a estos veinte mil
sabiendo que entre ellos no había ningún cobarde.
Por servir al señor se han de sufrir mil males,

1093 Quizás el nombre de Oliveros se pueda explicar previamente por su prudencia y por un cierto pacifismo. No se olvide que los mensajeros del principio del *Cantar* llevaban justamente ramos de olivo.

aguantar fuertes fríos, aguantar los calores,
pagar, si es necesario, con su sangre y su carne.
Con tu lanza has de herir, y yo con Durandarte,
esta mi buena espada que el rey me regaló.
Si yo llego a morir, dirá quien la posea:
perteneció esta espada a un muy noble vasallo.»

LXXXIX

En otra parte está Turpín el arzobispo.
Aguija su caballo y sube a una ladera,
exhorta a los franceses, un sermón les ha dicho:
«Mis señores barones, aquí nos dejó Carlos,
por nuestro rey debemos nosotros bien morir:
¡también la cristiandad tenéis que sostener!
La batalla tendremos, de eso no tenéis duda,
pues ante vuestros ojos tenéis los sarracenos:
decid vuestros pecados, pedid perdón a Dios;
tendréis mi absolución y salvaréis el alma.
Lograréis, si morís, ser unos santos mártires
y alcanzaréis un puesto en el buen paraíso.»
Desmontan los franceses y se postran en tierra
y les da el arzobispo la bendición de Dios:
por penitencia pone que vayan al combate.

XC

Se alzan los franceses y se ponen en pie,
bien absueltos están, libres de sus pecados,
por Turpín bendecidos en el nombre de Dios.
Vuelven a cabalgar sus ligeros corceles,
todos están armados a ley de caballeros
y para la batalla van bien aparejados.
Allí el conde Roldán le dice a Oliveros:
«Vos, señor compañero, lo sabíais muy bien
que Ganelón a todos nosotros ha vendido:
por ello recibió oro, haberes y dinero.

¡Pueda el emperador vengarse por nosotros!
El rey Marsil ha hecho mercado de nosotros,
pero habrá de adquirirlo con la espada en la mano.»

XCI

Ha pasado Roldán a los puertos de España
montando a Veillantif, su caballo ligero.
Ha vestido sus armas, que le dan buen aspecto,
va blandiendo su pica el valiente barón,
levantando la punta, hacia el cielo derecha,
y enarbolando en ella un blanco gonfalón,
cuyas franjas doradas le caen hasta la mano.
Tiene el cuerpo muy noble, su faz clara y risueña.
Detrás le va siguiendo su muy fiel compañero
y todos los franceses, que confían en él.
Hacia los sarracenos mira furiosamente
y mira a los franceses humilde y dulcemente,
dirigiéndose a ellos con palabras corteses:
«Mis señores barones, caminemos despacio.
Estos paganos van derechos al martirio
y hoy mismo cogeremos muy rico y gran botín,
que ningún rey de Francia pudo nunca tener.»
Ante tales palabras se reúnen las huestes.

XCII

Allí dijo Oliveros: «No me interesa hablar.
El olifante vos no quisisteis sonar
y por eso de Carlos no tendremos ayuda:
él de esto nada sabe, ni tiene culpa el noble,
ni los que aquí se encuentran ninguno es de culpar.
Así pues, cabalgad tanto cuanto podáis.
Vos, señores barones, ¡mantened bien el campo!
¡Yo os suplico por Dios que estéis muy bien dispuestos
para tomar los golpes, darlos y recibirlos!

Mas la enseña de Carlos no vamos a olvidar.»
Ante esta exhortación los franceses se animan:
quien les hubiese oído cuando gritan «¡Munjoie!»,
hubiese comprendido lo que era valentía.
Montaron a caballo, ¡Dios, y con cuánto ardor!,
lo aguijan cuanto pueden para ir más deprisa
y van a acometer, ¿quién lo puede dudar?
Pero los sarracenos esperan a pie firme:
paganos y franceses, helos aquí ya juntos.

[PRIMERAS ACCIONES DE LA BATALLA]

XCIII

Es de Marsil sobrino y su nombre es Aelroth:
el primero de todos cabalga ante la hueste.
Contra nuestros franceses dice malas palabras:
«Hoy, felones franceses, lucharéis con nosotros,
pues os ha traicionado quien debiera guardaros.
Rey loco debe ser el que os dejó en los puertos.
La dulce Francia ahora perderá su renombre
y también Carlomagno a su brazo derecho.»
Cuando lo oyó Roldán, Dios, ¡qué dolor sintió!
Aguija su caballo, galopa a rienda suelta,
herir quiere al pagano lo más fuerte que pueda:
el escudo le rompe, le pasa la loriga,
el pecho le atraviesa y le rompe los huesos;
el espinazo entero le saca de la espalda
y con su aguda pica le echa el alma del cuerpo;
la hunde cuanto puede, levanta al aire el cuerpo

1181 Tanto en los cantares españoles como en los franceses se recoge la costumbre de enardecerse, al entrar en combate, dando un grito de guerra. En este caso, se trata de gritar el nombre de la espada de Carlomagno (literalmente sería «mi Joyosa»). En cuanto a los españoles, el grito variaba según el enemigo: si combatían dos ejércitos cristianos, cada uno decía el nombre de su reino; si era contra los musulmanes, se invocaba el nombre del apóstol Santiago.

y sacudiendo el asta lo abate del caballo:
en dos partes iguales el cuello le ha quebrado.
Y no dejó, se dice, de hablarle estas palabras:
«¡Atrás, hijo de sierva; Carlomagno no es loco,
ni jamás ha querido traición alguna hacer;
obró como hombre noble dejándonos aquí
y hoy la dulce Francia no perderá su gloria!
¡Franceses, golpead, que el primer golpe es nuestro!
Tenemos la razón, el error es de ellos.»

XCIV

Entre ellos hay un duque llamado Falsarón,
el cual era un hermano del pagano Marsil
y tenía las tierras de Datlión y Balbión.
Bajo el cielo no había más malvado felón.
Entre ojo y ojo tiene una frente tan ancha,
que muy bien mediría medio pie por lo menos.
Gran dolor tuvo al ver a su sobrino muerto:
se sale de la hueste, se pone por delante
y grita a grandes voces la enseña de paganos,
pues contra los franceses está muy irritado:
«¡La dulce Francia hoy perderá su renombre!»
Oliveros lo ha oído y mucho se ha irritado.
Espolea el caballo con sus espuelas de oro,
va a atacar al pagano a guisa de barón:
el escudo le rompe, deshace su loriga,
en el cuerpo le mete el gonfalón entero
y sacudiendo el asta lo abate del arzón.

1204 De entre tantas interpretaciones que se han dado a la expresión «pleine sa hanste», la más plausible parece *sacudir el asta*, que consistía en agitar la lanza que se encuentra hundida en el cuerpo de la víctima para recuperarla y seguir usándola.

1228 Efectivamente, el gonfalón o pendón, al estar sujeto a la punta de la lanza, se introducía con ella en el cuerpo y salía manchado de sangre, sirviendo de prueba evidente de la actividad del caballero durante el combate.

Mirando está hacia el suelo, donde yace el bribón,
y le dice palabras con un tono muy fiero:
«Tus amenazas, siervo, no me preocupan nada.
¡Franceses, golpead; muy bien los venceremos!»
Ha gritado «¡Munjoie!», que es la enseña de Carlos.

XCV

Entre ellos hay un rey llamado Corsablís,
viene de Berbería, un extraño país.
Así estaba llamando a los otros paganos:
«Muy bien esta batalla la podemos librar,
puesto que de franceses el número es pequeño;
los que vemos allí, son de menospreciar.
Ni el mismísimo Carlos los podría salvar:
hoy ha llegado el día en que deben morir.»
Bien oye estas palabras Turpín el arzobispo:
bajo el cielo no había a quien odiara más.
Espolea el caballo con sus espuelas de oro
y con valor muy grande galopa a golpearlo:
el escudo le rompe, deshace su loriga
y le mete la pica por medio de su cuerpo;
la hunde cuanto puede, alza el cuerpo en el aire
y sacudiendo el asta lo abate en el camino.
Mirando está hacia atrás, do yace el bravucón
y no puede por menos que hablarle estas palabras:
«¡Pagano, hijo de siervo, antes habéis mentido,
pues Carlos, mi señor, nos guarda cada día
y entre nuestros franceses no hay ningún cobarde!
El paso cerraremos a vuestros compañeros
y una segunda muerte os tocará sufrir.
¡Franceses, golpead, que ninguno lo olvide!
¡El primer golpe es nuestro, demos gracias a Dios!»
Va gritando «¡Munjoie!» por conservar el campo.

1257 La «segunda muerte» se refiere a la condenación del alma.

XCVI

Por Gerín es herido Malprimis de Brigal,
ante él su buen escudo no vale un mal dinero:
rota le queda toda la bocla de cristal
y una de sus mitades allí se le desprende.
Le ha roto la loriga, llegándole a la carne,
y le mete en el cuerpo su pica penetrante:
el pagano ha caído pesadamente a tierra
y se le lleva el alma consigo Satanás.

XCVII

Gerers, su compañero, acomete al emir:
el escudo le rompe, desmalla la loriga,
toda su buena pica le mete en las entrañas
y enganchándolo bien le pasa medio cuerpo
y sacudiendo el asta lo abate muerto al suelo.
Allí dice Oliveros: «¡Buena es nuestra batalla!»

XCVIII

Allí Sansón el duque golpea al almanzor:
el escudo le rompe, de flores de oro ornado,
y su buena loriga no le sirve de nada.
El corazón le parte, el hígado, el pulmón,
y lo derriba muerto, que quisiera o que no.
El arzobispo dice: «¡Un golpe es de barón!»

XCIX

Anseís al caballo lo deja galopar,
por él es atacado Turgís de Tortelosa:
el escudo le rompe bajo la bocla de oro,

desgarra las dobleces todas de su loriga
y le mete en el cuerpo la punta de su pica;
enganchándolo bien todo el hierro le pasa
y sacudiendo el asta al suelo lo derriba.
Dice Roldán: «¡Buen golpe, digno de hombre de pro!»

C

Y también Engelier, el gascón de Burdeos,
espolea el caballo, lo deja a rienda suelta:
por él es atacado Escremis de Valterna.
El escudo del cuello le parte y despedaza,
rompiéndole el almófar de su buena loriga
e hiriéndole en el pecho entre las dos clavículas:
sacudiendo su asta lo abate de la silla,
diciéndole después: «¡Estábais condenado!»

CI

Allí golpea Otón a Estorgán el pagano:
tal golpe da al escudo, en la parte de arriba,
que parte sus cuarteles, bermejos son y blancos,
rompiéndole las faldas también de la loriga:
su pica cortadora en el cuerpo le mete
y lo derriba muerto de su veloz caballo,
diciéndole después: «¡Ya nadie os librará!»

1288 La lanza o la pica estaban compuestas de dos partes: el asta, que era de madera, de fresno generalmente, y la punta de hierro.

1293 El *almófar* era una capucha que tenía la loriga para cubrir la cabeza, de forma parecida a lo que hoy se llama *pasamontañas*. Era también metálica, por lo que debajo se ponía una tela de hilo llamada *cofia* (véase nota 629) para evitar el roce. Sobre el almófar, según detallada descripción de Menéndez Pidal, iba el yelmo.

CII

Berenguer, por su parte, ataca a Estramarín,
el escudo le rompe, le rasga la loriga,
y le mete la pica por la mitad del cuerpo,
abatiéndolo muerto entre mil sarracenos.
Ya diez pares han muerto de los doce paganos,
y sólo quedan dos que siguen aún con vida:
son el conde Chernublo y el conde Margariz.

CIII

El conde Margariz es bravo caballero,
es muy bello y muy fuerte, muy ágil, muy ligero.
Su caballo espolea, va a atacar a Oliveros:
el escudo le rompe bajo la bocla de oro
y cerca del costado le roza con la pica.
Guardó Dios a Oliveros, no le ha tocado el cuerpo:
el asta se ha quebrado y no fue derribado.
Margariz se retira, nadie se lo ha impedido
y tañe su clarín convocando a los suyos.

CIV

La batalla es total entre los combatientes
y ese conde Roldán no se guarda de nada,
hiriendo con su pica mientras el asta aguante.
Después de quince golpes se ha roto y ya no sirve,
y saca a Durandarte, su espada, de la vaina.
Su caballo espolea y acomete a Chernublo,
rompiéndole su yelmo, cuyos carbunclos brillan.

1326 Mucha literatura hay acerca de esta misteriosa piedra luminosa llamada *carbunclo*, que es capaz de iluminar la noche, como se verá más tarde. Ha llegado incluso a ser identificada con la mágica «piedra filoso-

Le ha hundido la cabeza con todos los cabellos,
le ha partido la cara por medio de los ojos,
y su blanca loriga, que es de malla menuda,
y le ha partido el cuerpo hasta la horcajadura.
A través de la silla, en oro recamada,
ha pasado la espada, llegando hasta el caballo:
le rompe el espinazo sin tocar las junturas,
muerto cae en el prado, sobre la espesa hierba,
diciéndole después: «¡Para morir vinisteis!
De Mahoma ya nunca recibiréis ayuda.
Con un bellaco tal no se ganan batallas.»

CV

Por el medio del campo cabalgaba Roldán,
blandiendo a Durandarte, la aguda y cortadora.
Hace de sarracenos una gran mortandad.
¡Quién le viera matando y amontonando muertos,
y la sangre muy noble corriendo por el suelo!
La sangre le chorrea por brazos y loriga
y de su buen caballo por el cuello y las ancas.
Allí el conde Oliveros no deja de atacar,
ni de los Doce Pares nadie puede quejarse,
y todos los franceses, que luchan y se esfuerzan.
Van muriendo paganos, algunos se desmayan.
El arzobispo dice: «¡Bien por nuestra nobleza!»
Y grita allí: «¡Munjoie!», es la enseña de Carlos.

---

fal». Probablemente, y en este caso, se trate de un tipo de rubí. (Para más detalle véase Thierry Miguet «L'escarboucle médiévale, pierre de lumière», *Marche romane*, XXIX, 3-4, (1979), pág. 37-60.)

1332 Según Menéndez Pidal, las espadas más usadas en los siglos XI y XII no tenían punta aguda, pues ésta resultaba inútil contra la loriga; sólo necesitaban ser «cortadoras». Por eso eran muy anchas, de doble filo y con un canal en el centro por donde escurre la sangre. Después, al sustituirse la loriga por el arnés, haciéndose imposible el tajo, se afiló y tomó arista a lo largo de la hoja para reforzar la punta.

Era costumbre usar dos espadas. Una se llevaba colgada del arzón de la silla, y otra ceñida, o las dos ceñidas.

CVI

Oliveros cabalga por entre la refriega,
el asta se le ha roto, sólo le queda un trozo,
y acomete al pagano llamado Malsarón.
El escudo le rompe, hecho con flores de oro,
fuera de la cabeza le hace saltar los ojos,
los sesos le chorrean llegando hasta los pies,
abatiéndolo muerto con setecientos suyos.
Luego mata a Turgís y también a Esturgoz.
El asta se le rompe, rajándose hasta el puño,
y le dice Roldán: «Compañero, ¿qué hacéis?
En batallas como éstas no hay que usar los bastones,
sólo hierros y aceros tienen aquí valor.
¿Dónde está vuestra espada, que Altaclara se llama?
Su guarnición es de oro, su pomo de cristal.»
«—No la pude sacar —le responde Oliveros—;
pues de atacar paganos gran ansiedad tenía.»

CVII

Allí don Oliveros sacó su buena espada,
la que su compañero Roldán le reclamaba;
mostrándosela iba como buen caballero
y golpea a un pagano, Justín de Valferrera.
Y toda su cabeza le ha partido por medio,
y el cuerpo le ha rajado, y la cota bruñida,
también su rica silla, en oro recamada,
y alcanzando al caballo, le parte el espinazo:
caballo y caballero los abate en el prado.
Allí dice Roldán: «¡Ya os reconozco, hermano!
Por golpes tan bien dados nos quiere Carlomagno.»
De todas partes viene el grito de «¡Munjoie!»

CVIII

El conde Gerín monta a Sorel, su caballo;
monta su compañero Gerers en Passecerf.
Dejan las riendas sueltas, galopan con gran prisa
y atacan a un pagano llamado Timozel:
el uno en el escudo, el otro en la loriga,
las dos lanzas se rompen al chocar en el cuerpo,
y lo revuelcan muerto en medio de un barbecho.
Jamás lo oí decir, ni yo decir sabría,
quién de los compañeros anduvo más ligero.
Allí está Esperverís, que es hijo de Borel,
a éste lo mató Engelier de Burdeos.
Turpín, el arzobispo, les mató a Siglorel:
era un encantador que estuvo en los infiernos,
adonde lo condujo Júpiter con su magia.
Allí dice Turpín: «Éste nos la debía.»
Y Roldán le responde: «Vencido está el bellaco.
Oliveros, hermano: ¡estos golpes me placen!»
La batalla, entre tanto, se hace encarnizada,
franceses y paganos buenos golpes se dan,
los unos que golpean y otros que se defienden.
¡Viérais allí tanta asta rota y ensangrentada,
gonfalones y enseñas que estaban desgarrados,
tantos buenos franceses perder su juventud!
Ya no verán a madres, ya no verán a esposas,
tampoco a los franceses que esperan en los puertos.
Carlos está llorando, el rey se desespera,
pero, ¿de qué les sirve? Su ayuda no tendrán.
Mal servicio le ha hecho Ganelón aquel día,
cuando fue a Zaragoza a vender su mesnada;
por ello perderá la vida con los miembros:

[1399] Esta ponderación de pérdidas es un recurso épico muy empleado. En la épica castellana, hay ejemplos en el *Cantar del Cid* y en las *Mocedades de Rodrigo*. En cuanto a la descripción de esos sangrientos «cuerpo a cuerpo», el *Poema de Fernán González* presenta algunas muestras parecidas.

en el juicio de Aix fue juzgado a la horca,
treinta de sus parientes perecieron con él,
los cuales de la muerte estaban descuidados.

[Malos presagios en Francia]

CX

Total es la batalla, total y abrumadora.
Muy bien lucha Roldán, y muy bien Oliveros,
Turpín, el arzobispo, asestando mil golpes;
no se quedan atrás ninguno de los Pares,
y los otros franceses, que combaten unidos.
Los paganos sucumben por centenas, por miles:
quien no se da a la fuga, no escapa de la muerte,
que quiera o que no quiera, allí deja la vida.
Mas los franceses pierden sus mejores defensas:
no volverán a ver ni padres ni parientes,
tampoco a Carlomagno, que en los puertos espera.
En Francia se levanta una extraña tormenta:
hay tempestad de truenos, hay tempestad de vientos,
de lluvias y granizos desmesuradamente;
también cayeron rayos copiosos y seguidos
y hasta tembló la tierra, esto debéis creerlo.
San Miguel del Peligro hasta donde está Sens,
y desde Besançon al puerto de Wissand,
no hay recintos de muros que no se reventasen.
En pleno medio día hubo grandes tinieblas,
hay sólo claridad cuando se rasga el cielo.
No había ninguno allí que no tuviera espanto,
y muchos aun decían: «Ha llegado el final,
es el fin de los tiempos que se nos viene encima.»

1409 Como se verá, al final fue descuartizado.

1428-1429 Se citan los supuestos límites de la «dulce Francia». En cuanto a esta tenebrosa situación, que se ha querido ver influenciada por el Apocalipsis de San Juan, obra verdaderamente muy extendida durante la Edad Media, quizás lo esté mucho más por los signos que acompañaron a la muerte de Jesucristo, como lo sugiere además el verso 1437.

Pero nadie lo sabe, la verdad nadie dice:
hubo esa gran desgracia al morirse Roldán.

[Comienza el desastre]

CXI

Los franceses combaten con ánimo y vigor
y los paganos mueren por miles y por miles.
De los cien mil que había, apenas quedan dos.
Dice allí el arzobispo: «Los nuestros son de pro;
bajo el cielo no hay nadie que les pueda igualar.
La Gesta de los Francos lo tiene bien escrito:
que nuestro emperador tuvo buenos vasallos.»
Perdidos en el campo, van buscando a los suyos,
llorando amargamente de dolor y ternura,
lloran por sus parientes sincera y tiernamente.
Se dirige hacia ellos la gran hueste pagana.

CXII

El rey Marsil se acerca por el medio de un valle
con una hueste enorme que ha logrado reunir,
en la cual se han juntado veinte haces de combate.
Brillando van los yelmos con sus piedras doradas,
y también los escudos y las cotas bruñidas,
y siete mil clarines anuncian el ataque.
El estrépito es grande por toda la comarca.
Allí dice Roldán: «Oliveros, hermano,
Ganelón el traidor nuestra muerte ha jurado;
la traición no podrá permanecer oculta,
y una muy gran venganza tomará Carlomagno.

[1443] La *Gesta de los Francos*, que aparece citada también en otros versos, es presentada como si fuera la fuente de información histórica de donde se extraen las noticias. Riquer supone que podría estar escrita en latín con el título *Gesta Francorum*.

Tendremos la batalla muy áspera y muy dura,
como nunca hubo nadie que la haya visto igual.
Durandarte, mi espada, no se quedará ociosa,
y vos, mi compañero, daréis con Altaclara.
¡Por numerosas tierras las hemos empleado!
¡Y ganamos con ellas tantísimas batallas!
Mala canción por eso no puede ser cantada.»

CXIII (CXV)

Los franceses comprueban que abundan los paganos,
que por todas las partes han cubierto los campos.
Llaman continuamente a Roldán y a Oliveros
junto a los Doce Pares que vengan en su ayuda.
Les dice el arzobispo cuál es su parecer:
«Vos, señores barones, no seáis mal pensados.
Yo os suplico por Dios: no penséis en la huida,
que ningún noble pueda decir de vos mal canto.
Mucho mejor sería que en combate muramos,
pues se nos prometió que habríamos de morir:
llegado nuestro día, perderemos la vida.
Mas una cosa yo os puedo asegurar:
el santo paraíso os está reservado
y tendréis vuestro sitio entre los Inocentes.»
Ante tales palabras los franceses se animan,
tanto que no hay ninguno que no grite «¡Munjoie!»

CXIV (CXVI)

Hay allí un sarraceno, viene de Zaragoza
(de toda la ciudad, una mitad es suya);
su nombre es Climborín, mas no es de los notables:
fue quien tomó la jura del conde Ganelón

[1467] Varios de los mejores editores del *Cantar* alteran el orden (que se da entre paréntesis) de las «laisses» del ms. de Oxford en estos episodios, porque el sentido de ellos así lo exige.

y en prueba de amistad le besara en la boca
y que le regalara un yelmo y un carbunclo.
Nuestra tierra francesa deshonrará, eso dice,
y que al emperador quitará la corona.
Cabalga en su caballo, que llama Barbamosca,
que un gavilán más rápido, o que una golondrina.
Lo aguija cuanto puede, lo deja a rienda suelta
y se va a acometer a Engelier de Gascuña.
No pueden protegerlo la cota ni el escudo:
la punta de la pica se la mete en el cuerpo
y, apoyando con fuerza, le pasa todo el hierro
y, sacudiendo el asta, lo abate muerto al suelo.
Va gritando después: «¡Muy fáciles son éstos!
¡Paganos, golpead, y deshaced la hueste!»
Y los franceses: «¡Dios, qué valiente perdimos!»

CXV (CXVII)

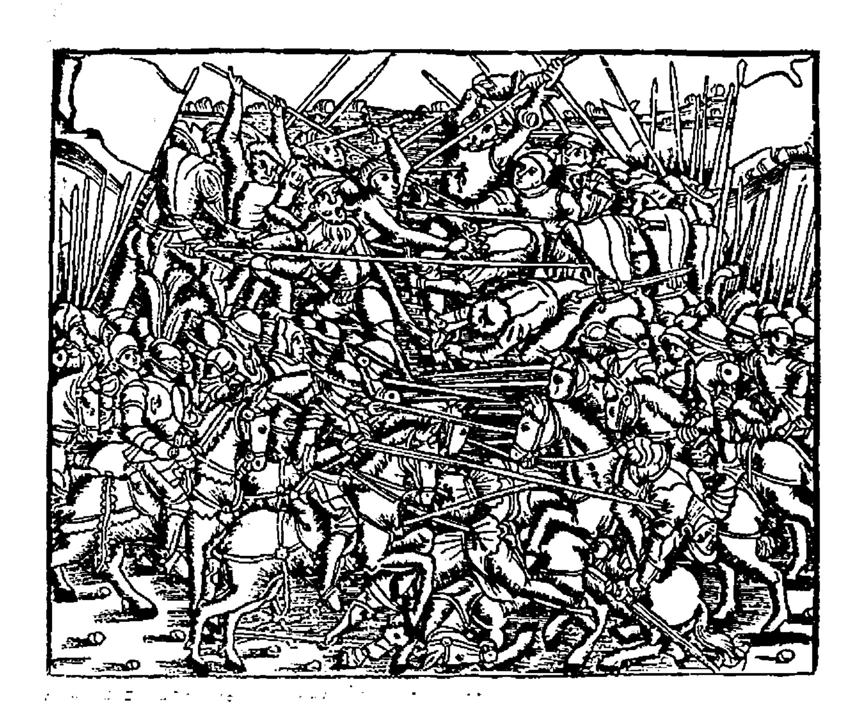
Allí el conde Roldán ha llamado a Oliveros:
«Señor, mi compañero, ya está muerto Engelier:
valiente caballero no había como él.»
El conde le responde: «¡Dios quiera que lo vengue!»
Aguija su caballo con sus espuelas de oro,
va empuñando a Altaclara, su acero está de sangre,
y con un gran valor va a atacar al pagano.
Ha descargado un golpe y el sarraceno cae,
y los mismos diablos el alma le han llevado.
Ha matado después a Alfayán, que es un duque,
y mata a Escababín, cortando su cabeza;
después a siete árabes desmonta del caballo:
éstos ya no son útiles para ir a la guerra.
Va diciendo Roldán: «¡Oliveros se enoja:
es hombre, según pienso, muy digno de alabanza!
Por golpes como éstos, mucho nos quiere Carlos.»
A grandes voces grita: «¡Golpead, caballeros!»

CXVI (CXVIII)

En otro lado está Valdabrún, un pagano,
el cual apadrinó en armas a Marsil.
Es señor en el mar de cuatrocientas naves,
no hay marinero alguno que no acate su mando.
Tomó Jerusalén usando la traición,
violó entonces el templo de ese rey Salomón
y mató al patriarca ante la santa pila.
Fue quien tomó la jura al conde Ganelón:
le regaló su espada junto con mil mancusos.
Cabalga en su caballo, que llama Gramimón,
que es mucho más ligero que el vuelo del halcón.
Lo espolea muy fuerte con agudas espuelas
recibiendo su ataque Sansón, el rico duque:
el escudo le rompe, destroza su loriga
y le mete en el cuerpo el gonfalón entero
y, sacudiendo el asta, lo abate del arzón:
«¡Acometed, paganos; muy bien los venceremos!»
Dicen los francos: «¡Dios, qué pena de barón!»

CXVII (CXIX)

Cuando observa Roldán que Sansón está muerto,
podéis imaginar qué gran dolor sintió.
Espolea el caballo, galopa cuanto puede
blandiendo a Durandarte, que vale más que el oro.
Va a acometerlo el noble con la fuerza que puede
golpeándole el yelmo, todo de oro labrado.
Le corta la cabeza y la cota y el cuerpo,
le ha partido la silla, toda de oro labrada,
y le llega al caballo, rompiendo su espinazo.
A los dos ha matado, lo alaben o maldigan.
Los paganos exclaman: «¡El golpe nos es duro!»
Y responde Roldán: «No quiero a los paganos,
pues están con vosotros el error y el orgullo.»



CXVIII (CXX)

Había un africano de Africa venido,
su nombre es Malcuidán, hijo del rey Malcud;
todos sus guarnimientos en oro están labrados
y relucen al sol más que todos los otros.
Sobre Saltoperdido, su caballo, cabalga:
no hay en el mundo bestia que corra más que él;
a Anseís se dirige, golpéale el escudo,
le parte los cuarteles, son bermejos y azules,
y le rompe las faldas de su recia loriga,
metiéndole en el cuerpo el hierro y la madera.
El conde queda muerto, su fin ya le ha llegado
y exclaman los franceses: «¡Malogrado barón!»

CXIX (CXXI)

Cabalga por el campo Turpín el arzobispo:
nunca cantara misas un tonsurado tal
que hiciera como él tantísimas proezas.
Va diciendo al pagano: «¡Dios te envíe mil males!
Has matado a un gran hombre, mi corazón lo llora.»
Y hacia él se dirige lanzando su caballo:
de un golpe le destroza su escudo de Toledo
abatiéndolo muerto sobre la verde hierba.

CXX (CXXII)

En otro lado está Grandonie el pagano,
es hijo de Capuel, el rey de Capadocia.
Cabalga en su caballo, al que llama Marmorio,
que es mucho más veloz que el vuelo de las aves.
Le ha soltado la rienda, le pica las espuelas

y acomete a Gerín con un enorme impulso.
Rompe su escudo rojo, se lo tira del cuello,
le desmalla después los pliegues de la cota
y le mete en el cuerpo toda la enseña azul,
derribándolo muerto sobre una roca alta.
Ha matado después a su amigo Gerers,
también a Berenguer, Guido de San Antonio.
Luego va a acometer al rico duque Austorgio,
que es señor de Valeria y de Envers, junto al Ródano.
Allí lo abate muerto: los paganos se alegran
y dicen los franceses: «¡Mucho decaen los nuestros!»

CXXI (CXXIII)

Blande el conde Roldán su espada ensangrentada
y observa a los franceses cómo van decayendo,
sintiendo tal dolor, que se le parte el alma.
Y le dice al pagano: «¡Dios te dé mil desgracias!
¡Has matado tal hombre que te haré pagar caro!»
Su caballo espolea, galopa cuanto puede,
y, venza quien venciere, helos ya cara a cara.

CXXII (CXXIV)

Grandonie era de pro y un hombre muy valiente,
muy fuerte en el combate y también muy osado.
Ha encontrado a Roldán en su plena carrera:
nunca lo viera antes, mas lo ha reconocido
por el altivo rostro, por su cuerpo gallardo,
también por la mirada y por todo su aspecto.
Y no puede evitarlo: el miedo le atenaza.
Huir de allí querría, mas ya nada le vale:
le ha golpeado el conde con una fuerza tal,
que le ha partido el yelmo, llegando hasta el nasal;
le ha roto la nariz, y la boca y los dientes,

le ha atravesado el cuerpo, también el jaserán,
los borrenes de plata de la silla dorada
y muy profundamente la grupa del caballo.
Caballo y caballero mata sin remisión
y lloran los de España muy llenos de dolor.
Los franceses exclaman: «¡Bien lucha nuestro guía!»

CXXIII (CXXV)

La batalla es total, maravillosa y ardua.
Los franceses combaten con vigor y con rabia:
las manos caen cortadas, los troncos, los costados,
atraviesan las ropas hasta la carne viva.
Sobre la verde hierba corre la sangre clara.
Los paganos exclaman: «¡Ya no aguantamos más!
¡Mahoma te maldiga, Tierra de nuestros Padres!
¡Sobre todas las gentes es tu gente atrevida!»
Ninguno de ellos deja de gritar a Marsil:
«¡Cabalga con nosotros y tráenos, rey, tu ayuda!»

CXXIV (CXXVI)

La batalla es total, la batalla es grandiosa.
Los franceses combaten con sus picas bruñidas.
¡Veríais allí el dolor tan grande de la gente
y tantos hombres muertos, heridos y sangrando!
Yacen unos sobre otros mirando al cielo, a tierra.
Ya no pueden sufrir tanto los sarracenos:
que quisieran o no, el campo van dejando
y con ímpetu enorme les dan caza los francos.

1604 El *jaserán* era un cierto tipo de loriga, reforzada por detrás con una capucha.

CXXV (VXIII)

Está viendo Marsil de su gente el martirio
y manda que se toquen los cuernos y bocinas,
cabalgando después con su hueste levada.
En cabeza cabalga un sarraceno, Abismo,
el hombre más malvado que hubo en su compañía.
Tiene muy malas tachas y perfidia muy grande
y no creía en Dios, el hijo de María.
Su piel era tan negra como la pez fundida.
Prefiere mucho más la traición y las muertes
que si le dieran todo el oro de Galicia.
Nadie le vio jamás ni reír ni jugar,
mas tiene gran valor y una gran arrogancia:
por eso es muy querido por el felón Marsil.
En torno a su dragón se juntan los paganos.
Turpín, el arzobispo, nunca podría amarlo,
y en cuanto que lo ve, ya desea acometerlo.
Y se dice a sí mismo muy quedo estas palabras:
«Pienso que es muy hereje el sarraceno éste:
es mejor que yo sea el que vaya a matarlo:
no soporto a cobardes, tampoco cobardías.»

CXXVI (CXIV)

Turpín el arzobispo comienza la batalla:
cabalga en el caballo que le tomó a Grossaille
(éste tal era un rey que mató en Dinamarca).
El corcel es veloz, el corcel es muy rápido,

[1637] Como es sabido, se cree, aún hoy, que ciertos ríos gallegos arrastran pepitas de oro. El camino de Santiago debió extender la fama por toda Europa.

[1641] Diversas formas de *dragones* adornaban las enseñas y escudos, como era el caso histórico de las dos del Cid. (Véase también v. 3266.)

[1651-1656] Esta precisa descripción del caballo no indica un conocimiento profundo de Turoldo en la materia, y sí que estaba al corriente de la

con los cascos vaciados y con las patas lisas,
las ancas tiene cortas y la grupa muy ancha,
tiene los flancos largos y el espinazo alto,
en la cola crin blanca y rubia en la cerviz;
las orejas pequeñas, la cabeza leonada:
en el mundo no hay otro que le pueda ganar.
Lo aguija el arzobispo, ¡no visteis más bravura!
Nada le impedirá el atacar a Abismo,
y le va a golpear en su escudo magnífico.
Muchas piedras lo adornan: amatistas, topacios,
también porfirios rojos y carbunclos que brillan:
en tierra de Val Metas un diablo se lo dio
a Galafre el emir, y éste se lo dio a Abismo.
Golpea en él Turpín, no quiere conservarlo
y, después de su golpe, ya no vale un dinero.
El cuerpo le atraviesa de un costado hasta el otro
abatiéndolo muerto en la tierra desnuda.
Y dicen los franceses: «¡Esto es gran valentía!
El báculo está a salvo con un tal arzobispo.»

CXXVII

Allí el conde Roldán ha llamado a Oliveros:
«Señor y compañero, estad de acuerdo en esto:
Turpín el arzobispo es muy buen caballero,
no lo hay mejor en tierra ni debajo del cielo;
muy bien sabe luchar con la lanza y la pica.»
El conde le responde: «¡Vayamos a ayudarlo!»
Ante tales palabras se animan los franceses.
Los golpes son muy fuertes, el combate es muy duro
y muy grande el quebranto que hay entre los cristianos.
¡Quién pudiese haber visto a Roldán y a Oliveros
herir y combatir con sus buenas espadas!

---

descripción del caballo ideal según las *Etimologías* de San Isidoro, según recoge Riquer.

¡Muy bien el arzobispo combate con la pica!
De los que allí murieron bien se puede saber,
pues ha quedado escrito en cartas, documentos:
esto dice la Gesta: más de cuatro millares.
En los cuatro primeros han resistido bien,
mas en el quinto asalto la lucha les es grave:
todos han muerto ya los caballeros francos,
sólo quedan sesenta que Dios ha protegido:
pero antes de morir se venderán muy caros.

[ROLDÁN ACCEDE A TOCAR EL OLIFANTE]

CXXVIII

El conde Roldán ve cómo los suyos caen
y dice estas palabras a su amigo Oliveros:
«Señor y compañero, ¿qué os parece, por Dios?
¡Tantos hombres valientes ved que yacen en tierra!
¡Bien podemos llorar la bella y dulce Francia,
que de tales barones se va a quedar desierta!
¡Ay, mi rey y mi amigo!, ¿por qué no estáis aquí?
Oliveros, mi hermano, ¿qué podremos hacer?
¿Qué se puede aún hacer para enviarle noticias?»
Le responde Oliveros: «Yo no sé cómo hacer.
Mas prefiero morir antes que deshonrarnos.»

CXXIX

Esto dice Roldán: «Sonaré el olifante;
así Carlos lo oirá, que aún está en los puertos.
Y yo os aseguro que volverán los francos.»
Le responde Oliveros: «Gran deshonor sería,
serían denostados todos vuestros parientes
y duraría la mancha el resto de sus días.
Cuando yo os lo pedí, no quisísteis hacerlo:
mas no lo haréis ahora con mi consentimiento.
Si lo sonáis ahora no es cosa de valientes.

¡Pero cómo chorrea la sangre en vuestros brazos!»
El conde le responde: «¡He dado grandes golpes!»

CXXX

Esto dice Roldán: «¡Nuestra batalla es dura!
Voy a sonar el cuerno, que lo oiga el rey Carlos.»
Le responde Oliveros: «¡No es digno de valientes!
Cuando yo os lo pedí, amigo, no quisisteis:
si hubiera estado el rey, no tendríamos daño.
Los que están con nosotros no deben ser culpados.»
Continúa diciendo: «¡Os juro por mi barba:
si yo volviera a ver a Alda, mi bella hermana,
no yaceríais jamás en lecho entre sus brazos!»

CXXXI

Respóndele Roldán: «¿Por qué me tenéis ira?»
Y le dice Oliveros: «Vos os lo habéis buscado:
valentía prudente no es insensatez,
y más vale mesura que locura insensata.
Los franceses han muerto por vuestra ligereza
y nunca más a Carlos lo podremos servir.
Si me hubieseis creído, aquí estaría Carlos
y esta nuestra batalla ya acabada y vencida
y Marsil estaría o aprisionado o muerto.
¡Roldán, vuestra proeza por desgracia la vimos!
Nunca más Carlomagno nos podrá utilizar.
No habrá nadie como él hasta el día del juicio.
Vos moriréis y Francia quedará deshonrada
y hoy se terminará nuestra fiel compañía:
será antes de la noche la cruel separación.»

1720 Según se cuénta en el *Girart de Vienne*, Oliveros y Alda, de la que se enamora Roldán, son hijos de Renier de Ginebra.

CXXXII

El arzobispo a ambos los oye querellarse
y espolea el caballo con sus espuelas de oro.
Se dirige hacia ellos y los reprende así:
«Vos, señor Oliveros, y vos, señor Roldán:
¡os lo pido por Dios, no sigáis discutiendo!
Aunque sonar el cuerno no serviría de nada,
sonad de todas formas, quizás será mejor:
si nuestro rey viniera, aún podría vengarnos
y así los españoles no volverían contentos.
Al vernos, los franceses bajarán del caballo,
muertos nos llorarán, o bien descuartizados,
y en unas parihuelas nos podrán conducir.
Llorarán por nosotros con dolor y con lástima
y podrán enterrarnos en nuestros monasterios:
no nos comerán lobos, perros ni jabalíes.»
Dice Roldán: «Señor, habéis hablado bien.»

[Carlomagno oye el olifante y vuelve atrás]

CXXXIII

A la boca se lleva Roldán el olifante,
se lo coloca bien, soplando con gran fuerza.
Los montes son muy altos y el sonido muy largo,
a más de treinta leguas lo oyeron resonar.
A Carlos ha llegado y a todas las compañas.
Dice el rey: «¡Nuestros hombres libran una batalla!»
Le corta Ganelón diciendo estas palabras:
«Si otro lo hubiera dicho, diría que es mentira.»

CXXXIV

Roldán, con gran esfuerzo y con gran ansiedad,
muy dolorosamente, el olifante suena:
por medio de la boca le sale sangre clara
y se le están rompiendo las sienes del cerebro.
De su olifante sale un sonido muy largo.
Carlos lo puede oír, que pasa por los puertos,
lo oyó el duque Naimón, y lo oyeron los francos.
Dice el rey: «¡De Roldán el olifante oí!
No lo hubiera tocado de no estar combatiendo.»
Responde Ganelón: «No creo que combatan.
Vos sois anciano ya, barba florida y cana,
pero vuestras palabras os muestran como un niño.
Sabéis a ciencia cierta que Roldán es altivo
y es una maravilla que Dios le aguante tanto.
Cuando Noples tomó sin vuestro asentimiento,
salieron detrás de él allí los sarracenos
e hicieron un combate contra Roldán el bueno.
Roldán lavó con agua la sangre de los prados:
esto lo mandó hacer porque no se supiera.
Por seguir una liebre se pondría a tocar,
como está con los Pares, quizás es por jugar.
No hay nadie bajo el cielo que osase combatirlo;
así pues, cabalgad, ¿para qué os detendríais?
Nuestra tierra de Francia aún está muy lejos.»

CXXXV

El conde Roldán tiene la boca ensangrentada,
el esfuerzo le ha roto las sienes del cerebro.
El olifante toca con dolor y ansiedad.
Puede Carlos oírlo y también los franceses.

1775-1779 Alusión a un hecho de armas contado por el cantar *Entrée en Espagne* y la *Karlamagnús saga:* Roldán, que no quiere que Carlomagno se entere de una batalla, manda limpiar la sangre del campo con agua.

Dice el rey: «¡Ese cuerno tiene un sonido largo!»
Dice el duque Naimón: «¡Es de un barón que sufre!
Es de alguien que combate, según mi parecer.
Quien pide que sigáis es porque hizo traición.
Armáos y gritad vuestra señal de guerra
y podréis socorrer vuestra noble mesnada:
¡Muy bien lo habéis oído: Roldán se desespera!»

CXXXVI

Allí el emperador hace sonar los cuernos.
Los francos descabalgan y se visten las armas:
las lorigas, los yelmos, las espadas doradas.
Tienen buenos escudos, picas grandes y fuertes,
los gonfalones blancos, y bermejos y azules.
En sus caballos montan todos esos barones.
Espoleando van mientras pasan los puertos;
no hay ninguno que al otro no diga estas palabras:
«Si a Roldán encontrásemos antes de que haya muerto,
todos juntos con él buenos golpes daremos.»
¿Para qué estas palabras? Fue grande su demora.

CXXXVII

Clara estaba la tarde, el día fue muy claro,
bajo la luz del sol las armas relucían,
los yelmos, las lorigas despiden gran fulgor
y también los escudos, bien pintados de flores,
así como las picas, con gonfalones de oro.
Allí el emperador cabalgaba con ira,
cabalgan los franceses muy tristes y coléricos:
no hay ninguno entre ellos que no llore amargado,
por Roldán sienten todos un grandísimo miedo.
El rey hace prender al conde Ganelón
y manda que lo guarden sirvientes de su casa.
Llamando está a su jefe, que se llama Besgón:

«¡Vigiladlo muy bien, cual merece el felón!
De mi noble mesnada, él ha hecho traición.»
Besgón se hace de él cargo, lo deja a cien sirvientes,
(sirven en la cocina), muy buenos y muy malos,
que le pelan las barbas, le pelan los mostachos
y le dan con el puño cada cual cuatro golpes.
Mucho lo golpearon con fustas y bastones
y le ponen al cuello una argolla de hierro:
lo encadenan así, como si fuera un oso,
lo suben a una acémila para su gran afrenta.
Lo guardaron muy bien hasta entregarlo a Carlos.

CXXXVIII

Muy altos son los montes, tenebrosos y grandes,
los valles son profundos y violentas las aguas.
Resuenan los clarines por detrás, por delante,
todos al olifante responden con su son.
Cabalgando con ira iba el emperador
y con él los franceses, irritados, dolientes.
Todos sin excepción lloran y se lamentan
y van pidiendo a Dios que preserve a Roldán
hasta que todos ellos puedan llegar al campo
y todos juntos puedan combatir con ardor.
Mas todo, ¿para qué?; no le sirven de nada:
mucho se han demorado, muy tarde han de llegar.
Con cólera muy grande cabalgaba el rey Carlos,
por su cota de mallas vuela su blanca barba.
Espoleaban todos los barones de Francia,
de todos, no hay ninguno que no se lamentara
de no estar ayudando al capitán Roldán
en su lucha en España contra los sarracenos.
Está muy malherido, no creo que se salve.
¡Dios, qué grandes hombres los sesenta que tiene!
Ni rey ni capitán nunca los tuvo iguales.

[Últimos ataques del combate]

CXL

Roldán está mirando los montes y laderas
y ve de los de Francia muchos que yacen muertos.
Llorándolos está cual noble caballero:
«¡Mis señores barones, Dios os tenga piedad,
que todas vuestras almas tenga en su paraíso
y os haga descansar entre sus santas flores!
¡Nunca he visto vasallos mejores que vosotros,
durante muchos años, muy bien me habéis servido
y en provecho de Carlos mucho habéis conquistado!
¡De poco le ha servido haberos sustentado!
Y tú, tierra de Francia, ¡qué dulce patria eres!
Hoy te ves asolada por soledad muy grande.
Barones, estoy viendo que por mí dais la vida,
pero yo no os podré defender ni salvar.
¡Pues que Dios os proteja, Él, que nunca falló!
Oliveros, hermano, no debo abandonaos.
Moriré de dolor si nadie me matase.
Señor y compañero, volvamos a la lucha.»

CXLI

Allí el conde Roldán a la batalla vuelve.
Empuña a Durandarte, lucha como un valiente
y parte en dos mitades a Faldrún el del Puy,
con él a veinticuatro de los más valerosos:
¡nunca habrá como él en ansias de vengarse!
Así como los ciervos huyen ante los perros,
así huyen los paganos cuando ven a Roldán.
El arzobispo dice: «¡Muy bien lo estáis haciendo!
Igualar su valor deben los caballeros
dignos de llevar armas y montar a caballo:
debe ser en combate muy fuerte y valeroso,

pues si no, no valdría el valor de un dinero:
más le valdría ser monje en un monasterio
y por nuestros pecados rezar todos los días.»
Allí dice Roldán: «¡Luchad, no perdonéis!»
Ante tales palabras los franceses reanudan,
mas los cristianos sufren un castigo muy fuerte.

CXLII

Cuando todos comprueban que no habrá prisioneros,
la defensa es muy brava en una tal batalla:
por eso los franceses se baten cual leones.
Pero he aquí a Marsil a guisa de barón:
cabalga en su caballo, al que llaman Gañón.
Lo espolea muy bien y acomete a Bavón,
el cual era señor de Baune y de Dijón.
El escudo le ha roto, destroza su loriga
y lo derriba muerto sin mayores esfuerzos.
Después ha dado muerte a Yvoire y a Yvón
y de ella no se escapa Gerard de Rosellón.
No está de allí muy lejos Roldán, el noble conde,
el cual dice al pagano: «¡Que el Señor te maldiga!
Mataste injustamente a mis tres compañeros;
llevarás muchos golpes antes de separarnos
y podrás aprender el nombre de mi espada.»
Y va a acometerlo a guisa de barón,
cercenándole el conde todo el puño derecho.
A Jurfaleu el rubio le corta la cabeza,
un hijo era éste del pagano Marsil.
Los paganos exclaman: «¡Ayúdanos, Mahoma!
Vosotros, nuestros dioses, ¡liberadnos de Carlos!
¡Nos ha dejado a tantos felones en el campo,
que ni la misma muerte los haría huir!»
Dícense unos a otros: «Huyamos, así pues.»
Dichas estas palabras, cien mil de allí se marchan
y, aunque se los llamara, ninguno volvería.

CXLIII

Pero, ¿de qué les sirve? Se ha fugado Marsil,
aunque allí se ha quedado el califa su tío:
señor de Cartagena, Alfrera, Garmalía,
también de Etiopía, esa tierra maldita.
Toda esa gente negra está en su señorío:
grandes narices tienen y largas las orejas,
y suman entre todos más de cincuenta mil.
Fieramente cabalgan y con un gran furor
y van gritando el grito de guerra de paganos.
Allí dice Roldán: «Sufriremos martirio,
ahora estoy muy seguro que vamos a morir.
Pero pérfido sea quien no se venda caro.
¡Señores, combatid con la bruñida espada
y disputad con furia vuestros cuerpos y vidas
porque a la dulce Francia no cubramos de oprobio!
Cuando llegue a este campo mi señor, el rey Carlos,
verá que a sarracenos les dimos buen castigo;
verá por un francés quince paganos muertos
y no podría ser que no nos bendijese.»

CXLIV

Cuando mira Roldán a esa gente maldita,
los cuales son más negros que la tinta más negra,
cuyo único blanco es el de los dientes,
exclama el conde así: «Ahora estoy muy seguro
que voy a morir hoy, según lo que estoy viendo.
¡Franceses, atacad, que yo al combate vuelvo!»
Allí dice Oliveros: «¡Maldito sea el más lento!»
Ante tales palabras los franceses atacan.

1913 De este episodio se origina el famoso romance de la fuga del rey Marsil.

[Muerte de Oliveros]

CXLV

Cuando ven los paganos que ya hay pocos franceses,
todos experimentan gran vanidad y alivio.
Se dicen: «La razón ya ha abandonado a Carlos.»
Ha montado el califa en un caballo bayo,
lo espolea muy bien con sus espuelas de oro
y a Oliveros ataca, por detrás, en la espalda,
y su blanca loriga le rasga contra el cuerpo.
Por el medio del cuerpo la pica sale fuera
y le dice después: «¡Recibisteis buen golpe!
¡En mala hora os dejó Carlomagno en los puertos!
Del daño que nos hizo no es justo que se jacte,
y, aunque sólo de vos, vengué bien a los nuestros.»

XCLVI

Sintiendo está Oliveros que está herido de muerte
y sujeta a Altaclara, la del bruñido acero:
rompe al califa el yelmo, que es agudo y dorado,
y flores y cristales se los derriba al suelo.
Le corta la cabeza hasta alcanzar los dientes
y, apoyando ese golpe, allí lo abate muerto,
diciéndole después: «¡El mal, pagano, es tuyo!
Yo no podré decir que Carlos no ha perdido,
mas con mujer o dama de las que hayas tenido
tú no podrás jactarte, ni tampoco en tu reino,
de haberme tú quitado ni un maldito dinero,
ni de haber hecho daño ni a mí ni a ningún otro.»
Después llama a Roldán que venga a socorrerlo.

XCLVII

Sitiendo está Oliveros que de muerte está herido
y sabe que vengarse no podrá como quiere.
En medio del combate se lanza como un bravo:
va destrozando astas y escudos broquelados,
también piernas y manos, y sillas y costados.
Quien lo pudiese ver rajando sarracenos
y amontonando muertos en los que ya lo están
podría recordar lo que es un buen guerrero.
Mas la enseña de Carlos no la quiere olvidar
y «¡Munjoie!» va gritando con alta y clara voz.
Allí llama a Roldán, que es su par y su amigo:
«¡Señor y compañero, acudid a mi lado!
Hoy con mucho dolor ya nos separaremos.»

CXLVIII

Roldán está mirando el rostro de Oliveros:
lívido, macilento, descolorido y pálido.
Su clarísima sangre le corre por el cuerpo
y manchando la tierra van cayendo los coágulos.
El conde dice: «¡Dios, no sé qué hacer ahora!
¡Señor y compañero, malograda nobleza!
Jamás existirá un hombre que te valga.
¡Qué sola quedarás desde hoy, dulce Francia,
de buenos caballeros, y humillada y caduca!
Por ti el emperador un gran pesar tendrá.»
Después, sobre el caballo, desmayado se cae.

CXLIX

Ved aquí a Roldán caído en el caballo
y también a Oliveros, que está herido de muerte:
tanta sangre ha perdido que sus ojos se apagan,
de cerca ni de lejos ya no puede ver claro
para reconocer a ningún ser humano.
A su buen compañero, cuando se lo ha cruzado,
lo golpea muy fuerte en su yelmo dorado
rompiéndoselo todo, llegándole al nasal.
Pero no le ha alcanzado el golpe en la cabeza.
Ante un golpe como éste, lo ha mirado Roldán
y pregunta con voz muy dulce y muy suave:
«Mi señor compañero, ¿lo habéis hecho queriendo?
Sabed que soy Roldán, el que tanto os amaba,
y vos de ningún modo me habéis desafiado.»
Oliveros le dice: «Os oigo hablar ahora,
pero no puedo veros: ¡que os vea el Señor!
Si acaso yo os herí, me debéis perdonar.»
Respóndele Roldán: «No sufro ningún daño.
Yo os lo perdono aquí y en presencia de Dios.»
Dicho esto, se inclinan el uno hacia el otro
y con un gran amor vedlos que se separan.

CL

Oliveros ya siente que la muerte le angustia,
ya siente que sus ojos giran en su cabeza,
ya ha perdido el oído, ya ha perdido la vista.
Desciende del caballo, en el suelo se acuesta
y dando grandes voces sus pecados confiesa;
con las manos unidas, alzadas hacia el cielo,
está pidiendo a Dios que le abra el paraíso
y que bendiga a Carlos con su Francia la dulce
y a su amigo Roldán sobre todos los otros.

Le falla el corazón, el yelmo se le cae
y el cuerpo enteramente se desploma en el suelo.
El conde ya está muerto, ya se acabó su vida.
Roldán lo está llorando y se está lamentando:
no veréis en la tierra hombre más apenado.

[PLANTO DE ROLDÁN]

CLI

Está viendo Roldán que su amigo está muerto
y cómo yace en tierra la cara contra el suelo,
y con mucha dulzura comienza a lamentarlo:
«Mi señor compañero, ¡en mala hora luchaste!
Juntos hemos estado muchos años y días,
jamás me hiciste mal y nunca te lo hice.
Ahora que ya estás muerto, me hace daño la vida.»
Dichas estas palabras, el marqués se desmaya
sobre su buen caballo, llamado Veillantif;
está bien aferrado a los estribos de oro:
por mucho que se incline, no se podrá caer.

[ÚLTIMOS MOMENTOS DEL COMBATE]

CLII

Antes de que Roldán se haya recuperado
del desvanecimiento y haya vuelto en sí,
otro dolor muy grande se le ha manifestado:
ya han muerto los franceses, todos los ha perdido,
excepto el arzobispo y Gualterio del Hum,
el cual ha descendido las montañas abajo
en donde combatió contra los españoles.
Muertos están sus hombres, vencidos por paganos,
y, muy a pesar suyo, por los valles va huyendo.
Va llamando a Roldán a que venga en su ayuda:
«¡Ea, lozano conde, valiente! ¿Dónde estás?

Nunca sentí yo miedo si tú estabas conmigo.
Te está hablando Gualterio, el que tomó Maelgut,
el sobrino de Drooz, el viejo de pelo albo.
Por mi gran valentía era tu preferido.
El asta traigo rota, el escudo mellado
y mi loriga está desmallada y a trozos.
Herido estoy de lanza por medio de mi cuerpo,
sé que voy a morir, mas me vendí muy caro.»
Dichas estas palabras, Roldán lo ha conocido,
espolea el caballo y se dirige a él.

CLIII

Dolido está Roldán, de cólera encendido
y en la mayor refriega comienza a golpear.
Ha dado muerte a veinte de entre los españoles,
a seis mata Gualterio y el arzobispo a cinco.
Los paganos exclaman: «¡Ved qué pérfidos hombres!
Señores, procurad que no salgan con vida,
¡sea un gran traidor quien no les atacase,
y sea un gran cobarde quien los dejase huir!»
Se renuevan entonces alaridos y gritos
y de todas las partes se renueva el combate.

CLIV

Era el conde Roldán un guerrero notable
y Gualterio del Hum es muy buen caballero,
de pro es el arzobispo y de valor probado.
No quería ninguno desasistir al otro
y en la mayor refriega luchan contra paganos.
Mil sarracenos hay que combaten a pie

2055 Faltan en el ms. de Oxford unos versos, que recogen las otras versiones, en los que se cuenta el combate librado por Gualterio y sus hombres.

y otros cuarenta mil que montan a caballo,
pero creedme: nadie se atreve a aproximarse.
Allí les van lanzando sus picas y sus lanzas,
jabalinas y dardos, venablos y azagayas.
A los primeros golpes han matado a Gualterio
y a Turpín de Reims destrozan el escudo:
el yelmo se lo han roto y herido en la cabeza,
han roto su loriga, desmallándola toda,
el cuerpo le atraviesan cuatro golpes de pica
y entre sus mismas piernas le matan el caballo.
¡Ahora el dolor es grande cuando cae el arzobispo!

CLV

Cuando Turpín de Reims se ha visto derribado
y de las cuatro picas su cuerpo atravesado,
muy ágil se levanta el valiente del suelo:
mirando hacia él Roldán, hacia él se dirige
y dice solamente: «¡Aún no estoy vencido!
Quien sea buen vasallo, nunca se rinde vivo.»
A Almance desenfunda, que es de acero bruñido,
y en la mayor refriega, mil golpes, o más, da.
Después lo dirá Carlos: no perdonó a ninguno,
pues halló a cuatrocientos yaciendo junto a él:
unos están heridos, otros atravesados
y muchos que tenían la cabeza cortada.
Esto dice la Gesta y quien estuvo allí.
El barón de San Gil, que hace por Dios milagros,
hizo en Laón la carta, que está en el monasterio.
Quien esto no lo sabe, es que no sabe nada.

2096 Según una leyenda, San Gil era un ermitaño al que un ángel llevó a la batalla de Roncesvalles para que alguien pudiese contar lo sucedido, teniendo en cuenta que no habría supervivientes. En la narrativa española, cuando se tiene que contar algún episodio duro de creer, como por ejemplo la aparición del apóstol Santiago entre las filas cristianas, se recurre al testimonio supuesto del enemigo, que justifica su derrota con dicha intervención. Así ocurre, por ejemplo, en los capítulos que cuentan las conquistas del futuro rey Alfonso X y en el *Poema de Alfonso XI*.

[Roldán suena de nuevo el olifante]

CLVI

Allí el conde Roldán combate fieramente,
mas su cuerpo decae, sudoroso y febril.
En su cabeza siente gran dolor y gran daño,
tiene las sienes rotas de haber sonado el cuerno,
porque quiere saber si Carlos va a venir.
El olifante saca, débilmente lo suena.
Allí el emperador se ha parado y escucha
y dice: «Mis señores, ¡malamente nos va!
Mi sobrino Roldán nos deja desde hoy:
por el tañido entiendo que pronto va a morir.
¡Quien quiera estar con él, que pique su caballo!
¡Sonad vuestros clarines cuantos hay en la hueste!»
Sesenta mil clarines suenan allí tan alto
que resuenan los montes y responden los valles.
Los paganos lo escuchan y ninguno bromea
y unos dicen a otros: «¡Carlos nos va a venir!»

CLVII

Los paganos exclaman: «¡Vuelve el emperador!
¡Escuchad los clarines que tocan los franceses!
Y como vuelva Carlos, sufriremos gran daño,
y si Roldán viviera, la guerra volverá
y entonces perderemos a España, nuestra tierra.»
Se juntan cuatrocientos con el velmo calado,
los mejores guerreros que se encuentran allí:
atacan a Roldán muy ruda y fieramente.
El conde sabe ahora que mucho debe hacer.

CLVIII

Cuando el conde Roldán los ve que se aproximan,
mucho más fuerte se hace, más feroz, decidido.
No les dará cuartel en tanto que esté vivo.
En su caballo monta, que llaman Veillantif,
lo espolea muy bien con sus espuelas de oro
y en la mayor refriega a acometerlos va.
Junto a Roldán está Turpín el arzobispo,
le dice el uno al otro: «¡Unámonos, amigo!
Los clarines franceses acabamos de oír:
eso es que vuelve Carlos, el poderoso rey.»

CLIX

Nunca el conde Roldán apreció a los cobardes,
ni apreció al orgulloso ni tampoco al malvado,
tampoco al caballero si no era buen guerrero.
Turpín, el arzobispo está oyendo a Roldán:
«Señor, estáis a pie y yo estoy a caballo.
Por el amor que os tengo, aquí resistiré;
juntos esperaremos o lo bueno o lo malo
y no pienso dejaos por otro hombre de carne.
Daremos juntamente asalto a los paganos
y los mejores golpes serán de Durandarte.»
Dice allí el arzobispo: «¡Felón quien no combata!
Carlos está de vuelta, muy bien nos vengará.»

CLX

Los paganos exclaman: «¡En mala hora nacimos!
¡Qué desgraciado día hoy nos ha amanecido!
Perdimos nuestros pares, también nuestros señores,
y está volviendo Carlos, el noble, con su hueste.

De los de Francia oímos los clarines sonar
y grandes son los gritos cuando gritan «¡Munjoie!»
Tiene el conde Roldán una bravura tal,
que no será vencido por un hombre mortal.
Disparemos sobre él y dejémoslo allí.»
Comienzan a arrojarle dardos y jabalinas,
y azconas y lanzas y picas emplumadas.
A Roldán el escudo se lo han atravesado
y su loriga está deshecha y desmallada
sin haber conseguido alcanzarle en el cuerpo;
pero sí a Veillantif, herido en treinta sitios,
y debajo del conde allí lo abaten muerto.
Los paganos huyeron y lo dejan estar.
Allí el conde Roldán se ha quedado a pie.

CLXI

Huyeron los paganos con pesar y con ira
y en dirección a España apresuran el paso.
Se ve el conde Roldán sin poderlos seguir:
Veillantif, su corcel, acaba de morir
y se ha quedado a pie, lo quiera o no lo quiera.
Allí acude a ayudar Roldán al arzobispo:
le desata su yelmo de oro de la cabeza,
le quita la loriga, que es blanca y muy ligera,
y le ha desgarrado por completo el brial:
con sus jirones venda sus múltiples heridas,
cogiéndolo en sus brazos lo estrecha contra el pecho.
Sobre la verde hierba lo recuesta después
y con mucha dulzura Roldán le solicita:
«¡Ah, gallardo señor; permitidme que os deje!
Pues nuestros compañeros, que queríamos tanto,
están muertos ahora y no debo dejarlos.
Quiero ir a buscarlos y a identificarlos,
traerlos junto a vos y en orden colocarlos.»
Le dice el arzobispo: «¡Podéis ir, mas volved!
Gracias a Dios, el campo es vuestro, vuestro y mío.»



CLXII

Se ha alejado Roldán., por el campo va solo,
buscando por los valles, buscando por los montes.
Allí encuentra a Gerín, allí encuentra a Gerers,
y encuentra allí también a Otón, a Berenguer,
y encuentra allí también a Anseís y a Sansón,
y también a Gerard de Rosellón el Viejo.
Uno a uno los coge ese noble barón
y adonde el arzobispo los ha traído a todos,
poniéndolos en fila delante de Turpín.
El arzobispo llora, no se puede mover:
levantando la mano, los está bendiciendo,
diciéndoles después: «¡Desgraciados señores!
¡Que todas vuestras almas tenga Dios el Glorioso!
¡Las ponga entre las flores del santo paraíso!
Mi propia muerte a mí mucho me está angustiando,
pues no volveré a ver al rico emperador.»

CLXIII

Roldán se vuelve a ir a buscar por el campo,
encontrando a Oliveros, su amigo y compañero:
en su pecho lo estrecha, lo abraza fuertemente
y con grandes esfuerzos lo trae al arzobispo.
Sobre el escudo lo echa, junto con los demás,
y el arzobispo allí lo absuelve y lo bendice,
volviendo las palabras de amor y de dolor.
Esto dice Roldán: «Oliveros, amigo,
erais buen hijo vos de ese duque Reiner,
que poseyó la marca del Valle de Runers.
En quebrantar las astas y romper los escudos,
así como en vencer y abatir orgullosos
y en servir a los nobles, o bien darles consejos,
en ridiculizar y burlar bravucones,
en la tierra no ha habido caballero mejor.»

CLXIV

Cuando el conde Roldán ve muertos a sus pares,
así como a Oliveros, a quien tanto quería,
muy lleno de ternura se puso allí a llorar.
El color de su cara mucho se le demuda
y es tan grande el dolor, que no se tiene en pie:
que quiera o que no quiera, desmayado se cae.
El arzobispo dice: «¡Qué pena de barón!»

[Muerte de Turpín]

CLXV

Cuando ve el arzobispo a Roldán desmayado,
un gran dolor sintió, como nunca lo tuvo.
Ha tendido su mano y coge el olifante:
en Roncesvalles hay un agua que corría,
quiere ir a buscarla para darla a Roldán.
A pasos muy pequeños allí va vacilante,
pero estaba tan débil, que no puede avanzar:
las fuerzas le abandonan, pues perdió mucha sangre.
Antes de haber andado una sola yugada,
le falla el corazón y de bruces se cae.
Su muerte ya cercana le va angustiando mucho.

CLXVI

Cuando el conde Roldán recupera el sentido,
en pie se ha levantado, pero con gran dolor.
Observa hacia delante y después hacia atrás:
sobre la verde hierba, junto a sus compañeros,
allí ve cómo yace ese noble barón:
el arzobispo es, el ministro de Dios:
sus pecados confiesa mirando hacia lo alto,

con sus dos manos juntas, elevadas al cielo
está rezando a Dios que le dé el paraíso.
Allí muere Turpín, el guerrero de Carlos.
Por sus grandes batallas, por sus bellos sermones,
siempre contra paganos fuera su campeón.
¡Quiera Dios otorgarle su santa bendición!

CLXVII

El conde Roldán ve por tierra al arzobispo,
afuera de su cuerpo ve salir sus entrañas,
debajo de la frente su cerebro gotea;
en medio de su pecho, entre las dos clavículas,
le ha cruzado las manos, tan blancas y tan bellas.
Allí un planto le hace, como se hace en su tierra:
«¡Ay, lozano señor, hombre de buen linaje!
Hoy te encomiendo yo al celestial Glorioso.
No habrá jamás un hombre de servicio más presto.
Después de los apóstoles no hubo mejor profeta
en mantener la fe y en atraer más hombres.
¡Que vuestra noble alma no sufra privaciones!
¡Y que del paraíso esté la puerta abierta!»

[Muerte de Roldán]

CLXVIII

Va sintiendo Roldán que su muerte está cerca,
siente por sus oídos que le salen los sesos.
Está pidiendo a Dios que a los Pares acoja
y después por sí mismo al ángel San Gabriel.
El olifante coge para evitar reproches,
coge con la otra mano su espada Durandarte.
No puede avanzar más que un tiro de ballesta
y se va hacia un barbecho en dirección a España.

A un cerro se ha subido, entre dos bellos árboles,
en donde hay cuatro gradas, hechas están de mármol.
Sobre la verde hierba allí se cae de bruces:
ha perdido el sentido, pues su muerte está cerca.

CLXIX

Muy altos son los valles y muy altos los árboles.
Hay allí cuatro gradas muy lucientes de mármol.
Sobre la verde hierba Roldán se ha desmayado.
Hay allí un sarraceno que está observando todo:
fingió que estaba muerto y yace entre los otros
manchándose de sangre en el cuerpo y la cara.
En pie se ha levantado y va corriendo allá;
era gallardo y fuerte y de gran osadía,
por su orgullo emprendió una fatal locura:
el cuerpo de Roldán ha tomado, y sus armas,
y dice: «¡Está vencido el sobrino de Carlos!
Y yo me llevaré esta espada a Arabia.»
Ese tirón el conde un poco lo ha notado.

CLXX

Lo ha sentido Roldán que le quitan la espada.
Abre entonces los ojos y dice estas palabras:
«¡Si yo no me equivoco, tú no eres de los nuestros!»
Sujeta el olifante, que nunca perder quiso,
le golpea en el yelmo, labrado estaba en oro,
y le rompe el acero, la cabeza y los huesos,
sacándole los ojos fuera de la cabeza:
delante de sus pies lo ha derribado muerto
y dice: «Vil pagano, ¿cómo fuiste atrevido
de llegarte hasta mí, con razón o sin ella?
Cualquiera que te viera, te tendría por loco.
Ha quedado abollado el olifante todo,
y se le han desprendido el oro y el cristal.»

CLXXI

Va sintiendo Roldán que su vista decae
y se pone de pie en un supremo esfuerzo.
El color de su cara va desapareciendo.
Una piedra muy fría se encuentra allí delante,
la golpea diez veces con dolor y con rabia.
El acero rechina: no se mella ni rompe,
y dice el conde así: «¡Santa María, váleme!
Mi buena Durandarte, ¡qué pena que me das!
Ahora que me muero, te tendré que dejar:
¡gracias a ti he vencido mil batallas campales
y mil extensas tierras dominé con tu acero,
que ahora son de Carlos, el de la barba cana!
¡Que no te empuñe nadie que ante otro se arredre!
Durante mucho tiempo te tuvo un buen vasallo:
nunca habrá quien te iguale en la Francia bendita.»

CLXXII

Roldán ha golpeado la grada de sardónice;
el acero rechina, no se mella ni rompe.
Cuando observa Roldán que no puede romperla,
consigo mismo empieza a lamentarse así:
«¡Durandarte, eres blanca, y muy clara y muy bella!
¡Y qué llamas despides y luces ante el sol!
Se encontraba el rey Carlos en el Val de Moriana,
cuando Dios desde el cielo la mandó con un ángel
para que te entregase a un conde capitán:
allí te me ciñó el noble rey, el Magno.
Le conquisté contigo el Anjou y la Bretaña,

[2322] La larga enumeración de conquistas, que probablemente está influenciada por los documentos áulicos, es frecuente también en la épica castellana, como se puede ver en el *Cantar de Mío Cid* y las *Mocedades de Ro-*

le conquisté también el Poitou con el Maine,
le conquisté asimismo Normardía la franca,
conquistéle contigo Provenza y Aquitania,
y toda Lombardía, y toda la Romania,
y conquisté Baviera y también todo Flandes,
así como Borgoña, con la tierra de Pulla,
también Constantinopla, que le rindió homenaje,
y Sajonia, que acata lo que Carlos le manda;
y conquistéle Escocia y Gales con Islandia,
así como Inglaterra, que tuvo como cámara;
le conquisté contigo tierras y tierras tantas
que Carlos tiene ahora, el de la barba blanca.
Por esta espada mía tengo dolor y pena.
Prefiero antes la muerte que entre paganos caiga.
¡Dios Padre, no dejéis que se deshonre a Francia!»

CLXXIII

Roldán ha golpeado en una piedra fría:
la hiende mucho más de lo que sé deciros.
El acero rechina: no se mella ni rompe.
Antes bien, el acero contra el cielo rebota.
Cuando el conde comprende que no la va a romper,
con palabras muy dulces la lamenta consigo:
«¡Durandarte, eres bella; Durandarte, eres santa!
En tu pomo dorado hay bastantes reliquias:
un diente de San Pedro, sangre de San Basilio,
con algunos cabellos del señor San Dionís
y parte de un vestido, fue de Santa María.

---

drigo (vv. 2923-26 y 790-803 respectivamente). En este último, aparece también *Pulla* (Apulia), y en ambos casos es una conquista imginaria. Por otra parte, la singularización de Inglaterra (Carlomagno nunca la consideró especialmente) se explica por un nacionalismo de Turoldo.

2345 Era efectivamente una costumbre llevar reliquias en el pomo de las espadas, aunque no se registra en los textos épicos castellanos. Concretamente, las célebres Colada y Tizona del Cid eran ponderadas por su valor (en todos los sentidos).

Sería un sacrilegio que fueras de paganos,
pues sólo de cristianos tienes que ser usada.
¡Que nunca os tenga nadie capaz de cobardías!
Muchas y muchas tierras con vos he conquistado,
que ahora tiene Carlos de la barba florida.
Es el emperador por vos muy noble y rico.»

CLXXIV

Va sintiendo Roldán que la muerte lo toma,
baja de la cabeza, desciende al corazón,
y se va a proteger a la sombra de un pino.
Sobre la verde hierba, allí se ha recostado
y se pone debajo espada y olifante.
Dirige su mirada hacia los sarracenos;
por esto lo hacía: porque quiere de veras
que el rey Carlos lo diga y todos sus barones
que el conde tan lozano ha muerto vencedor.
Golpes de confesión da frecuentes, menudos,
por todos sus pecados ofrece a Dios su guante.

CLXXV

Va sintiendo Roldán que el final ha llegado.
Con la vista hacia España está en un monte agudo
mientras con una mano da golpes en su pecho:
«¡Señor, por tus virtudes entono el *mea culpa*,
por todos mis pecados, los grandes y pequeños,

[2359] Como se podrá observar, no se vuelve a hablar más de la espada, aunque sí del olifante. Según el *Ronsasvals* y la *Karlamagnús saga*, cuando Carlos encuentra el cadáver de Roldán, que tiene empuñada a Durandarte, consigue abrir la mano para tomar la espada, cosa que habían intentado vanamente otros caballeros de su séquito.

Con este episodio, no se pretende adornar con otro milagro y sí dar una lectura más feudal: el buen caballero sólo debe entregar su arma a su señor, que es quien se la entrega. Ese mismo sentido tiene el verso 2365, aunque aquí se exagera: Roldán no tiene el poder directamente de Dios, sino de su rey.

que pude cometer, desde que vivo estoy
hasta el día presente, en que estoy abatido!»
Y su guante derecho hacia Dios ha tendido:
los ángeles del cielo descienden hacia él.

CLXXVI

A la sombra de un pino está el conde Roldán,
en dirección a España tiene vuelta la cara
y muchísimas cosas le vienen al recuerdo:
se acuerda de las tierras que el noble ha conquistado
y de la dulce Francia, de todos sus parientes,
también de Carlomagno, señor que lo crió.
Llorando está y suspira, no lo puede evitar.
Pero tampoco quiere olvidarse de sí:
confiesa sus pecados y pide a Dios piedad:
«Protector verdadero, que jamás has mentido,
Tú, que de la muerte arrancaste a San Lázaro;
Tú, que de los leones liberaste a Daniel,
quieras guardar mi alma de todos los peligros
por todos los pecados que cometí en mi vida.»
Allí el guante derecho le está ofreciendo a Dios
y el ángel San Gabriel lo toma con su mano.
Su cabeza inclinada le sostiene en su brazo:
con las manos unidas se dirige a su fin.
Allí le envía Dios al ángel Querubín,
también es enviado San Miguel del Peligro;
juntamente con ellos se acerca San Gabriel
y el alma del buen conde llevan al paraíso.

2384 De nuevo se nos ofrece un procedimiento muy empleado en la épica: una oración muy parecida puede leerse en el *Cantar de Mío Cid*, cuando Jimena implora por su marido que marcha al destierro.

[Carlomagno vuelve a Roncesvalles. Planto por sus caballeros]

CLXXVII

Ya se ha muerto Roldán, Dios lo tiene en sus cielos.
Está el emperador llegando a Roncesvalles:
no hay en ese lugar ni vía ni sendero,
no hay terreno vacío, ni una vara ni un pie
en donde no se encuentre un francés o un pagano.
El rey Carlos exclama: «¿Dónde estáis, buen sobrino?
¿Dónde está el arzobispo? ¿Y dónde está Oliveros?
¿Y dónde está Gerín? ¿Gerers, su compañero?
¿Y dónde Otón está? ¿Y el conde Berenguer?
¿Y dónde Yvón e Yvoire, muy queridos por mí?
¿Y qué le ha sucedido al gascón Engelier?
¿Y qué al duque Sansón? ¿Y qué al noble Anseís?
¿Y dónde está Gerardo de Rosellón el Viejo?
¿Dónde los Doce Pares, que había dejado aquí?»
De todo lo que ocurre, ¿quién le va a responder?
Allí dice el rey: «¡Dios, bien puedo desmayarme,
pues no estuve presente durante la contienda!»
Se tira de la barba, como hombre que está airado,
llorando están con él sus buenos caballeros
y caen veinte mil al suelo desmayados.
Siente el duque Naimón gran compasión por ellos.

2402-2410 Se enumeran los nombres de los Doce Pares, que no se corresponden totalmente a los de otras versiones. Concretamente, en la tradición española hay notables diferencias, amén de considerar, como ocurre en la *Nota Emilianense*, que los *pares* eran todos sobrinos de Carlomagno, y por ende primos entre sí.

CLXXVIII

Ningún noble allí había, caballero o barón
que, movido a piedad, duramente no llore.
Llorando están los hijos, hermanos y sobrinos,
y también los amigos, sus señores feudales,
y muchos, desmayados, allí se desvanecen.
Naimón el duque actúa como un hombre sensato
y el primero de todos habla al emperador:
«Mirad hacia delante, a dos leguas de aquí:
podréis ver los caminos cubiertos por el polvo,
pues es innumerable esa gente pagana.
Así pues, ¡cabalgad! ¡Vengad este dolor!»
«—¡Ay, Dios —responde el rey—, se encuentran ya muy lejos!
Permitidme el consuelo de justicia y honor,
pues de la dulce Francia me han quitado la flor.»
Allí convoca el rey a Gebuín y a Otón,
a Teobaldo de Reims junto al conde Milón:
«Guardadme vos el campo, los valles y los montes,
dejad así los muertos, tal y como ahora están,
que no pueda acercarse ni bestia ni león,
ni tampoco se acerque criado ni escudero;
yo os ordeno que nadie se pueda aquí acercar
hasta que quiera Dios que a este lugar volvamos.»
Ellos le respondieron con dulzura y amor:
«Señor amado y justo, nosotros así haremos.»
Mil de sus caballeros retuvieron consigo.

[2436] En la nota correspondiente a este verso, Riquer aclara que la presencia de estos leones no se debe a ninguna fantasía de Turoldo, sino que es una alusión al ofertorio del oficio de difuntos: «libera las almas de las bocas de los leones». Pero si estos leones son simbólicos, ¿por qué poner guardias de carne y hueso?

[Derrota de los sarracenos.
El sol detiene su curso]

CLXXIX

Manda el emperador que suenen los clarines
y montan a caballo el noble y su gran hueste.
De los de España pronto encontraron las huellas
y marchan a su alcance todos con igual ímpetu.
Cuando comprueba el rey que la tarde declina,
sobre la verde hierba, en un prado, se apea,
se arrodilla en el suelo y pide al Señor Dios
que consienta que el sol se pare para él,
que se atrase la noche y que el día prosiga.
Llega entonces un ángel, el que le suele hablar,
y, sin perder el tiempo, así le ha aconsejado:
«Cabalga, Carlomagno, luz no te faltará.
Sabe Dios que has perdido toda la flor de Francia:
ahora podrás vengarte de esa gente maldita.»
Lo oye el emperador y monta en su caballo.

CLXXX

Hizo por Carlomagno allí Dios un milagro,
pues se ha quedado el sol parado en su carrera.
Los paganos huían, van detrás los franceses
y en el Val Tenebroso los están alcanzando:
hostigándolos van camino a Zaragoza
y con golpes furiosos allí los van matando.
Les han cortado el paso, les cortan los caminos,
aguas del río Ebro tienen allí delante:
las aguas son profundas, temerosas, corrientes
y no hay ninguna barca, ni nave, ni chalana.
Los paganos invocan a Tervagán, su dios,
y se lanzan al río, mas no se salvarán:
los que van más armados resultan más pesados

y numerosos son los que se van al fondo;
otros son arrastrados, los lleva la corriente,
y los más agraciados beben agua sin fin:
allí se ahogaron todos con angustioso afán.
Los franceses exclaman: «¡Desgraciado Roldán!»

[Sueños de Carlomagno]

CLXXXI

Cuando Carlos comprueba que han muerto los paganos,
los unos por las armas y los otros ahogados,
y el enorme botín que los suyos han hecho,
ese lozano rey desciende del caballo,
se pone de rodillas y da gracias a Dios.
Cuando se pone en pie, el sol ya se ha ocultado.
Dice el emperador: «Es hora de acampar,
es tarde para andar de vuelta a Roncesvalles
y están nuestros caballos cansados y rendidos.
Quitadles, pues, las sillas y quitadles los frenos,
dejadlos que en los prados se puedan refrescar.
Los franceses responden: «Señor, muy bien habláis.»

CLXXXII

Allí el emperador monta su campamento.
Los franceses desmontan en la tierra desierta,
han quitado después al caballo la silla
y sus frenos de oro sacan de la cabeza.
Los dejan por los prados, hay mucha hierba fresca,
pues de otras atenciones no pueden hacer más:
el que está muy cansado en el prado se duerme,
y aquella noche nadie ha montado la guardia.

CLXXXIII

El rey Carlos también se ha acostado en un prado,
su gran lanza coloca cerca de su cabeza,
pues en la noche aquella no quiere desarmarse:
también lleva vestida su brillante loriga
y ajustado su yelmo, que está engastado en oro,
y ceñida Joyosa, que nunca tuvo igual:
su color cada día se cambia treinta veces.
También se puede hablar bastante de su lanza:
era con la que hirieron al Señor en la cruz.
La punta obtuvo Carlos por la gracia de Dios,
la cual hizo engastar en un pomo dorado.
A causa de ese honor y por esa bondad,
el nombre de Joyosa a la espada le ha dado:
los barones franceses no deben olvidarlo,
pues esa enseña tienen cuando gritan «¡Munjoie!»,
y por eso no puede ningún pueblo vencerlos.

CLXXXIV

La noche estaba clara y la luna brillaba.
El rey Carlos se ha echado, mas de Roldán se duele,
y fuerte pesadumbre siente por Oliveros,
y de los Doce Pares y los demás franceses
que dejó en Roncesvalles muertos y ensangrentados.
Y no puede evitar los lamentos y lágrimas,
por eso ruega a Dios que sus almas acoja.
El rey está cansado, pues su pena es muy grande,
y se queda dormido, no lo puede evitar.
Dispersos por los prados se duermen los franceses
y no hay caballo alguno que pueda estar de pie:
los que querían hierba, se la comen tumbados.
Quien conoce apreturas, muchas cosas aprende.

CLXXXV

El rey Carlos se duerme, pues está muy cansado,
y Dios allí le envía al ángel San Gabriel:
le ordena que proteja al buen emperador.
Toda la noche el ángel permanece a su lado:
mediante una visión, le pone sobre aviso
sobre una batalla que se hará contra él,
y se la está mostrando con señales funestas.
El rey Carlos levanta los ojos hacia el cielo
y observa grandes truenos, grandes hielos y vientos,
y terribles tormentas, terribles tempestades,
y se están preparando muchas llamas y fuegos
que muy rápidamente sobre su gente cae.
Ardiendo están las astas de fresno y de manzano,
incluso los escudos hasta su bocla de oro;
se hacen trozos las astas de las agudas lanzas
y crujen las lorigas y los yelmos de acero.
En gran dificultad ve estar sus caballeros:
osos y leopardos se los quieren comer,
y serpientes y víboras, dragones y demonios,
y grifos hay también, al menos treinta mil:
todos sobre los francos se lanzan a la vez.
Los franceses gritaban: «¡Ayuda, Carlomagno!»
El rey siente por ellos gran dolor y piedad,
quiere ir hacia ellos, pero no puede hacerlo:
procedente de un bosque le viene un gran león
con aspecto perverso, muy orgulloso y fiero,
que encima de su cuerpo se abalanza y ataca:
ya se están abrazando los dos para la lucha,
mas no sabe quién gana ni quién vencido cae.
Pero el emperador no pudo despertarse.

2554 El sueño que se acaba de exponer tiene su significado, como el que sigue: aquél hace referencia a la gran batalla que va a entablarse contra el emir Baligán; éste, sobre el proceso de Ganelón.

CLXXXVI

Terminado ese sueño, le viene otra visión:
que se encontraba en Francia, en Aix, en un estrado,
y tenía un osezno atado a dos cadenas.
Veía treinta osos venir de las Ardenas
y todos se expresaban como si fuesen hombres,
y decían al rey: «Señor, dadnos el oso,
pues no tenéis derecho a guardarlo con vos;
pariente nuestro es, debemos ayudarlo.»
Allí llega un lebrel al palacio corriendo
que, dejando a los otros, acomete al mayor
sobre la verde hierba, lejos de los demás.
Allí contempla el rey un horrendo combate,
mas no puede saber quién vence ni quién no.
He aquí lo que el ángel ha mostrado al barón.
Carlos sigue dormido hasta que el día es claro.

[Marsil en Zaragoza]

CLXXXVII

Ha huido a Zaragoza Marsil, el rey pagano.
Debajo de un olivo se ha acostado, a la sombra.
Se ha quitado la espada y la cota y el yelmo.
Sobre la verde hierba se acuesta con esfuerzo:
perdió la mano diestra, limpiamente cortada:
de la sangre que sale, se angustia y se desmaya.
Está delante de él su mujer, Bramimonda,
que grita entre lamentos y siente gran dolor,
y se encuentran allí más de veinte mil hombres
que maldicen a Carlos, como a la dulce Francia.
Y después se dirigen a la cripta de Apolo,
comienzan a quejarse, lo insultan feamente:
«¿Por qué, maldito dios, nos haces tal afrenta?

¿Por qué razón al rey dejaste sucumbir?
¡Ay, qué paga tan mala das a quien bien te sirve!»
Después le van quitando el cetro y la corona,
lo cogen con las manos de sobre una columna
y lo tiran al suelo, cayendo ante sus pies:
con bastones muy grandes lo baten y destruyen.
Después, a Tervagán le quitan el carbunclo
y arrojan a Mahoma en medio de una fosa
donde cerdos y perros lo muerden y patean.

CLXXXVIII

Ha vuelto en sí Marsil del desvanecimiento
y se hace conducir a su sala de bóvedas,
donde hay muchas figuras pintadas y trazadas.
La reina Bramimonda allí lo está llorando.
Se arranca los cabellos, se llama desgraciada
y dice así después gritando a grandes voces:
«¡Ay de ti, Zaragoza, qué sola te ves hoy
de este rey tan lozano que de ti era señor!
Pues todos nuestros dioses le han hecho felonía
al no haberlo ayudado en la batalla de hoy.
Una gran cobardía cometerá el emir
si rechaza la lucha a esa gente atrevida,
a esos cuyas vidas desprecian con valor.
Y ese emperador de la barba florida
tiene muy gran bravura y presunción muy grande:
si se le da batalla, él nunca se echa atrás.
¡Qué desgracia tan grande que ninguno lo mate!»

[Baligán, en ayuda de Marsil]

CLXXXIX

El gran emperador, por su enorme poder,
siete años completos permaneció en España.
Castillos conquistó, numerosas ciudades.
Por eso el rey Marsil tomó sus precauciones:
en el año primero hizo sellar sus cartas
que mandó a Babilonia, donde está Baligán:
éste es el gran emir, viejo de muchos años,
que más tiempo vivió que Virgilio y Homero.
Pidió que a Zaragoza viniera a socorrerlo
y que, si no lo hiciera, despreciaría a sus dioses
y a todos esos ídolos que solía adorar,
y que recibiría la santa ley cristiana,
y que con Carlomagno firmaría la paz.
El emir está lejos, mucho se ha demorado.
A su gente convoca de los cuarenta reinos
y ordenan que se apresten sus mayores navíos,
los esquifes, las barcas, las galeras, las naves.
Alejandría abajo hay un puerto de mar:
manda que allí las naves se vengan a aprestar.
Era en el mes de mayo, inicio del estío,
cuando todas las naves las ha lanzado al mar.

CXC

Enormes son las huestes de esta gente enemiga,
singlan con gran firmeza, navegan con pericia.
Encima de los mástiles y en esas altas proas
hay bastantes carbunclos, muchas linternas hay,
que desde tales sitios esparcen tanta luz,
que en medio de la noche la mar está más bella,
y cuando van llegando a la tierra de España,
todo el país reluce, todo está iluminado.
Adonde está Marsil llegan estas noticias.

CXCI

Esa gente pagana no quiere detenerse:
abandonan el mar, pasan al agua dulce.
Han pasado Marbrise, han pasado Marbrose,
van remontando el Ebro con todos los navíos.
Llevan muchos carbunclos, llevan muchas linternas:
en medio de la noche dan un enorme brillo.
Y cuando viene el día, llegan a Zaragoza.

CXCII

El día está muy claro y muy brillante el sol.
Entonces el emir desciende de su nave.
En tierra, Espanelís el camino le marca
con diecisiete reyes que le siguen detrás,
con condes y con duques, no puedo decir cuántos.
Debajo de un laurel que hay en medio de un campo,
sobre la verde hierba, ponen un manto blanco
sobre el que se ha instalado un escaño en marfil.
Allí se va a sentar Baligán el pagano,
mientras que los demás permanecen de pie.
El emir es quien dice las primeras palabras:
«¡Oídme, caballeros valerosos y francos!
Carlos, emperador y rey de los franceses,
no podría comer si yo no se lo ordeno.
Por las tierras de España me ha hecho una gran guerra
y hasta la dulce Francia lo pienso perseguir.
Yo no cejaré en ello mientras duren mis días,
hasta que no lo mate o que se rinda vivo.»
Golpea su rodilla con el guante derecho.

CXCIII

Después de haberlo dicho, promete con firmeza
que no renunciará por todo el oro que haya
a llegar hasta Aix, donde Carlos gobierna.
Sus hombres se lo alaban, le dan ese consejo.
Manda después que vengan dos de sus caballeros,
el uno es Clarifán y es el otro Clarién:
«Vosotros hijos sois de ese rey Maltrayén,
que muy cumplidamente llevaba mis mensajes.
A ambos os ordeno a Zaragoza ir
y que de parte mía anunciéis a Marsil
que contra los franceses venimos a ayudarlo.
Si yo encontrara cómo, habrá muy gran batalla.
Como prenda entregadle este guante dorado
y haced que se lo ponga en su mano derecha.
Presentadle también este bastón de oro
y que venga hacia mí a declararse mío.
Por mi parte, iré a Francia a guerrear a Carlos:
si no implora perdón humillado a mis pies
y si no renegara la ley de los cristianos,
de sobre su cabeza quitaré la corona.»
Los paganos responden: «Señor, decís muy bien.»

[Embajada de Baligán a Marsil]

CXCIV

Les dice Baligán: «Cabalgad, pues, barones.
Que el uno tome el guante y el bastón lleve el otro.»
Ellos le respondieron: «Así haremos, señor.»
Tan rápidos cabalgan, que están en Zaragoza:
atraviesan diez puertas, pasan por cuatro puentes
y recorren las calles donde están los burgueses.
Y cuando se aproximan al alto de la villa,

en donde está el palacio, oyeron gran clamor:
allí se encuentran muchos de la gente pagana
que lloran y que gritan y expresan gran dolor:
increpan a sus dioses, Tervagán y Mahoma
que, junto con Apolo, para ellos ya no existen.
Dícense el uno al otro: «¿Qué será de nosotros?
Nos ha caído encima muy mala confusión,
pues hemos ya perdido a nuestro rey Marsil,
a quien cortó la mano ese conde Roldán;
y Jurfaleu el rubio ya no está entre nosotros,
y España desde ahora se encuentra a su merced.»
Llegan los mensajeros, desmontan en las gradas.

CXCV

Dejaron sus caballos debajo de un olivo
donde dos sarracenos los toman de las riendas.
Esos dos mensajeros retuvieron sus mantos
y muy rápido suben hacia el alto palacio.
Cuando hubieron entrado en la sala de bóvedas,
afectuosamente hicieron mal saludo:
«¡Que Mahoma, el señor que nos tiene en sus manos,
y Tervagán y Apolo, que son nuestros señores,
salven al rey Marsil y guarden a la reina!»
Les dice Bramimonda: «¡Gran locura decís!
Pues esos nuestros dioses nos han abandonado
y en la de Roncesvalles poco poder mostraron:
a nuestros caballeros han dejado morir;
a este mi señor dejaron en batalla
y la mano derecha ya no la empleará,
pues se la cercenó Roldán, el rico conde.
Hoy tendrá a toda España Carlos a su merced.

[2707] Riquer aclara que era costumbre despojarse de los mantos por cortesía cuando se llegaba a un castillo o palacio. Por mi parte, aventuro que tal cortesía pudiera tener como origen el que sin esa prenda no se podían ocultar posibles armas, tal como ocurre con el «darse la mano». En este verso, sería la prisa la que explicaría el que esos mensajeros no se despojasen. (Véase también v. 462.)

¿Y qué será de mí, infeliz, desdichada?
¡Ay de mí, que no haya un hombre que me mate!»

CXCVI

Dice Clarién: «Señora, ¡no habléis tales palabras!
pues somos mensajeros del emir Baligán.
Dice que al rey Marsil vendrá para ayudarle:
ved aquí como pruebas su bastón y su guante
y cuatro mil navíos tenemos en el Ebro:
esquifes y barcazas y rápidas galeras
y bajeles tantísimos, que no os sabré decir.
El emir es muy rico y con mucho poder:
piensa ir hasta Francia buscando a Carlomagno
y cuenta darle muerte, o bien que se le rinda.»
Responde Bramimonda: «¿Para qué ir tan lejos?
Podréis mucho más cerca encontrar los franceses,
están en nuestra tierra desde hace siete años
y ese emperador es osado y guerrero:
él prefiere la muerte que abandonar el campo;
bajo el cielo no hay rey que tema más que a un niño:
Carlos no temió nunca a ningún hombre vivo.»

CXCVII

Le dice el rey Marsil: «¡Dejadlo estar así!»
Dice a los mensajeros: «¡Debéis hablarme a mí!
Señores, podéis ver que a muerte estoy marcado,
no tengo ningún hijo, ni hija ni heredero.
Uno tuve hasta ayer, por la tarde fue muerto.
Decid a mi señor que venga a visitarme,
que el emir sobre España tiene pleno derecho:
se la declaro libre si la quiere tomar,
¡y que contra los francos la defienda después!
Yo sobre Carlomagno le daré buen consejo
para que lo derrote de este día en un mes.

Le llevaréis las llaves mías de Zaragoza.
Y si él me creyera, decid que no se vaya.»
Ellos le respondieron: «Señor, decís verdad.»

CXCVIII

Esto dice Marsil: «Carlos, su emperador,
ha matado a mis hombres, devastado mi tierra
y todas mis ciudades violado y destruido.
A la orilla del Ebro dormía anoche mismo,
no más de a siete leguas, según calculo yo.
Le diréis al emir que venga con su hueste,
llevadle mi consejo: que le dé aquí batalla.»
Allí de Zaragoza les entrega las llaves
y los dos mensajeros se inclinan ante él:
le piden su licencia y regresan al punto.

CXCIX

Allí los mensajeros montan en sus caballos
y a galope tendido salen de la ciudad,
yéndose hacia el emir sobresaltadamente.
Después, de Zaragoza le presentan las llaves.
Pregunta Baligán: «¿Qué habéis averiguado?
¿Y dónde está Marsil, por el que yo he mandado?»
Le responde Clarién: «Está herido de muerte:
iba el emperador a atravesar los puertos,
pues quería volverse a su Francia la dulce.
Formó una retaguardia digna de su importancia:
en ella estaba el conde su sobrino Roldán,
y también Oliveros, todos los Doce Pares,
y veinte mil franceses, todos muy bien armados.
Allí los combatió el noble rey Marsil.
Se encontró con Roldán y libraron batalla:
pero con Durandarte le asestó un golpe tal,
que su mano derecha del cuerpo le arrancó.

También mató a su hijo, al que tanto quería,
y mató a los barones que llevaba consigo.
A la fuga se vino, no pudo resistir,
y en su persecución corrió el emperador.
Os pide el rey Marsil que vengáis en su ayuda,
declarándoos libre todo el reino de España.»
El emir Baligán se puso a meditar.
Siente un dolor tan grande, que por poco enloquece.

CC

Allí dice Clarién: «Oíd, señor emir:
se hizo en Roncesvalles ayer una batalla,
murió en ella Roldán y Oliveros el conde,
también los Doce Pares, que Carlos mucho amaba;
de sus franceses muertos hubo allí veinte mil.
Su mano, la derecha, el rey Marsil perdió
y en su persecución salió el emperador.
No queda en esta tierra caballero ninguno
que no haya sido muerto o esté ahogado en el Ebro,
y en su misma ribera acampan los franceses.
Y se encuentran tan cerca de donde nos hallamos,
que, si vos lo queréis, volver ya no podrían.»
Le brilla a Baligán su mirada muy fiera,
su corazón se llena de gozo y alegría.
Se levanta del trono y se pone de pie,
dice después: «¡Barones, no queráis retrasarlo!
¡Abandonad las naves, montad y cabalgad!
Si ahora no nos huye el viejo Carlomagno,
el rey Marsil aquí será pronto vengado:
por su mano derecha le daré su cabeza.»

CCI

Los paganos de Arabia abandonan las naves
y cabalgan después en caballos y mulos;
se ponen en camino, ¿qué harían, si no?
Entonces el emir, que a todos animó,
reclama a Gemalfín, uno de sus privados:
«Yo te confío el mando de toda mi mesnada.»
Después ha cabalgado en un caballo bayo,
llevándose consigo a cuatro de sus duques.
Han cabalgado tanto, que están en Zaragoza
y en las gradas de mármol descienden del caballo:
cuatro condes sostienen al emir el estribo
y escaleras arriba al palacio han subido.
Al verlo, Bramimonda va corriendo hacia él
y dice: «¡Desdichada, en mal punto nací!
¡Señor, con gran deshonra he perdido a mi dueño!»
A sus pies ha caído, la levanta el emir
y van hacia la cámara transidos de dolor.

CCII

Cuando ve el rey Marsil al emir Baligán,
llama a dos de los suyos, sarracenos de España:
«Tomadme en vuestros brazos, sostenedme sentado.»
Y con su mano izquierda ha recogido un guante.
«Señor emir, mis tierras todas os las entrego,
y también Zaragoza y el feudo que le atañe,
ya que yo me he perdido y he perdido a mi gente.»
El emir le responde: «Más lo lamento yo,
ya que no os puedo hablar tanto como quisiera:
yo sé perfectamente que Carlos no me espera,
mas, no obstante, yo acepto este guante de vos.»
Por la pena que tiene, de allí se va llorando
y, escaleras abajo, desciende del palacio,
en su caballo monta y vuelve hacia su hueste.

Ha cabalgado tanto, que ha llegado el primero
y va gritando a unos y va llamando a otros:
«¡Acudid, mis paganos, que los franceses huyen!»

[Carlomagno vuelve a Roncesvalles]

CCIII

Otro día temprano, cuando aparece el alba
se despierta el rey Carlos, el gran emperador.
El ángel San Gabriel, que por Dios lo protege,
levantando su mano, traza el signo sobre él.
El rey se ha levantado, se ha quitado sus armas
y también se desarman los otros de la hueste.
Montan en sus caballos, cabalgan con gran brío
por esas largas rutas, por caminos muy luengos:
quieren volver a ver el terrible desastre
que ocurrió en Roncesvalles, donde fue la batalla.

CCIV

A Roncesvalles llega ese rey Carlomagno,
por los muertos que encuentra allí rompe a llorar.
Les dice a los franceses: «Señores, id al paso,
pues creo necesario que yo vaya delante,
ya que quiero ser yo quien encuentre a Roldán.
Estábamos en Aix celebrando una fiesta,
donde mis caballeros se estaban alabando
de terribles batallas y de fieros combates;
allí oí a Roldán decir estas razones:
yo no pienso morir en reinos extranjeros
sin haber avanzado más que todos los otros;
lo hallarían mirando hacia tierra enemiga
y victoriosamente el barón moriría.»
Más de lo que se puede arrojar un bastón
se aleja de los otros, subiendo a una colina.

[Planto por Roldán]

CCV

Cuando el emperador buscaba a su sobrino
ha observado en el prado muchas plantas con flores:
¡rojas son por la sangre de estos nuestros barones!
Gran lástima sintió, el llanto se le escapa.
Ha llegado a un lugar en el que hay dos árboles,
los golpes de Roldán reconoció en tres gradas:
sobre la verde hierba ve yacer al sobrino.
Nadie debe extrañarse si Carlos se estremece.
Desciende del caballo, va corriendo hacia él,
lo toma entre sus brazos, lo reclina en su pecho
y sobre él se desmaya: tan grande es su dolor.

CCVI

Luego el emperador recobra su sentido.
Allí Naimón el duque con Acelín el conde,
Godofredo de Anjou y su hermano Terrín
alzan todos al rey, a la sombra de un pino.
Está mirando a tierra, donde yace el sobrino,
y con palabras tiernas se pone a lamentarlo:
«¡Roldán, amigo mío, Dios te tenga piedad!
Jamás hombre ninguno vio mejor caballero
que luchara y venciera en tan grandes batallas.
Con tu muerte, mi honor inicia su declive.»
Carlos se desvanece, no puede remediarlo.

CCVII

El rey Carlos recobra de nuevo su sentido.
Por las manos lo tienen cuatro de sus barones.
Está mirando a tierra, donde yace el sobrino:
tiene el cuerpo lozano, ha perdido el color,
ojos extraviados, opacos de tinieblas.
Carlos lo está llorando con amor y con fe:
«¡Roldán, amigo mío, Dios te tenga entre flores,
en las del paraíso, junto con los dichosos!
¡Cuando viniste a España, traías mal señor!
¡Jamás pasará un día que de ti no me duela!
¡Cómo caerá mi fuerza, cómo caerá mi brío!
Ya nunca habrá ninguno que defienda mi honor
y pienso que no tengo amigos bajo el cielo.
Parientes no me faltan, mas ninguno tan noble.»
Se arranca los cabellos con una y otra mano.
Y los cien mil franceses sienten tan gran dolor,
que entre todos ninguno puede aguantar el llanto.

CCVIII

«Roldán, amigo mío, yo me debo ir a Francia.
Cuando esté en mi palacio, en Laón la ciudad,
vendrán a mí extranjeros de reinos diferentes
y me preguntarán dónde está el capitán.
Yo les responderé que muerto está en España,
y con dolor muy grande seguiré gobernando.
No pasará ni un día sin lamentos ni lágrimas.»

2910 Laón fue residencia de los reyes de Francia mucho después de la «historia» que aquí se relata.

CCIX

«Roldán, amigo mío, cuerpo valiente y joven:
cuando me encuentre en Aix, cuando esté en mi capilla,
vendrán a mí los hombres y pedirán noticias.
Y yo se las daré terribles, espantosas:
muerto está mi sobrino, por quien tanto gané.
Se me alzarán en armas esa gente sajona,
los húngaros, los búlgaros y tanta gente adversa,
romanos y pulleses, todos los de Palermo
y todos los de África y los de Califerna.
Comenzarán así penas y sufrimientos.
¿Y quién conducirá con pericia mi hueste,
si ya nos ha dejado aquél que nos guiaba?
¡Ay, Francia, triste Francia, qué sola que te quedas!
¡Mi dolor es tan grande, que quisiera morir!»
Y comienza a tirar de esa su barba blanca,
de la cabeza arranca los pelos con sus manos.
Allí cien mil franceses en tierra se desmayan.

CCX

«Roldán, amigo mío, ¡Dios te tenga piedad
y quiera que tu alma esté en el paraíso!
Aquel que te mató ha desolado a Francia.
Mi dolor es tan grande, que quisiera morir,
y no los de mi hueste, que murieron por mí.
¡Que me permita Dios, el hijo de María,
que, antes que lleguemos a los puertos de Sícera,
mi alma se separe de mi cuerpo ese día,
y que junto a las suyas sea puesta y recibida
y que mi cuerpo entierren al lado de los suyos!»
Llorando está el rey Carlos, tirando de su barba.
Dice el duque Naimón: «Ahora es grande su pena.»

CCXI

«¡Señor emperador —le interrumpe el de Anjou—:
no debéis entregaos a un dolor tan profundo!
Haced por todo el campo que se busque a los nuestros,
que murieron luchando contra los españoles,
y ordenad que se entierren en una misma fosa.»
El rey le respondió: «¡Que se toque esa orden!»

CCXII

Godofredo de Anjou ha tocado el clarín.
Los franceses desmontan, según orden de Carlos.
A todos los amigos que han encontrado muertos
al punto los conducen hacia una misma fosa.
Muchos obispos hay, también muchos abades,
y monjes y canónigos, clérigos tonsurados
que absuelven y bendicen en el nombre de Dios.
Hicieron arder mirra, hacen arder incienso,
piadosamente todos fueron allí incensados
y con honra muy grande luego los enterraron.
Y allí los han dejado. ¿Qué podían hacer?

CCXIII

Manda el emperador que laven a Roldán,
así como a Oliveros, Turpín el arzobispo.
Ordena que allí mismo los abran a los tres.
Guarda sus corazones en un paño de seda,
los ponen en sarcófagos de un blanquísimo mármol.
Después han colocado los cuerpos de estos nobles
como a nobles señores entre pieles de ciervo
lavados totalmente con aromas y vino.

El rey les ha ordenado a Gebuín y a Teobaldo
y a Milón, ese conde, y a Otón, ese marqués:
«Llevadlos hasta Francia, uno en cada carreta.»
Muy bien van recubiertos con seda galaciana.

[Carlos se prepara para la batalla contra Baligán]

CCXIV

Quería ya volver a Francia Carlomagno
cuando se le presentan los primeros paganos.
De esta primera tropa vienen dos mensajeros:
de parte del emir le anuncian la batalla:
«¡No es digno por tu parte que huyas, rey altivo!
Observa a Baligán que viene tras tus huellas.
Muy grandes son las huestes que ha traído de Arabia:
aquí comprobaremos dónde está tu bravura.»
El rey de los franceses se ha mesado la barba:
al recuerdo le vienen el dolor y la pérdida
y contempla su hueste con mirada orgullosa,
exclamando después con voz recia y muy clara:
«¡Mis barones franceses: a caballo, a las armas!»

CCXV

Antes que los demás se arma el emperador:
con gran celeridad se ha vestido la cota,
se ha sujetado el yelmo y ceñido a Joyosa,
que ante la luz del sol no pierde claridad,
y cuelga de su cuello su escudo de Gironda;
agarra bien su pica, hace blandir el asta
y monta en Tencendor, ese su buen caballo.

2973 Procedente de Gálata, en Constantinopla, o de Galaza, según Riquer.

Lo conquistó en los vados que están junto a Marsona,
del cual fuera abatido Malpalín de Narbona.
Deja la rienda libre, lo apremia y espolea,
emprende un gran galope ante sus cien mil hombres
y va llamando a Dios y al apóstol de Roma.

CCXVI

Los franceses desmontan por aquel campo todo
y más de cien mil hombres se arman a la vez.
Tienen el armamento que les es conveniente:
caballos corredores, armas de buen aspecto.
Montan en sus caballos, que manejan con arte
y piensan dar batalla en cuanto se presente.
Les caen los gonfalones en lo alto de los yelmos.
Cuando ve Carlomagno su magnífico aspecto
convoca a Jocerán, natural de Provenza,
a ese duque Naimón y a Antelmo de Maguncia:
«¡En vasallos como éstos se puede tener fe!
Muy loco debe ser quien no los tenga en cuenta:
si de venir los árabes no cambian de opinión,
la muerte de Roldán muy cara han de pagar.»
Le responde Naimón: «Que Dios nos lo conceda.»

[Disposición del ejército de Carlos]

CCXVII

Son llamados por Carlos Rabel y Guinemán,
a los que dice el rey: «Señores, yo os ordeno
que ocupéis los lugares de Roldán y Oliveros:
lleve el uno la espada y el otro el olifante,
y cabalgad delante, en la primera fila,
llevando con vosotros a quince mil franceses;
que sean todos donceles, de entre los más valientes.
Después de todos éstos, habrá otros tantos hombres,
que serán conducidos por Gebuín y Lorán.»

Ese duque Naimón y el conde Jocerán
los cuerpos de batalla muy bien los van formando:
si tienen ocasión, habrá muy gran batalla.

CCXVIII

De franceses se forman los dos primeros cuerpos.
Detrás de estos dos cuerpos se ha formado un tercero,
el cual está formado por hombres de Baviera:
en veinte mil vasallos es estimado el número.
En lo que les concierne, la batalla es segura:
bajo el cielo no hay gente más querida de Carlos,
excepto los franceses, que conquistan los reinos.
Ogier de Dinamarca, el conde luchador,
será quien los conduzca, pues son muy fiera tropa.

CCXIX

Ya cuenta con tres cuerpos la hueste del rey Carlos
y allí el duque Naimón ha establecido un cuarto
con tales caballeros de bravura muy grande:
todos son alemanes de la marca alemana,
y en veinte mil se cifran, según estimaciones.
Están bien equipados en caballos y en armas,
por miedo de morir no dejarán batalla.
Estarán bajo el mando de Hermán, duque de Tracia:
antes les darán muerte que obrar con cobardía.

CCXX

El conde Jocerán, con el duque Naimón,
forman el quinto cuerpo, formado por normandos:
se juntan veinte mil, según dicen los francos.
Tienen muy buenas armas y caballos muy rápidos,
y antes los matarían que darse por vencidos:
bajo el cielo no hay gente que aguante más el campo.

Los mandará en la lucha ese Ricardo el Viejo,
el cual muy bien golpea con su afilada lanza.

CCXXI

Se forma el sexto cuerpo con gente de Bretaña,
son entre todos ellos treinta mil caballeros
que montan a caballo a guisa de barones,
con las astas pintadas y gonfalones fijos.
El señor que los manda se llamaba Oedón,
el cual manda venir al conde Nevelón,
a Teobaldo de Reims con el marqués Otón:
«Conducid a mi gente, os concedo ese don.»

CCXXII

Tiene el emperador formados ya seis cuerpos;
a ellos Naimón el duque les va a añadir un séptimo.
Lo forman pictavinos y barones de Alvernia:
entre todos se juntan cuarenta mil guerreros.
Tienen buenos caballos, tienen armas magníficas
y se agrupan aparte, bajo un cerro, en un valle.
Los bendice allí Carlos con su mano derecha,
y éstos serán sus guías: Jocerán y Godselmo.

CCXXIII

Después, Naimón el duque forma el octavo cuerpo,
compuesto por flamencos y barones de Frisia.
Se juntan caballeros más de cuarenta mil
y por donde se encuentren habrá dura batalla.
De ellos dice el rey Carlos: «Me harán un buen servicio.»
Juntamente Rembalt con Hamón de Galicia
serán quienes los guíen con toda dignidad.

CCXXIV

Entre el duque Naimón y Jocerán el duque
han formado el noveno, compuesto de valientes:
allí están loreneses junto con borgoñones,
cincuenta mil guerreros suman exactamente,
con sus yelmos sujetos y vestidas las cotas.
Sus picas son muy sólidas, cuyas astas son cortas.
Si no se arrepintieran de combatir los árabes,
serán muy golpeados cuando sufran su carga.
Los mandará Terrín, ese duque de Argona.

CCXXV

Será formado el décimo por barones de Francia,
son cien mil capitanes, los mejores de todos:
es un cuerpo aguerrido, de altivo continente,
los cabellos floridos, las barbas tienen blancas;
todos visten lorigas y las cotas dobladas,
todos ciñen espadas francesas y de España;
llevan buenos escudos con muchos distintivos.
Cuando están a caballo, pidiendo están batalla.
Todos gritan «¡Munjoie!». Los lleva Carlomagno.
Godofredo de Anjou llevaba la oriflama,
la cual fue de San pedro, su nombre fue Romana:
pero a partir de entonces recibió el de «Munjoie».

[3093] La *oriflama* desempeña el mismo papel que el gonfalón y el estandarte. La interpretación que aporta de estos versos Riquer, basándose en investigaciones de otros eruditos es que el Papa («San Pedro») poseyó una bandera («oriflama») que se llamaba *Romana* y que cambió de nombre al ser rebautizada con el grito de guerra de Carlos.

CCXXVI

Allí el emperador desciende del caballo;
sobre la verde hierba, en ella se ha postrado.
Dirige la mirada sobre el sol que se eleva
y está pidiendo a Dios muy fervorosamente:
«Tú, Padre verdadero, protégeme este día;
Tú, que probadamente protegiste a Jonás:
salió de la ballena, que dentro lo tenía;
Tú, que sacaste indemne a ese rey de Nínive
y sacaste a Daniel del terrible tormento,
cuando estaba en la fosa rodeado de leones;
sacaste a los tres niños del fuego llameante,
¡concédeme tu amor en el día presente!
Por tu gracia, y si quieres, ¡séame concedido
que yo pueda vengar a Roldán, mi sobrino!»
La oración terminada, en pie se ha levantado,
se persigna en la cara con el signo potente.
Después cabalga el rey en su caballo rápido,
teniéndole el estribo Naimón y Jocerán.
Allí toma su escudo y su lanza acerada.
Tiene el cuerpo lozano, gallardo y bien portante,
el rostro tiene claro y de buen continente.
Se ha puesto a cabalgar muy esforzadamente.
Los clarines resuenan por delante y detrás
y sobre todos se oye el potente olifante.
Los franceses lloraban recordando a Roldán.

CCXXVII

Marcha el emperador muy noble en su caballo.
Por fuera de la cota se coloca su barba
y por su amor los otros hicieron otro tanto:
así se reconocen esos cien mil franceses.

3111 Es decir, la señal de la cruz.

Pasaron por los montes y las rocas más altas,
esos valles profundos, gargantas angustiosas.
Ya salen de los puertos y de la tierra brava
y se van acercando a la marca de España.
En la mitad de un llano, allí se han instalado.
Al emir Baligán llegaron sus escoltas,
entre los que hay un sirio que le dice el mensaje:
«Hemos podido ver a Carlos el altivo:
sus hombres son muy fieros, su intención es servirlo.
Vestíos vuestras armas, pues tendremos batalla.»
Responde Baligán: «¡Palabras de bravura!
¡Que suenen los clarines, que mis hombres lo sepan!»

[Disposición del ejército pagano de Baligán]

CCXXVIII

Por medio de la hueste resuenan los tambores,
se escuchan las bocinas y clarines muy claros.
Los paganos desmontan para vestir las armas
pues tampoco el emir se quiere entretener:
se ha vestido una cota cuyos paños son gualdas,
se sujeta su yelmo, que está gemado de oro,
y se ciñe su espada en el lado derecho.
Como es muy orgulloso, un nombre le ha buscado:
por la espada de Carlos, de la que ha oído hablar,
el nombre de Preciosa a su espada le ha dado.
Y esta será su seña en batalla campal:
hace a sus caballeros que griten este nombre.
Ha colgado a su cuello su gran escudo ancho,
cuya bocla es de oro y de cristal listado,
y como embrazadura buena seda bordada.
Ha cogido su pica, que ha llamado Maltet:
su asta era tan ancha como una gruesa maza
y tan sólo su hierro podría cargar un mulo.

[3137] El *tambor* era típico de los árabes, quienes espantaban con su estruendo a los soldados cristianos.

El emir Baligán en su caballo monta,
teniéndole el estribo Marcules de Ultramar.
Muy grande horcajadura tenía ese barón,
los flancos muy estrechos y los costados amplios
y su pecho muy grande y muy bien moldeado,
los hombros tiene anchos y su rostro es muy claro,
altiva la mirada, el cabello rizado,
de un blanco en la cabeza como flor en verano.
Y de su valentía muchas pruebas ha dado.
¡Ay, Dios, qué buen barón de haber sido cristiano!
Su caballo espolea, la sangre sale clara:
iniciando el galope, un foso se ha saltado
que podría medir unos cincuenta pies.
Los paganos exclaman: «¡Qué buen señor de marcas!
No habrá entre los franceses, si se enfrentara a él,
que muy a pesar suyo no acabe allí sus días.
Loco debe estar Carlos cuando aún no se ha ido.»

CCXXIX

Bien aparenta ser el emir un barón:
la barba tiene blanca, que parece una flor,
y de sus leyes es un gran conocedor,
y se muestra en batallas muy feroz y orgulloso.
Malpramis es su hijo, hombre caballeroso,
y es muy grande y muy fuerte, tal como sus mayores.
Allí dice a su padre: «¡Señor, vayamos pues!
Mucho me maravillo de no ver ya al rey Carlos.»
Le dice Baligán: «Lo verás, es valiente.
Hay muchas gestas de él que cuentan sus hazañas.
Pero ya no dispone de Roldán, su sobrino,
y no tendrá ya fuerza que oponer a nosotros.»

3164 A los conocedores de la épica castellana no les escapará la semejanza de este verso con el famoso «¡Dios, que buen vasallo, si oviesse buen señor!» (v. 20).

CCXXX

«Mi buen hijo Malpramis —le dice Baligán—,
hace días mataron a Roldán, buen vasallo,
y también a Oliveros, el noble y el valiente,
como a los Doce Pares, que Carlos quiso tanto.
Murieron veinte mil franceses en la lucha
y a todos los demás no los estimo un guante.
Mas ese emperador nos viene con certeza,
como nos ha anunciado mi mensajero el Sirio:
dice que se han formado diez cuerpos numerosos.
Muy noble debe ser quien toca el olifante,
también su compañero, el del clarín tan claro,
que cabalgan delante, en las primeras filas.
Juntamente con ellos van quince mil franceses,
caballeros noveles, que Carlos llama hijos.
Después de todos éstos cabalgan otros tantos,
los cuales lucharán a guisa de valientes.»
Allí dice Malprimes: «Os pido el primer golpe.»

CCXXXI

«Hijo mío, Malprimes —le dice Baligán—,
os otorgo yo aquí lo que me habéis pedido.
Sin pérdida de tiempo id contra los franceses:
llevaréis a Torleu, ese rey de los persas,
también a Dapamort, el otro rey leuticio.
Si logréis aplastar el orgullo de Carlos,

3204 A partir de este verso van a aparecer una serie de nombres propios, de personas y pueblos, que han sido objeto de numerosos estudios tendentes a su identificación. Remito a la documentada edición de Riquer para quien desee conocer el detalle. Para el no especialista, baste saber que tal identificación es imposible en muchos casos, más que hipotética en otros y que, en líneas generales, se fantasea mucho, como ya se ha visto en casos anteriores, pues se mezclan nombres, en los casos en que se ha podido establecer cierta identidad, de pueblos musulmanes y eslavos.

prometo que os daré parte de mi país:
lo que va de Cherián hasta do Val Marqués.»
Malprimes le responde: «Señor, os lo agradezco.»
Se adelanta allí mismo a recoger el don:
se trata de la tierra que fue del rey Florit.
La tomó en mal momento, puesto que no la vio:
ni fue investido en ella ni pudo poseerla.

CCXXXII

Cabalgaba el emir por medio de la hueste,
y detrás va su hijo, que es de gran estatura.
El rey persa Torleu, con el rey Dapamort,
han formado muy pronto treinta cuerpos de ejército
con unos caballeros de extraordinario esfuerzo.
En el menor de todos hay ya cincuenta mil.
El primero lo forman gente de Butentrot;
otro, los de Micenas, de muy grandes cabezas:
en medio de la espina, recorriendo la espalda,
ellos son muy sedosos, lo mismo que los cerdos.
El tercero es de Nublos y de gente de Blos;
el cuarto está formado por brunos y esclavones;
el quinto está formado por sorbros y por sors;
el sexto está formado por armenios y moros;
se juntan en el séptimo gentes de Jericó;
el octavo es de nigros y el noveno de gros,
y el décimo es de gente de Balida la fuerte:
la forman unos hombres que no quieren el bien.
Jurando está el emir con la fuerza que puede
por vida de Mahoma, por todas sus virtudes:
«El rey Carlos de Francia cabalga locamente.
Le daremos batalla si no quiere evitarla:
nunca más llevará corona de oro encima.»

CCXXXIII

Han reunido después aún otros diez cuerpos.
En el primero están los feos cananeos,
que llegaron allí a través de Val Fuit.
El segundo es de turcos y el tercero de persas;
el cuarto está formado por muchos pechenegos;
el quinto está formado de soltranos y de ávaros;
el sexto está formado de ormaleos y de eugesios;
el séptimo lo forma la gente de Samuel;
el octavo es de Brusia, el noveno de Clávers
y en el décimo están los de Occián el desierto:
éstos forman un pueblo que odia a Nuestro Señor.
Jamás oiréis hablar de otra gente más pérfida:
duro tienen el cuero, como si fuese hierro:
así, no se preocupan de yelmo ni loriga,
y en combate se muestran perversos y feroces.

CCXXXIV

Ha formado el emir aún otros diez cuerpos.
El primero lo forman gigantes de Malprosa;
el segundo es de hunos, el tercero, de húngaros;
en el cuarto, la gente de Baldisa la Larga
y en el quinto se junta gente de Val Penosa;
el sexto está formado por gente de Marosa;
en el séptimo están los de Leus y astrimonios;
el octavo, de argollos; de Clarbona el noveno,
y el décimo lo forman los barbudos de Fronda:
estos son unos hombres que no temen a Dios.
La Gesta de los Francos cuenta treinta escuadrones.
Muy grandes son las huestes y suenan las bocinas:
los paganos cabalgan a guisa de valientes.

CCXXXV

El emir es un hombre muy rico y poderoso
y lleva su dragón siempre delante de él;
también los estandartes de Tervagán, Mahoma,
así como la imagen del execrable Apolo.
Diez cananeos van su séquito formando
y a grandes voces van gritando este sermón:
«Quien quiera de los dioses obtener salvación,
que les rece y los sirva con total compunción.»
Inclinan los paganos sus cabezas, sus caras,
y sus yelmos brillantes inclinan hacia abajo.
Decían los franceses: «¡Moriréis, bravucones!
¡Que el día de hoy os sea de total confusión!
¡Vos, nuestro Dios, a Carlos queredlo proteger!
¡La batalla será decidida en su nombre!»

CCXXXVI

El emir es un hombre de gran sabiduría.
Manda venir al hijo, también a los dos reyes:
«Mis señores barones, cabalgaréis delante,
todos mis escuadrones vosotros mandaréis;
mas quiero retener los tres que son mejores:
serán el de los turcos, el de los ormaleos
y el tercero serán gigantes de Malpreis.
Junto a mí quedarán también los de Occián,
quienes combatirán a Carlos y a los francos.
Y si el emperador combatiese conmigo,
de encima de los hombros perderá la cabeza:
seguro debe estar, no tendrá otro derecho.»

3266 Este *dragón* es un tipo de emblema, que parece ser el distintivo de Baligán. (Véase v. 1641).

[Los ejércitos frente a frente]

CCXXXVII

Enormes son las huestes, bellos los escuadrones.
Entre ambos no hay montaña, ni valle, ni colina,
ni selva, ni arboleda: no ha lugar a emboscada.
Muy bien se pueden ver en la llana llanura.
Dice allí Baligán: «¡Mi formidable hueste,
ya podéis cabalgar para entablar batalla!»
El estandarte lleva Amborres de Oloferne,
y los paganos gritan invocando «¡Preciosa!»
Y dicen los franceses: «¡Hoy será vuestra pérdida!»,
repitiendo muy alto el grito de «¡Munjoie!»
Manda el emperador que toquen los clarines,
también el olifante, que a todos pone ardor.
Los paganos exclaman: «¡Bella gente de Carlos:
la batalla tendremos áspera y disputada!»

CCXXXVIII

Muy ancha es la llanura y la comarca vasta.
Los yelmos relucían con sus gemas doradas,
los escudos relucen, como las cotas gualdas,
y relucen las lanzas y las enseñas fijas.
Resuenan los clarines, sus sones son muy claros,
y son del olifante muy largos los tañidos.
Ha llamado el emir a su hermano que venga:
su nombre es Canabeu, el rey de Floridea,
cuya tierra se extiende hasta do Val Sebrea.
Los cuerpos del ejército del rey Carlos le muestra:
«Aquí veis el orgullo de la famosa Francia.
Con muy gran altivez marcha el emperador.
Se encuentra allí detrás, con su gente barbada:
encima de sus cotas llevan suelta la barba,
cuyo color es blanco, como nieve en el hielo.

Estos muy bien combaten con la pica y la espada
y tendremos batalla áspera y disputada:
nunca habrá visto un hombre una batalla igual.»
Más allá del espacio que se lanza una vara
ha andado Baligán delante de su hueste.
Les dice una razón, les dice estas palabras:
«¡Seguidme, mis paganos, pues yo me pongo en marcha!»
Allí mismo ha blandido el asta de su pica:
en dirección de Carlos ha tornado la punta.

CCXXXIX

El rey Carlos de Francia, cuando ha visto al emir,
cuando ve el estandarte, la enseña y el dragón
y cuán grande es la hueste de los hombres de Arabia,
que todos los lugares cubren de la comarca,
exceptuando el sitio do está el emperador,
el rey Carlos de Francia exclama a grandes voces:
«¡Mis barones franceses, sois muy buenos vasallos,
pues ya habéis disputado mil batallas campales!
Ved aquí a los paganos, cobardes y traidores.
Todas las leyes suyas no les valen un cuarto.
Si ellos son numerosos, esto, ¿qué nos importa?
¡Quien no quiera seguirme, puede marcharse ahora!»
Va aguijando el caballo, le pica las espuelas
y ese buen Tencendor ha dado cuatro saltos.
Los franceses exclaman: «¡Este rey es valiente!
¡Cabalgad, noble rey! ¡Ninguno os fallará!»

CCXL

Muy claro estaba el día, el sol resplandeciente,
las huestes son muy bellas, grandes las compañías.
Ya se están enfrentando las líneas de vanguardia.
Ese conde Rabel y el conde Guinemán
han soltado las riendas a sus raudos caballos,
a los que han aguijado. Los franceses se lanzan
y van a golpear con sus agudas picas.



CCXLI

Ese conde Rabel es caballero osado.
Aguija su caballo con sus espuelas de oro
y va contra Torleu, ese rey de los persas:
el escudo y la cota no han parado su golpe:
le ha metido en el cuerpo toda su pica de oro
y lo derriba muerto en un pequeño seto.
Los franceses exclaman: «¡El Señor nos ayuda!
Carlos tiene el derecho, no debemos faltarle.»

CCXLII

Y Guinemán combate contra el rey de Leuticia:
le rompe totalmente la tarja, que es florida,
y la cota después le destroza de un golpe,
metiéndole en el cuerpo el pendón por completo,
abatiéndolo muerto, que se llore o se ría.
Ante tamaño golpe, los franceses exclaman:
«¡Ataquemos, barones, no perdamos el tiempo!
Carlos tiene el derecho, no la gente pagana:
Dios nos ha situado en el juicio más justo.»

CCXLIII

Malpramis cabalgaba en un caballo blanco
y viene a abalanzarse donde están los franceses.
Conforme va pasando, grandes golpes les daba
y va abatiendo muertos sobre cuerpos de muertos.
El primero de todos exclama Baligán:
«¡Oídme, mis barones, a los que yo he criado!:
podéis ver a mi hijo, que va buscando a Carlos,

3361 La *tarja* es un tipo de escudo, de diferentes medidas, en forma de teja, a la que también se ornamentaba, en este caso con formas florales.

al cual tantos barones apuntan con sus armas.
Mejor vasallo que él ya no puedo pedir.
¡Ídmelo a socorrer con vuestras finas picas!»
Ante tales palabras, los paganos avanzan,
van dando fieros golpes, la mortandad es grande.
La batalla se pone terrible, agobiadora:
no habrá, ni puede haber, otra tan enconada.

CCXLIV

Enormes son las huestes, fieras las compañías,
frente a frente se encuentran todos los escuadrones
y los de los paganos atacan fieramente.
¡Dios, ved cuántas astas por la mitad quebradas,
cuántos escudos rotos y cotas desmalladas!
¡Veríais allí la tierra cubierta por completo
y la yerba del campo, que es verde y delicada,
colorearse de rojo de la sangre vertida!
El emir va animando a toda su mesnada:
«¡Golpead, mis barones, en la gente cristiana!»
La batalla se ha puesto muy dura y enconada,
no habrá, ni puede haber, otra tan esforzada:
hasta llegar la noche no se van a dar tregua.

CCXLV

Va animando el emir a todos sus guerreros:
«¡Golpeadlos, paganos; por eso habéis venido,
y yo os entregaré bellísimas mujeres!
Os donaré también feudos, honores, tierras.»
Los paganos responden: «Bien debemos hacerlo.»

3386 Para la exposición de una batalla, se recurre a este procedimiento, muy generalizado en los textos épicos, consistente en reclamar la imaginación «visual» del oyente sobre los estragos producidos en hombres y armas. No hay texto épico castellano en donde no se recurra a este procedimiento, dándose en ellos la figura llamada *anáfora.* (Véanse vs. 3483-85).

De tanto golpear, ya las picas se quiebran
y entonces desenvainan más de cien mil espadas.
¡Ved cuán dura es la lucha, dolorosa y terrible!
¡Una batalla ve el que allí se encontraba!

CCXLVI

Allí el emperador anima a los franceses:
«Mis señores barones, yo os aprecio, creedme.
¡Tantas grandes batallas habéis hecho por mí
y reinos conquistados y reyes destronados!
Muy bien lo reconozco que en esto estoy en deuda,
tanto de mi persona, como en tierras y haberes.
¡Vengad a vuestros hijos, hermanos y herederos
que en la de Roncesvalles murieron la otra tarde!
La razón está en mí, lo sabéis, no en paganos.»
Los franceses responden: «Señor, decís verdad.»
Los veinte mil franceses que rodean a Carlos
todos de un mismo acuerdo le prometen su fe
y que no han de faltarle por muerte ni por miedo:
ninguno ha de dejar de utilizar su lanza,
poniéndose a blandir ya mismo sus espadas.
Entonces la batalla es más encarnizada.

CCXLVII

Malpramis cabalgaba por el medio del campo
y a los franceses hace un quebranto muy grande.
Ese duque Naimón lo mira fieramente
y lo va a golpear como hombre valeroso.
Le ha roto de su escudo el brocal superior,
de su blanca loriga le desgarra las faldas
y le mete en el cuerpo su pendón amarillo,
abatiéndolo muerto entre otros setecientos.

3425 El *brocal* (véase *escudo*, en donde ya se citaba el «broquelado») era el refuerzo metálico que protegía los bordes.

CCXLVIII

Ese rey Canabeu, hermano del emir,
aguija su caballo hincándole la espuela.
Desenvaina la espada, de pomo de cristal,
y golpea a Naimón en su preciado yelmo:
una de sus mitades le ha roto de una parte,
le corta cinco lazos con su acerada hoja,
su capellina queda del valor de un dinero,
destrozando la cofia hasta dar en la carne
y una pieza de aquella le rueda por el suelo.
El golpe fue terrible, el duque está aturdido
y hubiese sucumbido si Dios no le ayudara.
Se abraza como puede al cuello del corcel.
Si llega a golpear otra vez el pagano
allí quedara muerto ese noble vasallo.
Pero Carlos de Francia ha venido en su ayuda.

CCXLIX

Ese duque Naimón está muy apurado:
lo está hostigando mucho Canabeu el pagano.
Le dice Carlos: «¡Perro, en mala hora atacaste!»
Se dispone a atacarlo con una gran bravura
y le rompe el escudo, llegando al corazón.
De su fuerte loriga le destroza el almófar,
abatiéndolo muerto: la silla queda libre.

CCL

Muy grande es el dolor de Carlomagno el rey
cuando observa a Naimón ante sí lanceado:
su clara sangre cae sobre la verde hierba.
Allí el emperador le está dando consuelo:
«Gentil señor Naimón, ¡cabalgad a mi lado!

Muerto está el bravucón que os estaba hostigando:
le he metido una vez en su cuerpo mi pica.»
El duque le responde: «Señor, en vos confío:
si yo sigo con vida, os haré gran servicio.»
Después cabalgan ambos con amor y lealtad.
Con ellos se reúnen veinte mil de los francos
y no hay ninguno de ellos que no luche o ataque.

CCLI

Cabalgaba el emir por el medio del campo,
al conde Guinemán lo quiere acometer:
su escudo blanco aplasta contra su corazón,
de su fuerte loriga le destroza las mallas,
le abre de par en par los costados del pecho
abatiéndolo muerto de su veloz caballo.
Ha matado después a Gebuín y a Lorán,
como a Ricardo el Viejo, señor de los normandos.
Los paganos exclaman: «¡Preciosa es muy valiosa!
¡Acometed, barones, tenemos quien nos guarde!»

CCLII

¡Quién pudiera haber visto caballeros de Arabia,
caballeros de Occián, los de Argolla y los vascos!
Con sus lanzas embisten y golpean muy bien,
pero allí los franceses no parecen marcharse:
muchos son los que mueren del uno y otro bando.
Hasta el atardecer es fiera la batalla,
de los barones francos la mortandad es grande.
¡Qué gran dolor habrá hasta que se termine!

CCLIII

Muy bravos se acometen árabes y franceses,
muchas astas se parten, muchas bruñidas picas.
¡Quién pudiera haber visto tanto escudo quebrado,
quién pudiera escuchar las lorigas chirriar
y crujir las espadas al golpear los yelmos!
Quien pudiera haber visto caer los caballeros
y chillar tantos hombres al morir contra el suelo
podría recordar un terrible dolor.
Pues es esta batalla muy dura de sufrir.
Por allí está el emir, que va invocando a Apolo,
también a Tervagán y a Mahoma también:
«Mis dioses y señores, yo mucho os he servido,
todas vuestras imágenes en oro reharé:
pero debéis ahora protegerme de Carlos.»
Delante de él está Gemalfín, que es su fiel,
el cual es portador de muy malas noticias:
«Mi señor Baligán, hoy os es muy mal día:
acabáis de perder vuestro hijo Malpramis
y también Canabeu, vuestro hermano, está muerto:
mucha suerte tuvieron con ellos dos franceses.
Según tengo entendido, el uno es Carlomagno:
lozano tiene el cuerpo, bien parece marqués,
blanca tiene la barba como flor en abril.»
El emir al oírlo ha inclinado su yelmo,
su cabeza agachada ensombrece su rostro:
su dolor es tan grande, que quisiera morir.
Y ordena que se acerque Jangleu de Ultramar.

CCLIV

Allí dice el emir: «¡Jangleu, adelantaos!
Sabemos que sois noble y de muy gran saber.
Los consejos que dais siempre tuve en estima:
¿cuál es vuestra opinión de franceses y árabes?

¿Lograremos nosotros la victoria en el campo?»
Jangleu le respondió: «¡Muerto estáis, Baligán!
Pues vuestros dioses hoy ya no os protegerán.
Carlos es hombre fiero, sus hombres son valientes,
jamás he visto gente que fuese tan guerrera.
Mas ordenad que vengan los hombres de Occián,
los turcos, los enfrunos, árabes y gigantes:
lo que tenga que ser, no queráis demorarlo.»

CCLV

Ha sacado el emir de la cota su barba
que compite en blancura con la flor del espino.
Como quiera que sea, no quiere echarse atrás.
A la boca se lleva una clara bocina,
la tañe claramente, que la oigan los paganos.
Todas sus compañías se agrupan en el campo:
los hombres de Occián vocean y relinchan
y los de Argolla ladran como perros auténticos.
Retan a los franceses con muy gran osadía
y en lo más enconado los deshacen y ahuyentan.
En este ataque muertos cayeron siete mil.

CCLVI

Nunca ese conde Ogier cometió cobardía,
mejor vasallo que él nunca vistiera cota.
Al ver los escuadrones de franceses romperse,
allí llama a Terrín, ese duque de Argona,
Godofredo de Anjou y al conde Jocerán.
Con palabras muy bravas a Carlos interpela:
«¡Ved cómo los paganos matan a vuestros hombres!
¡No lo permita Dios que llevéis la corona
si no atacáis aquí y vengáis vuestra afrenta!»
No hay nadie que responda ante tales palabras:
todos han aguijado, ya corren los caballos
y van a acometer donde encuentren paganos.

CCLVII

Muy bien va golpeando allí el rey Carlomagno,
también Naimón el duque, Ogier de Dinamarca,
Godofredo de Anjou, que llevaba la enseña.
Es valiente entre todos Ogier de Dinamarca:
aguija su caballo, lo ha lanzado al galope
y se va a acometer al que lleva el dragón:
ha derribado a Amborres, que yace por el suelo,
así como el dragón y la enseña del rey.
Ha visto Baligán que caía su enseña
y desaparecer la enseña de Mahoma.
Entonces el emir empieza a comprender
que suyo es el error y la razón de Carlos.
Los paganos de Arabia se tornan temerosos.
Allí el emperador conmina a los franceses:
«¡Decid, por Dios, barones, si queréis ayudarme!»
Los franceses responden: «¿Por qué lo preguntáis?
¡Sea del todo pérfido quien no luche con ímpetu!»

[Combate entre Carlomagno y Baligán]

CCLVIII

El día se ha pasado y la noche se acerca,
franceses y paganos combaten con espadas.
Valientes son los dos que enfrentaron sus huestes
y ninguno ha olvidado sus enseñas de guerra.
El emir de esas gentes ha gritado «¡Preciosa!»
y el rey Carlos «¡Munjoie!», ese grito famoso.
A voces claras y altas ambos se reconocen
y en el medio del campo se encuentran cara a cara.
A acometerse van, y se dan grandes golpes
con las agudas picas en las tarjas rodadas.
Ambas quedan deshechas bajo las anchas boclas,

de las lorigas quedan los paños desgarrados,
pero ninguno al otro al cuerpo han alcanzado.
Se rompieron las cinchas y las sillas se vuelcan,
por tierra caen los reyes, rodando por el suelo,
y con gran rapidez se pusieron de pie.
Con mucha valentía sacan ambos la espada:
nadie entorpecerá esta feroz batalla,
y hasta que alguno muera, no se podrá acabar.

CCLIX

Muy valeroso es Carlos, el de Francia la dulce,
pero el emir no tiembla, no tiene miedo alguno.
Se muestran las espadas totalmente desnudas
y sobre los escudos se intercambian los golpes:
ya se han roto los cueros, también los fustes dobles,
los clavos se han caído, se destrozan las boclas.
Luego se van a dar cuerpo a cuerpo en las cotas;
los fuegos centellean de los dos yelmos claros.
No podrá este combate acabar de otro modo
hasta que alguno de ellos reconozca su error.

CCLX

Allí dice el emir: «Carlos, recapacita:
acepta que has errado y pídeme perdón.
Has matado a mi hijo, según lo que yo sé,
y sin ningún derecho pretendes mi país.
Hazte vasallo mío y yo te lo daré,
y ponte a mi servicio desde aquí hasta el Oriente.»
El rey Carlos responde: «Sería una vileza:
ni la paz ni mi amor entregaría a un pagano.
Recibe tú la ley que Dios nos reveló,
ésta es el cristianismo, y luego te amaré;
y confiésate y reza al Rey omnipotente.»
Le dice Baligán: «¡Muy mal sermón comienzas!»
Desciñen las espadas, van a herirse con ellas.

CCLXI

El emir es un hombre de un inmenso vigor:
golpea a Carlomagno en su bruñido yelmo
y sobre la cabeza se lo rompe y lo hiende:
le ha llevado la espada parte de sus cabellos
y un gran tajo de carne, de una palmada o más:
en aquel mismo sitio le quedó el hueso al aire.
Carlos se tambalea, por poco no ha caído,
pero no quiere Dios que sea muerto o vencido:
el ángel San Gabriel regresa junto a él
y allí le ha preguntado: «Rey magno, ¿qué es lo que haces?»

CCLXII

Cuando Carlos ha oído la santa voz del ángel,
el miedo se le va y el temor de morir.
Las fuerzas y el sentido le vuelven a venir
y golpea al emir con la espada de Francia:
allí le rompe el yelmo, donde brillan las gemas,
le rompe la cabeza, los sesos se le escapan
y el corte llega al rostro, hasta la blanca barba,
abatiéndolo muerto sin remisión alguna.
Allí grita «¡Munjoie!» para que le conozcan.
Al oír este grito, viene el duque Naimón
y toma a Tencedor, sobre el que monta el rey.
Los paganos decaen, Dios no quiere otra cosa.
Los franceses dan caza a los que van buscando.

[Huida de los paganos.
Toma de Zaragoza]

CCLXIII

Huyen ya los paganos, como lo quiere Dios,
les siguen a su alcance los franceses y el rey,
el cual dice: «Señores, vengad vuestros dolores,
animad vuestros ánimos y vuestros corazones:
esta misma mañana vi llanto en vuestros ojos.»
Responden los franceses: «Señor, esto es muy justo.»
Y cada cual golpea tanto como es posible,
y muy pocos escapan de los que están allí.

CCLIV

El calor es muy fuerte del polvo que se eleva,
los franceses acosan a los que van huyendo;
continúa el alcance de allí hasta Zaragoza.
A lo alto de su torre se sube Bramimonda,
la están acompañando clérigos y canónigos
de su ley mentirosa, que Dios jamás amó:
ninguno tiene órdenes ni tonsura en cabeza.
Cuando ella ve a los árabes en tamaña derrota,
a grandes voces grita: «¡Mahoma, ayúdanos!
¡Ay vos, lozano rey; ved los hombres vencidos
y ya muerto el emir muy deshonrosamente!»
Cuando lo oye Marsil, mira hacia la pared,
llora muy tristes lágrimas, la cabeza inclinada.
Ha muerto de dolor, cargado por sus culpas,
y allí entrega su alma a los vivos diablos.

CCLXV

Los paganos han muerto, algunos han huido,
y ya tiene el rey Carlos la batalla ganada.
Después, de Zaragoza ha abatido la puerta,
ahora sabe que nunca podrá ser defendida.
La ciudad ha tomado y sus gentes la ocupan:
por razón de conquista en ella han pernoctado.
Orgulloso está el rey, el de la barba cana,
pues allí Bramimonda las torres le ha entregado,
diez de las cuales grandes, y cincuenta pequeñas:
aquel que Dios ayuda muy bien acaba todo.

CCLXVI

El día ya ha pasado y la noche ha caído,
la luna está muy clara y las estrellas brillan.
Tiene el emperador tomada Zaragoza:
ordena a mil franceses que registren la villa,
todas las sinagogas y las mahomerías.
Con las mazas de hierro y las hachas que llevan
destruyen las imágenes, así como los ídolos:
no habrá más maleficios, tampoco sortilegios.
Por su amor hacia Dios, el rey le hace servicio:
llevaban a paganos para ser bautizados
y si alguien se atrevía a resistir a Carlos,
el rey lo hacía ahorcar, o quemar o matar.
Allí se bautizaron muchos más de cien mil,
que se hicieron cristianos, pero no así la reina.
Será a la dulce Francia llevada en cautiverio,
pues quiere Carlos que ella por amor se convierta.

[VUELTA A FRANCIA. LA TUMBA DE ROLDÁN]

CCLXVII

La noche ya ha pasado y se abre el claro día.
Carlos manda poner defensas en las torres:
mil caballeros deja de los más luchadores.
Ellos tienen la villa por el emperador.
Allí cabalga el rey con todos sus vasallos,
y también Bramimonda, que lleva prisionera,
pero todo su intento es que la traten bien.
Los franceses regresan con honor y alegría:
dejan atrás Narbona con toda la presteza
y llegan a Burdeos, la ciudad de renombre.
Sobre el altar mayor, en el de San Severín,
ha puesto el olifante, lleno de oro y mancusos:
lo ven los peregrinos que pasan por allí.
Atraviesa el Gironda en grandes naves que hay
y hasta Blaya conduce el cuerpo de Roldán,
también el de Oliveros, su noble compañero,
como el del arzobispo, el noble y el sensato.
Coloca a estos señores en sarcófagos blancos,
que están en San Román, do yacen los barones.
A Dios los encomiendan los francos, y a sus Nombres.
Carlos va cabalgando por valles y montañas,
pues no quiere pararse hasta llegar a Aix.
Tanto y tanto cabalga, que ha llegado a su estrado.

3683 Al no estar en la ruta normal de Zaragoza a Burdeos, se supone que se cita aquí la ciudad de Narbona por contaminación con otras leyendas épicas, concretamente con el cantar llamado *Aymeri de Narbonne.*

3684 Se citan ahora lugares de antigua y amplia tradición rolandiana, y de gran significación en los estudios de la épica. La iglesia de San Severino es famosa efectivamente por guardar el olifante de Roldán, y lo mismo la de San Román de Blaya (Blaye, situada frente a Burdeos, en la margen derecha del estuario del Gironda), en donde se entierra a esos tres héroes.

3694 A lo largo de la historia de los textos sagrados, son varios los que hacen referencia a los «nombres» de Dios. Baste recordar, entre nosotros, la famosa obra de fray Luis de León *De los nombres de Cristo.*

En cuanto se encontró en su bello palacio,
manda por mensajeros que allí acudan los jueces:
bávaros y sajones, lorenenses, frisones,
llama a los alemanes, llama a los borgoñones,
llama a los pictavinos, normandos y bretones,
de todos los de Francia los que más sabios son.
Y allí empieza el proceso del traidor Ganelón.

[Muerte de Alda]

CCLXVIII

Llegó el emperador de su empresa en España
y ya se encuentra en Aix, la capital de Francia.
Ha subido al palacio, ha llegado a la sala,
y allí se acerca Alda, una bella doncella:
«¿Dónde está Roldán —dice—, ese capitán vuestro,
que me había jurado tomarme por esposa?»
Carlos siente dolor y una gran pesadumbre,
llorando está muy triste, tirando de su barba:
«Hermana, cara amiga, un muerto me demandas.
Mas yo te daré a cambio otro que tanto valga:
hablo de Ludovico, no encuentro otro mejor.
Pues hijo mío es, y heredará mis marcas.»
Pero Alda le responde: «No entiendo ese lenguaje.
¡No lo permita Dios, ni sus santos ni ángeles,
que después de Roldán yo permanezca viva!»
El color ha perdido, cae a los pies de Carlos
y muere de repente. ¡Que Dios acoja su alma!
Los barones franceses la lloran y lamentan.

3708 Quien recuerde el bellísimo romance castellano de la muerte de doña Alda podrá advertir la enorme distancia existente entre estos dos textos. La tradicionalidad de nuestro romance pasa por las derivaciones que de esa leyenda constituyen varios textos, principalmente el *Ronsasvals* provenzal y, según ciertas hipótesis, el *Roncesvalles* navarro conservado.

CCLXIX

Alda la bella ha muerto, ha llegado a su fin.
El rey se ha imaginado que está desvanecida:
por ella siente lástima, la está llorando Carlos,
la toma de las manos, hacia sí la levanta;
la cabeza le cuelga por detrás de los hombros.
Cuando Carlos comprueba que la ha tomado muerta,
ha mandado en seguida venir cuatro condesas:
la manda a un monasterio de monjas a enterrarla.
Por la noche la velan hasta que llega el alba,
y al lado de un altar con gran honra la entierran.
El rey lo ha distinguido con honores muy altos.

[Proceso de Ganelón]

CCLXX

Luego el emperador ha regresado a Aix.
Ganelón el traidor, con cadenas de hierro,
está ya en la ciudad, delante del palacio.
Amarrado a una estaca lo han dejado los siervos,
las manos le han atado con correas de ciervo.
Muy fuerte lo apalean con varas y bastones,
pues no es merecedor de ningún miramiento.
Con un dolor muy grande espera allí el proceso.

CCLXXI

Muy bien escrito está en esa antigua gesta
que Carlos convocó vasallos de sus tierras.
Es un día de fiesta, de gran solemnidad:
algunos aseguran que es la de San Silvestre.
Allí empieza el proceso con las alegaciones
del conde Ganelón, que cometió traición.
Manda el emperador lo traigan ante sí.

CCLXXII

«Mis señores barones —dice el rey Carlomagno—,
juzgadme a Ganelón según ley de derecho.
Él estuvo conmigo en la hueste en España,
y él me ha hecho perder a veinte mil franceses,
entre ellos mi sobrino, al que ya no veréis;
y también Oliveros, el noble y el cortés,
como los Doce Pares que vendió por dinero.»
Responde Ganelón: «Si lo ocultara, miento;
Roldán me lesionaba mi riqueza y mis tierras,
por eso pretendía su muerte y su ruina:
pero no soy culpable de ninguna traición.»
Responden los franceses: «Lo deliberaremos.»

CCLXXIII

Delante del rey Carlos estaba Ganelón:
tiene un cuerpo lozano, bello color en rostro:
si no fuese traidor, parecería barón.
Observa a los franceses y a los que están juzgando
y mira a sus parientes, treinta que están con él.
Después comienza a hablar, muy grandes voces dando:
«¡Por el amor de Dios, escuchadme, barones!
Señores, fui a la guerra con el emperador,
y siempre le servía con toda fe y amor.
Su sobrino Roldán gran odio me cogió
y quiso para mí la muerte y el perjuicio.
Fui como mensajero ante ese rey Marsil,
y gracias a mi astucia logré salir a salvo.
Después desafié a Roldán el valiente,
y también a Oliveros, como a sus compañeros.
Carlos bien lo escuchó, y sus nobles varones.
Y después me vengué, pero aquí no hay traición.»
Responden los franceses: «Lo deliberaremos.»

CCLXXIV

Comprueba Ganelón que empieza su proceso.
Treinta de sus parientes se encuentran junto a él.
Entre ellos hay uno al que todos escuchan:
se llama Pinabel, de Sorenza el castillo.
Sabe muy bien hablar, decir justas razones
y en armas valeroso cuando hay que defenderse.
Le dice Ganelón: «En vos yo me confío:
¡libradme de la muerte y de toda deshonra!»
Le dice Pinabel: «Pronto estaréis a salvo.
Si hubiera algún francés que os condene a la horca,
donde el emperador nos pusiera de frente
con mi espada de acero yo lo desmentiría.»
El conde Ganelón se inclina ante sus pies.

CCLXXV

Bávaros y sajones ya están en el consejo,
pictavinos también, normandos y franceses,
hay muchos alemanes y esas gentes tudescas,
y también los de Alvernia, que son los más corteses.
Debido a Pinabel se mantienen más calmos.
Se dicen uno a otro: «Conviene detenerse.
Dejemos el proceso y roguemos al rey
que a Ganelón proclame libre por esta vez,
y que luego le sirva con amor y con fe.
Ya muerto está Roldán, no volveréis a verlo,
no resucitará por oro ni dinero:
muy loco debe estar quien por ello luchara.»
Ninguno hay allí que no asienta y apruebe,
exceptuando a Terrín, de Godofredo hermano.

CCLXXVI

Vienen a Carlomagno todos esos barones
y le dicen al rey: «Señor, os suplicamos
que queráis absolver al conde Ganelón,
y que después os sirva con amor y con fe.
Perdonadle la vida, pues es hombre muy noble.
Ya que Roldán ha muerto, nunca más lo veremos,
tampoco por dinero lo recuperaremos.»
Esto les dice el rey: «Me habéis hecho traición.»

CCLXXVII

Cuando Carlos comprueba que todos le han fallado
reclina cuanto puede la cabeza y el rostro,
y, al sentir tal dolor, se llama desgraciado.
Mas uno de sus hombres se presenta: Terrín,
de Godofredo hermano, ese duque angevino.
Tiene el cuerpo delgado, y ligero y esbelto,
sus cabellos son negros y la cara morena.
No es de gran estatura, ni tampoco pequeño.
Con palabras corteses dice al emperador:
«¡Gentil señor y rey, no os desoléis así!
Pues vos sabéis que yo os he servido siempre.
Por mis antecesores, debo seguir el pleito:
por mucho que Roldán dañara a Ganelón,
siempre vuestro servicio debió cumplirlo bien.
Ganelón es traidor, ya que traición ha hecho,
y con respecto a vos es perjuro y aleve.
Por eso, este es mi juicio: que muera por la horca,
que su cuerpo se exponga a todas las injurias,
como todo traidor que comete traición.
Si tuviera un pariente que quiera desmentirme,
con esta espada mía, que tengo aquí ceñida,
el juicio que yo he dado lo quiero sostener.»
Responden los franceses: «Muy bien habéis hablado.»

CCLXXVIII

Allí se ha presentado Pinabel ante el rey.
Es muy alto y muy fuerte, muy valiente y muy ágil,
a quien le diera un golpe, su vida se ha acabado,
y dice al rey: «Señor, vuestro es este proceso:
así pues, ordenad que cese el alboroto.
Aquí veo a Terrín, que ya ha dado su juicio:
mas yo se lo desmiento y lucharé con él.»
En la mano del rey pone el guante derecho.
Dice el emperador: «Quiero buenos garantes.»
Allí treinta parientes se prestan lealmente,
y les responde el rey: «Yo os lo liberaré.»
Los pone en buena guardia mientras se haga justicia.

CCLXXIX

Cuando sabe Terrín que habrá combate ahora
allí el guante derecho ha presentado a Carlos.
Le da el emperador libertad bajo prenda.
Ordena que a la plaza llevaran cuatro bancos:
allí van a sentarse los que han de combatir.
El reto ha sido justo, a juicio de los más.
Los términos los lleva Ogier de Dinamarca.
Y luego piden ambos sus armas y caballos.

CCLXXX

Puesto que se preparan para entrar en combate,
se confiesan y son bendecidos y absueltos.
Sus misas han oído, también han comulgado,
dejan grandes ofrendas en esos monasterios.
Después, ante el rey Carlos ambos se han presentado.
Ya tienen en sus pies sus espuelas calzadas,
visten lorigas blancas, muy fuertes y ligeras,

ambos en sus cabezas calan sus claros yelmos,
se ciñen sus espadas de pomo de oro puro,
y de sus cuellos cuelgan escudos de cuarteles;
en la mano derecha tienen agudas lanzas,
y después han montado en rápidos corceles:
allí estaban llorando los cien mil caballeros
que a causa de Roldán se apenan por Terrín.
Sólo Dios sabe bien cómo será el final.

[El juicio de Dios]

CCLXXXI

A las afueras de Aix la pradera es muy ancha:
allí van a librar combate los barones.
Uno y otro son nobles y de gran valentía
y están en sus caballos rápidos y ligeros.
Muy bien los espolean, sueltan todas las riendas
y van a acometerse con toda su energía.
Los dos escudos crujen y los dos se cuartean,
destrozan sus lorigas y se cortan las cinchas,
los arzones se vuelcan, las sillas caen al suelo.
Y cien mil hombres lloran, que los están mirando.

CCLXXXII

Allí están en el suelo esos dos caballeros
y muy rápidamente en pie se han levantado.
Pinabel es muy fuerte, muy rápido y ligero.
El uno busca al otro, ya no tienen corceles
y ambos con sus espadas de pomo de oro puro
se dan y se golpean en los yelmos de acero.
Los golpes son muy fuertes, para romper los yelmos.
Mucho se desazonan los caballeros francos.
Dice Carlos: ¡Ay, Dios, que brille la razón!

CCLXXXIII

Dice allí Pinabel: «Abandona, Terrín;
yo seré tu vasallo por amor y por fe,
todo lo que me pidas te daré de mi hacienda,
pero haz que Ganelón del rey obtenga gracia.»
Le responde Terrín: «No acepto este consejo.
Sería yo traidor si lo aceptara así.
¡Que entre nosotros dos Dios muestre hoy el derecho!»

CCLXXXIV

Allí dice Terrín: «Pinabel, eres bravo,
grande eres y muy fuerte, de cuerpo moldeado,
y por tu valentía te conocen tus pares.
Así pues, el combate debes abandonar:
con el rey Carlomagno te haré reconciliar.
En cuanto a Ganelón, se le hará tal justicia,
que jamás habrá día que no se hable de ella.»
Responde Pinabel: «¡No plazca al Señor Dios!
Yo quiero defender a todos mis parientes
y no me rendiré ante nadie en el mundo:
¡más quisiera la muerte que me lo reprocharan!»
Vuelven a golpearse de nuevo con la espada,
golpeando los yelmos, que son obrados de oro:
hacia el cielo se elevan sus destellos brillantes.
No puede darse nada capaz de separarlos:
sin que uno de ellos muera no se puede acabar.

CCLXXXV

Es un hombre valiente Pinabel de Sorenza,
el yelmo de Provenza le golpea a Terrín:
del golpe saltan chispas que hacen arder las hierbas.
Le dirige la punta de la espada de acero

y por la frente abajo la ha hecho descender:
el corte le ha llegado hasta el medio del rostro,
y la parte derecha está toda sangrante;
le ha roto la loriga hasta encima del vientre.
Dios quiso protegerlo, si muerto no ha caído.

CCLXXXVI

Cuando observa Terrín que tiene el rostro herido
y que la sangre clara cae en el prado florido,
golpea a Pinabel en el yelmo acerado
y hasta el mismo nasal se lo rompe y lo parte:
de la cabeza cae chorreando el cerebro.
Mucho ha cargado el golpe, abatiéndolo muerto.
Con un golpe tan fuerte se ha acabado el combate.
Los franceses exclaman: «¡Dios ha hecho un milagro!
Justo es que Ganelón sea llevado a la horca,
junto con los parientes que abogaron por él.»

CCLXXXVII

En cuanto que Terrín ha ganado el combate
se dirige hacia él el emperador Carlos
llevándose consigo cuatro de sus barones:
Ogier de Dinamarca y ese duque Naimón,
Godofredo de Anjou y Guillermo de Blaya.
El rey allí ha tomado a Terrín en sus brazos
enjugándole el rostro con sus pieles de marta.
Después se las quitaron y le pusieron otras
y con gran suavidad lo van a desarmar.
Le hacen montar después en una mula árabe,
volviendo a la ciudad con gozo y con honor.
Ya han llegado a Aix, descienden en la plaza
y allí mismo comienzan a matar a los otros.

CCLXXXVIII

Carlos ha convocado a sus condes y duques:
«¿Qué me aconsejáis vos de los que he retenido?
En pro de Ganelón vinieron al proceso
y se hicieron rehenes en pro de Pinabel.»
Responden los franceses: «¡Que no viva ninguno!»
El rey hace venir a su veguer Basbrún:
«Vete y ahorca a todos del árbol del mal tronco.
Y por esta mi barba, cuyos pelos son canos,
si alguno se te escapa, es tu muerte y tu ruina.»
Éste responde al rey: «¿Qué otra cosa yo haría?»
Junto con cien soldados, se los lleva a la fuerza:
treinta son los que allí murieron en la horca.
Se mata a sí el traidor y a todo el que lo ayuda.

[Muerte de Ganelón]

CCLXXXIX

Después han regresado bávaros y alemanes,
también los pictavinos, bretones y normandos.
Sobre todos los otros deciden los franceses
que muera Ganelón de manera angustiosa.
Hacen traer allí hasta cuatro corceles,
y a ellos es atado por manos y por pies.
Son los cuatro caballos muy fogosos y raudos
y un hombre a cada uno lo lleva hacia un lugar:
hacia unas aguas que hay en el medio de un campo.
Ganelón ha llegado a su gran perdición:
los nervios de su cuerpo le están tirando mucho
y sus miembros se van desgarrando del cuerpo:

3968 En lugar de esta «aguas», Riquer traduce «yegua», pues la palabra «ewe» permite esa doble interpretación.

sobre la verde hierba se esparce sangre clara.
Ya ha muerto Ganelón como traidor probado:
todo aquel que traiciona no es justo que se jacte.

[Conversión de Bramimonda]

CCXC

Cuando el emperador su venganza ha tomado,
manda que vengan todos los obispos de Francia,
también los de Baviera, también los de Alemania:
«En mi mansión se encuentra una noble cautiva:
oyó tantos sermones, oyó tantos ejemplos,
que quiere creer en Dios y quiere ser cristiana.
Bautizadla, y que Dios quiera acoger su alma.»
Los obispos responden: «Que se haga con madrinas,
pues en esta ciudad hay muchas buenas damas.»
En los baños de Aix hay campos muy extensos,
y allí fue bautizada esa reina de España,
a la cual impusieron el nombre de Juliana.
Ya cristiana se ha hecho por probada creencia.

[Predicción de otras empresas]

CCXCI

Cuando el emperador hubo hecho su justicia
y cuando disipó ese su gran enojo
e hizo que cristiana se hiciera Bramimonda,
el día transcurrió y la noche ha caído.
El rey está acostado en su sala de bóvedas.
Enviado por Dios, le dice San Gabriel:

[3986] De nuevo se han disparado las teorías para explicar la elección de este nombre, y de nuevo remito a Riquer para quien quiera conocer el detalle. Digamos solamente que una de las teorías explica que se debe al culto de Santa Juliana, que da nombre a la villa de *Santillana del mar*.

«Carlos, llama la hueste de todos tus dominios.
Te debes dirigir a la tierra de Ebira
y a ese su rey Vivién ayudarás en Infa:
es esa la ciudad que cercan los paganos
y todos los cristianos te llaman y te invocan.»
Pero el emperador no quisiera acudir,
y dice así: «Dios mío, ¡qué vida tan penosa!»
Las lágrimas le asoman, mesa su barba blanca.
Aquí acaba la gesta que Turoldus ofrece.

APÉNDICES

FRAGMENTO DE *RONCESVALLES*

I

...Raçonóse con eilla como si fuese bivo:
«Bueno pora las armas, mejor pora ante Jhesu Xristo,
consejador de pecadores, e dar... tan...
del cuerpo priso martirio quier que le... o... io...
Mas, ¡quién aconseyará este viejo mesquino
que finca en grant cuyta con moros en periglo?»

II

Aquí clamó a sus escuderos Carlos el enperante:
«Sacat al arçobispo d'esta mortaldade.
Levémosle a su terra, a Flánderes la ciudade.»
El enperador andava catando por la mortaldade,
vido en la plaça Oliveros o jaze,
el escudo crebantado por medio del braçale.
Non vio sano en eill quanto un dinero vale.
Tornado yaze a orient, como lo puso Roldane.
El buen enperador mandó la cabeza alçare,
que l'alinpiasen la cara del polvo e de la sangre.
Como si fuese bivo començólo de preguntare:
«Digádesme, don Oliveros, cavaillero naturale,
¿do deixastes a Roldán? Digádesme la verdade.
Quando vos fiz conpaineros diéstesme tal omenaje
por que nunca en vuestra vida non fuésedes partidos más.
Dizímelo, don Oliveros, ¿do lo iré buscare?
Yo demandava por don Roldán a la priesa tan grande.

Ya, mi sobrino, ¿do vos iré buscare?».
Vio un colpe que fizo don Roldane:
«Esto fizo con cueita, con gran dolor que avía.»
Estonz alçó los ojos, cató cabo adelante,
vido a don Roldán acostado a un pilare,
como se acostó a la ora de finare.
El rey quando lo vido, oit lo que faze:
ariba alçó las manos por la barba tirare;
por las barbas floridas bermeja saillía la sangre.
Exa ora el buen rey oit lo que dirade.
Diz: «Muerto es mío sobrino, el buen de don Roldane.
Aquí veo atal cosa que nunca vi tan grande:
yo era pora morir e vos pora escapare.
Tanto buen amigo vos me solíades ganare,
por vuestra amor ariba muichos me solían amare.
Pues vos sodes muerto, sobrino, buscarme an todo male.
Asaz veo una cosa, que sé que es verdade:
que la vuestra alma, bien sé que es en buen logare.
Mas atal viejo mezquino, ¿agora qué farade?
Oi é perdido esfuerço con que solía ganare.
¡Ai, mi sobrino, non me queredes fablare!
Non vos veo colpe nin lançada por que oviésedes male;
por eiso non vos creo que muerto sodes, don Roldane.
Deixámosvos a çaga, andando prisiestes male;
las mesnadas e los pares anbos van aillá
con vos e, amigo, por amor de a vos goardare.
Sobrino, ¿por esso non me queredes fablare?
Pues vos sodes muerto, Françia poco vale.
Mío sobrino, ante que finásedes, era yo pora morir más.
Atal viejo meçquino, ¿qui lo conseyarade?
Quando fuy mançebo de la primera edade,
quis andar ganar precio de Françia, de mi tera natural,
fuime a Toledo a servir al rey Galafre,
que ganase a Durandarte large.
Ganéla de moros quando maté a Braimante;
dila a vos, sobrino, con tal omenage
que con vuestras manos non la diésedes a nadi;
saquéla de moros, vos tornastesla ailá.
Dios vos perdone, que non podiestes más.
Con vuestra rencura me quiere el coraçón crebar.
Sallíme de Françia a teras estrainas morare,
por conquerir provencia e demandar linaje;
acabé a Galiana, a la muger leale.

Naçiestes mi sobrino; a XVII ainos de edade
fizvos cavaillero a un preçio tan grande.
Metíme al camino, pasé ata la mare,
pasé Jherusalem fasta la fuent Jordane,
corriemos las teras deilla e deilla parte.

III

Con vos conquís Truquía e Roma a priessa dava,
con vuestro esfuerço ariba entramos en Espaina,
matastes los moros e las teras ganastes,
adobé los caminos del apóstol Santiago;
non conquís a Çaragoça, ont me ferió tal lançada.

IV

Con tal duelo estó, sobrino, agora non fués bivo.
¡Agora ploguiés al Criador, a mi seinnor Jhesu Xristo,
que finase en este logar, que me levase contigo!
Dizir me ías las nuevas cada uno cómo fizo
d'aquestos muertos que aquí tengo conmigo».
El rey quando esto dixo cayó esmortecido.

V

Dexemos al rey Karlos, fablemos de ale,
digamos del duc Aymón, padre de don Rinalte.
Vido yazer su fijo entre las mortaldades;
despeinós del cavaillo, tan grant duelo que faze.
Alçóli la cabeça, odredes lo que dirade:
«¡Qué cuerpo tan caboso! Omen non vio otro tale.
Vos fuérades pora bivir e yo pora morir maes.
Mas atal viejo mezquino sienpre avrá male.
Por que más me conuerto porque perdoneste a Roldane.
Finastes sobre moros, vuestra alma es en buen logare.
¿Qui levará los mandados a vuestra madre a las teras de [Montalbane?».
El duc faziendo su duelo muy grande,
veníali el mandado que yazía esmorteçido el enperante;
mandó sacar el fijo de entre las mortaldades.

Ya, mi sobrino, ¿do vos iré buscare?».
Vio un colpe que fizo don Roldane:
«Esto fizo con cueita, con gran dolor que avía.»
Estonz alçó los ojos, cató cabo adelante,
vido a don Roldán acostado a un pilare,
como se acostó a la ora de finare.
El rey quando lo vido, oit lo que faze:
ariba alçó las manos por la barba tirare;
por las barbas floridas bermeja saillía la sangre.
Exa ora el buen rey oit lo que dirade.
Diz: «Muerto es mío sobrino, el buen de don Roldane.
Aquí veo atal cosa que nunca vi tan grande:
yo era pora morir e vos pora escapare.
Tanto buen amigo vos me solíades ganare,
por vuestra amor ariba muichos me solían amare.
Pues vos sodes muerto, sobrino, buscarme an todo male.
Asaz veo una cosa, que sé que es verdade:
que la vuestra alma, bien sé que es en buen logare.
Mas atal viejo mezquino, ¿agora qué farade?
Oi é perdido esfuerço con que solía ganare.
¡Ai, mi sobrino, non me queredes fablare!
Non vos veo colpe nin lançada por que oviésedes male;
por eiso non vos creo que muerto sodes, don Roldane.
Deixámosvos a çaga, andando prisiestes male;
las mesnadas e los pares anbos van aillá
con vos e, amigo, por amor de a vos goardare.
Sobrino, ¿por esso non me queredes fablare?
Pues vos sodes muerto, Françia poco vale.
Mío sobrino, ante que finásedes, era yo pora morir más.
Atal viejo meçquino, ¿qui lo conseyarade?
Quando fuy mançebo de la primera edade,
quis andar ganar precio de Françia, de mi tera natural,
fuime a Toledo a servir al rey Galafre,
que ganase a Durandarte large.
Ganéla de moros quando maté a Braimante;
dila a vos, sobrino, con tal omenage
que con vuestras manos non la diésedes a nadi;
saquéla de moros, vos tomastesla ailá.
Dios vos perdone, que non podiestes más.
Con vuestra rencura me quiere el coraçón crebar.
Sallíme de Françia a teras estrainas morare,
por conquerir provencia e demandar linaje;
acabé a Galiana, a la muger leale.

Naçiestes mi sobrino; a XVII ainos de edade
fizvos cavaillero a un preçio tan grande.
Metíme al camino, pasé ata la mare,
pasé Jherusalem fasta la fuent Jordane,
corriemos las teras deilla e deilla parte.

III

Con vos conquís Truquía e Roma a priessa dava,
con vuestro esfuerço ariba entramos en Espaina,
matastes los moros e las teras ganastes,
adobé los caminos del apóstol Santiago;
non conquís a Çaragoça, ont me ferió tal lançada.

IV

Con tal duelo estó, sobrino, agora non fués bivo.
¡Agora ploguiés al Criador, a mi seinnor Jhesu Xristo,
que finase en este logar, que me levase contigo!
Dizir me ías las nuevas cada uno cómo fizo
d'aquestos muertos que aquí tengo conmigo».
El rey quando esto dixo cayó esmortecido.

V

Dexemos al rey Karlos, fablemos de ale,
digamos del duc Aymón, padre de don Rinalte.
Vido yazer su fijo entre las mortaldades;
despeinós del cavaillo, tan grant duelo que faze.
Alçóli la cabeça, odredes lo que dirade:
«¡Qué cuerpo tan caboso! Omen non vio otro tale.
Vos fuérades pora bivir e yo pora morir maes.
Mas atal viejo mezquino sienpre avrá male.
Por que más me conuerto porque perdoneste a Roldane.
Finastes sobre moros, vuestra alma es en buen logare.
¿Qui levará los mandados a vuestra madre a las teras de [Montalbane?».
El duc faziendo su duelo muy grande,
veníali el mandado que yazía esmorteçido el enperante;
mandó sacar el fijo de entre las mortaldades.

VI

Venía el duc Aymón a ese duc de Breitaina,
el cavaillero Beart, el fi de Terrín d'Ardaina.
Vidieron el rey, esmorteçido estava;
prenden agoa fría, al rey con eilla davan...

NOTA. Presento este texto teniendo delante las ediciones de Ramón Menéndez Pidal, «Roncesvalles, un nuevo cantar de gesta español del siglo XVIII», *Revista de filología española*, IV, 1917, págs. 105-204 y de Jules Horrent, *Roncesvalles: étude sur le fragment de cantar de geste conservé à l'Archivo de Navarra (Pampelune)*, París, Biliothèque de la Faculté de Philosophie et Letres de l'Université de Liège, 1951. Mi labor consiste en «podar» las grafías antiguas y puntuar según las normas actuales, con el objeto de hacer la lectura más asequible. Tampoco interesa ahora dar cuenta de las lecciones mutiladas ni litigiosas.

Característica de este fragmento es la alusión a diferentes «cantares» franceses, lo que explica la aparición de personajes y episodios que no aparecen en el *Cantar de Roldán*.

En cuanto a los episodios, cabe mencionar: (vv. 20-21) la amistad de Roldán y Oliveros, procede del *Girart de Vienne*, en donde, enemistados en un primer momento, un ángel interrumpe una pelea entre ambos y les obliga a hacerse amigos: en la islandesa *Karlamagnús saga* es Carlos quien los reconcilia; (vv. 54-66) alusión resumida del *Mainete*, que prosifica también la *Primera Crónica General*, en donde se cuentan las mocedades del emperador: Carlos llega a Toledo, en donde reina el moro Galafre, que está en guerra con Bramante, el cual está enamorado de Galiana, hija de aquél. La infanta se enamora del francés nada más verlo, pero éste no parece reparar en ella. Carlos es encerrado por la moza en una habitación, mientras los demás combaten. Galiana no le abrirá y dará sus armas hasta que el joven fogoso no le haya jurado que se casará con ella. Acabada la batalla, los dos jóvenes tienen que huir de Toledo. Llegados a Francia, y previa conversión de Galiana, Carlos tiene que cumplir lo jurado; (vv. 67-68) Carlos arma caballero a su sobrino en *Aspremont;* (vv. 70-71) dicha expedición se cuenta en el *Pélérinage de Charlemagne;* (v. 75) este verso es el que motivó la reacción nacionalista española, origen de la leyenda, al

mismo tiempo, de Bernardo del Carpio, como ya se vio; (v. 76) la única lanzada que se conoce en la empresa española de Carlos es la que recibe de manos de Baligán.

En cuanto a personajes franceses que son nuevos, con respecto al *Cantar*, aparecen *Aymon* y su hijo *Rinalte* (v. 84). El primero es el personaje principal de la *Chanson des quatre fils Aymon*, que da origen a una leyenda propia, separada de la de Roldán. Su inclusión parece deberse a la confusión, deliberada o no, de los cantares carolingios en esta parte de los Pirineos: el *duc Aymón* del v. 97 pudiera del *Nimón* que sí conocemos en el *Cantar;* el *duc de Breitania* del mismo verso es un personaje de las derivaciones tardías de la tradición rolandiana; *Beart* (v. 98), hijo de «Terrín de Ardenas» (citado en el Cantar) es el protagonista de una gesta hoy perdida.

Finalmente, se ha creído ver que los guerreros muertos aparecen decapitados, lo que supondría una influencia del *Cantar de los Siete Infantes de Lara.*

VOCABULARIO

Pora (v. 1), 'para'. *Priso* (id.) 'tomó, recibió'.
Finca (v. 6) 'se queda'.
Clamó (v. 7) 'llamó'.
O (v. 11) 'donde'.
Crebantado (v. 12) 'quebrantado'. *Braçale* (id.) 'brazal, lugar por donde se sujetaba el escudo'.
Omenaje (v. 20) 'promesa, jura'.
Por vuestra amor arriba (v. 38) 'gracias a vuestro amor'.
Large (v. 64) 'merecidamente'. *Rencura* (v. 64) 'dolor'.
Provencia (v. 65) 'provecho'.
Acabé (v. 66) 'gané, obtuve'.
Ata (v. 69) y *Fasta* (v. 70) 'hasta'.
Conquís (v. 72) 'conquisté'.
Adobé (v. 75) 'abrí, preparé'.
Ont (v. 76) 'de donde, por lo que'.
Ale (v. 86) 'otra cosa'.
Despeinós (v. 86) 'cayóse'.
Conuerto (v. 91) 'consuelo'.

BERNARDO DEL CARPIO

619 El capítulo de la batalla que ouo el rey don Alfonso con Carlos, rey de Francia, en los puertos de Ronçasvalles, et fue vencido Carlos.

Andados XXVII annos del reynado del rey don Alfonso el Casto... et del ynperio de Carlos en XII, el rey don Alfonso, pues que vio que era viejo et de muchos días, enbió su mandadero en poridad a Carlos, enperador de los romanos et de los alemanes et rey de los françeses, commo el non auíe fijos, et sil quisiese venir ayudar contra los moros, quel daríe el reyno. El enperador otrosí auíe guerra con moros, ca pues que ellos conquerieron Espanna, pasaron los montes Pirineos et ganaron Prouençia, Burdel, Piteos et grant partida de Françia, et conquirieron toda Aquitania que no les fincó ende synon poco. Mas el enperador fuelos echando de la tierra et empuxándolos, en guisa que ganó dellos aquende los montes Pireneos en Celtiberia vna tierra a que dizen Catalonna, que era de los godos de Espanna. Et dize don Lucas de Tuy que ganó otrosí desa uez Gasconna et Nauarra. Et maguer que el auíe asaz que fazer en aquella tierra con los moros, prometió a los mandaderos del rey don Alfonso quel yríe ayudar. Quando los mandaderos tornaron al rey, et los ricos omnes sopieron el fecho, pesóles mucho et conseiaron al rey que reuocase lo quel enbiara dezir al enperador; sinon quel echaríen del reyno et cataríen otro sennor; ca más queríen morir libres que ser mal andantes en seruidumbre de los franceses. Et el que más fuerte et más rezio era en esta cosa su sobrino Bernaldo fue... Et pero que pesó al rey mucho, óuolo a fazer, et enbió de cabo sus mandaderos al emperador quel reuocaua lo quel prometiera. Carlos, quando lo oyó, fue mucho yrado contra el rey porquel mintiera et se desdizíe, et menazol muy fuerte. Et aun dize don Lucas de Tuy quel enbió su carta en quel enbiaua dezir que se metiese so el su sennorío et fuesse su vasallo. Bernaldo, quando lo oyó, fue muy yrado además, et con el pesar que ende ouo, tomó vna grant partida de la caualleria del rey et fuese pora vn moro que auía nombre Marsil,

que era rey de Çaragoça, con que auíe el rey Carlos guerra, pora ayudarle contra él. El rey Carlos dexó estonce de guerrear los moros et enderesçó su hueste contra esos pocos espannoles que fincaran. Et dize don Lucas de Tuy que en veniendo, que cercó a Tudela, et ouiérala presa synon fuese por la traytión que fizo y vn conde que andaua en su companna, que auía nombre Galarón, que era de conseio con los moros. El estonçe leuantóse de allí et fuesse pora Najera et prisóla, et vínose al monte que dizen Jardino que era bien poblado et prisol; et dexó sus guardas en la tierra et vínose contra Espanna. Et quando llegó a las montannas de Espanna o morauan vnos pocos de cristianos que escaparan de la espada de los moros, con el grant miedo et grant espanto que ouieron del emperador, pedieron merced a Dios llorando que les defendiese del, ca non cuydauan beuir mas: lo vno porque eran pocos et lazrados por la destroyción de los moros, lo al porque veníe sobre ellos tan grant sennor et tan poderoso como aquel. Mas quando lo sopieron en Asturias, en Álaua et en Vizcaya, en Nauarra et en Ruconia —esta es Gasconna— et en Aragón, dixieron todos de vn coraçón que más queríen morir que non entrar en seruidumbre de françeses. Et allegáronse todos al rey don Alfonso, et salieron contra el emperador Carlos. El emperador dexó vna partida de su hueste al pie de los montes Pireneos, que son los de Ronçaualles, que guardasen la çaga; et el fuese por vn val que oy en día es llamado «el val de Carlos», et guió por allí su hueste, por que era la más llana sobida de todos los montes Pireneos; et sobieron así sus azes paradas fasta en somo del puerto. Et en las primeras azes veníe Roldán, que era adelantado de Bretanna, et el cuende Anselmo, et Guiralte, adelantado de la mesa de Carlos, et otros muchos et poderosos omnes. El rey don Alfonso de la otra parte con los pueblos que dixiemos llegó a ellos allí otrosy. En todo esto Marssil, rey de Çaragoça, guisó su hueste muy grande de moros et de nauarros yaquantos era con él: et venieron y estonces él et Bernaldo en vno contra el emperador Carlos, et allegáronse allí todos. Et Bernaldo tollió de sí aquella ora el temor de Dios, et fue ferir en vno con los moros en los françeses. Et el rey don Alfonso de la su parte con aquellos que con él eran otrosí entró en la fazienda; et bolviéronse allí los vnos con los otros, et fue la fazienda muy fuerte et muy ferida además et murieron y muchos de cada parte. Mas pero al cabo venció el rey don Alfonso con ayuda de Dios. Et dize don Lucas de Tuy que morieron en aquella batalla don Roldán, et el conde Anselmo, et Guirarte el de la mesa del emperador, et otros muchos omnes de los más altos omes de Françia. En todo esto veníe aún Carlos por el ualle que dixiemos,

et quando vio venir los suyos fuyendo la montanna ayuso tanxó vna bozina que se el traye. Et algunos de los suyos que fuxieran et andauan erradios acogiéronse a él al son de la bozina, et aun los que guardauan la çaga, por miedo de Bernaldo et de Marssil, ca oyeran dezir que veníen por el puerto d'Aspa et de Secola para ferir en la çaga, acogiéronse otrosí a él. Pero dize el arçobispo don Rodrigo que Bernaldo sienpre souo en la delantera o los françeses fueron vençudos así como dixiemos. Mas dice don Lucas de Tuy que en la çaga firieron él et Marsil. Carlos, quando uio su hueste desbaratada, los vnos muertos, los otros feridos et foydos, et toda su gente desacordada, et que los espannoles teníen el puerto, et que non podríe llegar a ellos sin muy grant danno, con pesar et quebranto de su gente que perdiera, tornóse pora Germania pora guisarse otra vez et venir a Espanna.

NOTA: *Primera Crónica General de España, que mandó componer Alfonso X el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289*, editada por Ramón Menéndez Pidal, 2 vol., Madrid, 1955.

Se ha optado por acentuar modernamente este texto con el fin de facilitar su lectura.

VOCABULARIO

Al 'otra cosa'. *Aquende* 'de esta parte'. *Ayuso* 'abajo'. *Azes* 'filas o cuerpos del ejército'. Si estaban dispuestos para entrar en combate se decía *azes paradas*.
Conquirieron 'conquistaron'. *Cuydar* 'creer, pensar'.
Desacordada 'en discordia o desacuerdo'.
Erradios 'perdidos'.
Fazienda 'batalla'. *Ferida* 'enconada'. *Fincar* 'quedar'.
Guisarse 'prepararse'.
Lazrados 'en situación precaria'.
Maguer que 'aunque'.
O 'donde'. *Otrosí* 'también'.
Pora 'para'. *Poridat* 'secreto'. *Presa* 'tomada'. *Prisó* 'tomó'.
Somo 'cima'.
Tanxó 'tañó, tocó'. *Tollió* 'quitó, retiró'.
(En) uno 'conjuntamente'.
Yaquantos 'todos los que'.

ÍNDICE

En el año 778, Carlomagno condujo una expedición militar
por España. En el camino de vuelta, sufrió un
ataque en la retaguardia. Un tal Roldán,
prefecto de la marca de Bretaña, moriría
a manos de los asaltantes vascos.



Más de tres siglos después, los hechos dieron
lugar a un cantar épico, el más famoso
de la Edad Media. La versión más antigua,
francesa, nos introduce en un universo
guerrero, bárbaro, de resonancias míticas.

ISBN 978-84-376-0426-8 00005



LETRAS UNIVERSALES

0120005